

EL ESPACIO URBANO
PARA UN ANÁLISIS DE LOS FLUJOS, PODERES Y DISPUTAS QUE FORMAN LA
CIUDAD CONTEMPORÁNEA

EDISSON FERNANDO GUERRA NAVARRO

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

INSTITUTO DE FILOSOFÍA

MEDELLÍN

2020

EL ESPACIO URBANO
PARA UN ANÁLISIS DE LOS FLUJOS, PODERES Y DISPUTAS QUE FORMAN LA
CIUDAD CONTEMPORÁNEA

MAESTRÍA EN FILOSOFÍA LÍNEA ÉTICA Y POLÍTICA

Elaborado por:

EDISSON FERNANDO GUERRA NAVARRO

Trabajo realizado para optar al título de Magíster en Filosofía

Asesor:

JOHN FREDY LENIS CASTAÑO

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
INSTITUTO DE FILOSOFÍA MEDELLÍN

2020

AGRADECIMIENTOS

A mi asesor, por la paciencia y la espera.

A Natalia, por la compañía en el proceso.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
1. PENSAR EL ESPACIO, COMPRENDER EL PODER	10
1.1 El espacio en disputa.....	10
1.2 La época del espacio	19
2. REPROGRAMACIÓN DE LO URBANO	24
2.1 El papel de la producción y el trabajo en la configuración de la ciudad	24
2.2. Biopolítica y ciudad	44
3. LA GUBERNAMENTALIDAD GLOBAL Y EL PODER DE LA ECONOMÍA	74
3.1 Neoliberalismo, espacio global y el <i>homo oeconomicus</i>	74
3.2 Empresa, trabajo, medio urbano e idoneidad.....	85
3.3 Capitalismo Mundial Integrado (CMI) e imperio.....	94
4. MIEDO Y ESPACIO EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA	103
4.1 Seguridad y época desequilibrada.....	105
4.2 Miedo y amenaza	109
CONCLUSIONES	115
REFERENCIAS.....	119

INTRODUCCIÓN

La ciudad, como ideal y como escenario, ha sido construida y teorizada por las sociedades humanas como elemento central del bien común y lugar paradigmático en el que se desarrolla la convivencia con el otro, sueño impulsado por el pensamiento utópico y, sobre todo, elemento central del progreso y la industrialización. Es por esta razón, que resulta importante preguntarse y pensar la ciudad y su multiplicidad, como un problema fundamental para las subjetividades contemporáneas y para la filosofía. En este sentido, la filosofía política ha pensado y centrado su análisis de manera reiterativa en algunos conceptos –importantes para el desarrollo de la filosofía–, los cuales son: el Estado, la mejor forma de gobierno, las relaciones sociales, la moral, la economía, el estado de naturaleza, el pacto social, entre otros; pero, el problema de *la ciudad o el espacio urbano como elemento central del poder y la subjetivación* ha estado presente en el pensamiento sin ser un elemento central de estudio, bien sea, por su complejidad o porque la filosofía por sí sola no puede responder a este problema, teniendo que recurrir a los estudios socioespaciales, lo que obliga a pensar que el espacio ha quedado disperso en la tradición filosófica durante mucho tiempo, pero que ha sido un elemento clave en el pensamiento político.

Desde esta tradición encontramos a Aristóteles, en *La Política*, ahí habla de la *polis* como elemento central de la actividad política, ya que ésta es representación del bien común; también se encuentra en la tradición cristiana, el texto *Ciudad de Dios* de San Agustín y la idea de la ciudad celestial en contra de la ciudad pecaminosa; finalmente, un texto fundamental para el pensamiento utópico moderno es el libro *Utopía* de Tomas Moro, que habla de una ciudad lejana, perfecta en todos los aspectos sociales, políticos y determinada por la organización espacial. En este sentido, la representación que han hecho las sociedades, los pensadores, filósofos y gobernantes ha servido para intentar comprender el conjunto de una sociedad y sus relaciones políticas y económicas; pero, la multiplicidad de acciones e intereses sobre el espacio urbano han determinado la forma de vida de los sujetos, sobre todo en la actualidad en que la mayoría de la población vive en centros urbanos.

En este orden de ideas, resulta importante tener presente que *La ciudad*, cualquier ciudad del siglo XXI, independiente de su lugar en el globo, responde a una *lógica de mando actual*, como lo llama Negri y Hardt en su libro *Imperio* (2005). Esta nueva lógica de mando actúa en el

contexto de la globalización como escenario de la soberanía global y se basa en el neoliberalismo como elemento primordial, además se caracteriza por la puesta en marcha de una racionalidad que *controla*¹ a los seres humanos y se *disputa el espacio* como principal agente de producción, a partir de múltiples poderes e intenciones que sobrepasan la autarquía de los Estados nación. En esta lógica encontramos un nuevo poder soberano global, leyes internacionales y corporaciones transnacionales acéfalas y desterritorializadas que producen los espacios urbanos.

Añadido a esto, la ciudad es el espacio por excelencia donde se desenvuelve de manera natural el comportamiento poblacional, de esta forma, una de las tesis fuertes sostiene que, al controlar el *Medio* se controlan necesariamente los deseos y comportamientos de la población, así lo evidencia Foucault en *Seguridad, territorio y población* (2006), Agamben en *Homo sacer el poder soberano y la nuda vida* (2010), Cavalletti en *Mitología de la seguridad, la ciudad biopolítica* (2010) cuando hablan del papel que juega la estadística y la racionalidad política de la tradición liberal que ha encontrado en la arquitectura, la medicina, la economía, el derecho y la moral varios dispositivos que responden a la lógica de las técnicas de gobierno, que permiten regular la vida de los transeúntes, los ladrones, los pobres, los enfermos, a partir de la idea del *Medio controlado y del espacio de excepción*; ahora bien, ello demuestra que, cada vez más la ciudad deviene, como dicen Deleuze, el paradigma de la *sociedad de control*, donde el sueño de la libertad es el imperativo regulatorio por excelencia. Por tanto, comprender este escenario de subjetivación es extremadamente importante para la filosofía política, pues tópicos como libertad, sujeto, poder, gobierno se entrelazan con una gubernamentalidad que opera en el espacio produciendo el espacio mismo.

Ergo, se pueden identificar así dos categorías y posturas que se colindan cuyos pensamientos han influenciado los estudios sobre el espacio, la primera es la tradición marxista de Lefebvre, Harvey y Castells² (en ellos predomina el concepto de *producción del espacio*) que,

¹ Cuando hablamos del control, no nos referimos al dominio total sobre una persona, por el contrario, Burroughs, en *Los límites del control*, señala cómo este opera siempre por oposición, es decir, que existe el control porque hay algo que le está resistiendo.

² A partir de estos autores se desprende el *giro espacial* en las ciencias sociales y humanas como un enfoque novedoso que da preponderancia al *topos* en los análisis políticos. La intención de este trabajo no es discutir con esta perspectiva sino señalar y exponer los conceptos principales que abre este campo de estudio, estos conceptos se encuentran en autores como Lefebvre y Harvey. Aunque indudablemente el concepto de biopolítica se vincula de manera orgánica a esta perspectiva de *la producción del espacio*, es por esta razón que podemos notar la profundización en estos conceptos y no en los estudios del giro espacial.

junto al pensamiento de Foucault, Lazzarato, Negri, Hardt, Deleuze, Guattari, Cavalletti, Agamben y Espósito (con el concepto de *biopoder*) se genera todo un campo de discusión en torno al espacio y la crítica del capitalismo.

Ahora bien, debido a la complejidad de abordar la ciudad, la metrópolis o el espacio urbano en el contexto global, es necesario un enfoque multidisciplinario que sirva para comprender la filosofía política contemporánea y las ciencias humanas. Para esto, se debe tener en cuenta que la urbe es el teatro por excelencia de las relaciones sociales como de la gestión del capital y, por ende, del consumo, de los sueños, del miedo, de la depresión y de la soledad de sujetos que viven, contradictoriamente, más cerca de los demás. En este sentido, estos sujetos temerosos se vuelven un blanco central y necesario para la soberanía global y sus dispositivos de poder ramificados en el espacio. Así, la promesa de seguridad que alguna vez se promulgó parece haber dado un vuelco; por ello, la urbe de hoy es un campo de batalla, de guerra, de deseos e intereses en movimiento permanente y contradictorio. En suma, el objetivo de este escrito es comprender las acciones, lógicas y dinámicas internas y externas a la ciudad: intenciones políticas, relaciones de poder, procesos gubernamentales y dispositivos de control, además del papel de la economía capitalista global, la cual se convierte en uno de los elementos centrales que determina las subjetividades y las acciones políticas sobre el espacio. Esta relación económica y política bajo el neoliberalismo es, actualmente, aquel elemento que les da forma a *los espacios múltiples urbanos desde la década del 70*, un neoliberalismo radicalizado por la caída del muro de Berlín y la promulgación del fin del comunismo.

Para ello, en términos metodológicos, el presente trabajo expone y discute una serie de temas filosóficos, políticos y sociales que giran alrededor de teorías y conceptos que han trabajado el espacio, como son *producción del espacio y la biopolítica* (Lefebvre y Foucault principalmente). La perspectiva marxista de Lefebvre parte de la idea de retornar a Marx y pensar los conceptos y las problemáticas como elementos en construcción, que permiten el análisis de momentos concretos, a través de la concepción dialéctica entre capital y trabajo, utilizando el concepto de producción para aplicarlo a un análisis del espacio, como elemento constitutivo de las ciudades. Así pues, Lefebvre retoma de manera crítica este concepto para dar cuenta de la producción del espacio social como engranaje del devenir histórico y producto necesario en la reproducción de la explotación capitalista sobre los sujetos.

Por otro lado, la genealogía foucaultiana se relaciona con la perspectiva crítica en tanto analiza la ciudad como un proceso, este enfoque metodológico parte de los resultados a la pregunta de qué discursos, poderes, saberes y prácticas concretas se han constituido el sujeto moderno, para examinar así los dispositivos de subjetivación que lo han creado, tanto para los discursos académicos humanistas como por las prácticas políticas y económicas. En torno a esta perspectiva, la pregunta de la que parte Foucault en *Seguridad, territorio, población*, se centra en cómo funcionan determinados procesos, desde qué lógicas de poder y con qué dispositivos se cuenta para llegar a un fin determinado, dando cuenta así del funcionamiento del espacio urbano.

En este orden de ideas, Lefebvre y Foucault tienen diferencias metodológicas a la hora de abordar la ciudad, el uno desde la historia y la dialéctica marxista vinculada a un enfoque de lucha por la producción del espacio, el otro desde la genealogía y los dispositivos de poder como elementos estratégicos de las acciones políticas sobre los sujetos. Estas dos visiones son, indudablemente, parte de una tradición crítica del capitalismo significativa para el pensamiento político contemporáneo en la que se han basado varias escuelas, como el giro espacial. En este sentido, los autores se encuentran entre otros puntos, en la idea central que, en la actualidad, el capitalismo y el modelo de producción y su racionalización es el principal elemento en la configuración de las ciudades actuales.

Puesto que tales objetos no son nunca datos primarios, su reconstrucción metódica es a la vez su elaboración crítica. Naturalmente, esta posición filosófica de Foucault no carece de antecedentes en la modernidad cuyo origen se remonta a Kant y se continúa con Hegel y Marx. (Pérez, 2012, p. 466).

Este elemento crítico al capitalismo permite analizar el espacio urbano, siendo Foucault y Lefebvre las columnas vertebrales del análisis. Desde sus escritos buscamos ajustar la fragmentación existente sobre la teorización del *espacio urbano*, con la finalidad de generar un análisis desde múltiples perspectivas contemporáneas para señalar al pensamiento filosófico un elemento crítico, que ha estado diseminado en el canon de los estudios de la filosofía política actual, allí encontramos a autores como Agamben, Deleuze, Lazzarato, Cavalletti, Guattari, Negri y Bauman. *La producción del espacio* es central en los procesos de subjetivación urbana, esto, aunado al grado de influencia que ha venido teniendo la economía neoliberal como racionalización principal en la producción del espacio urbano, genera un campo fértil de estudio.

Desde esta perspectiva, intentaremos comprender qué les da forma a las ciudades contemporáneas.

1. PENSAR EL ESPACIO, COMPRENDER EL PODER

1.1 El espacio en disputa

Este trabajo no se centra en un análisis sobre el espacio público y el espacio privado en el que se enmarca la filosofía política, a la hora de pensar el papel del espacio con relación a lo político, el problema de este apartado consiste en analizar cómo el espacio está bajo cierta lógica, construcciones, límites y edificaciones que reclaman cierto interés socialproductivo, perfilan y configuran ciertas subjetividades, a partir del proyecto y la racionalidad capitalista.

Para empezar, Lefebvre, en el artículo *La producción del espacio* propone, a partir de una perspectiva marxista, hacer una crítica del espacio desde una mirada productiva del espacio, en tanto elemento creador y a su vez resultado de la producción social, es decir, su objetivo es identificar los elementos que producen el espacio y lo que el espacio es capaz de producir y reproducir en el capitalismo. El movimiento contradictorio en el capitalismo, subraya Lefebvre, pasa de la producción en el espacio a la producción del espacio. Pensar la producción como creación de obras, de productos, ideologías y de instituciones puede dar una primera idea de ese *objeto* que puede ser el espacio urbano; pero, y ello se ve en la teoría de Lefebvre, el espacio está siendo producido, ya que el espacio deviene un espacio abstracto, en la medida que corresponde a representaciones e ideas coherentes con una racionalidad determinada.

El espacio social deviene un espacio abstracto, el espacio del hormigón, por ejemplo. Este espacio tiene varias propiedades bien definidas, especialmente la de ser el espacio de la propiedad. Estas propiedades –que lo son particulares, en tanto que espacio– consisten en ser óptico y ser visual. No es un espacio sensorial que interesa al conjunto del cuerpo; es un espacio óptico, que entraña problemas de signos, de imágenes, que se dirige únicamente a los ojos. Con relación al cuerpo físico es un espacio metafórico, añadiéndole una propiedad interesante, la de ser fálico (S.F. p. 223).

Esta característica de visualidad se puede ver desde dos puntos de vista, el primero es la vigilancia y el segundo está relacionado con lo simbólico y la impresión que ello genera en los sujetos urbanos, el signo manifiesto de un poder que demuestra virilidad y potencia, haciendo que el espectador se empequeñezca, sobrecogiéndose ante los monumentos arquitectónicos,

generando una impresión psicológica. Es en este sentido que el espacio deviene poder, o manifestación de éste, las calles, sus disposiciones, los grandes monumentos, los edificios y las fábricas son erigidas bajo esta lógica.

Marshall Bergman (2013) muestra la manera en que la ciudad se vuelve el centro del proyecto moderno, los escritores Baudelaire, Poe y Dostoievski fueron parte importante de este sentimiento de sobrecogimiento y subjetivación que genera la transformación del espacio urbano, bien señalado por Bergman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*; por ejemplo, la ambigüedad del personaje de *Memorias del subsuelo* (1864) es la manifestación propia del hombre que se encuentra en tránsito entre las viejas costumbres rurales y los nuevos valores urbanos modernos, un sujeto que quiere enfrentar la realidad política y, por otro lado, que teme porque se siente solo y, sin embargo, encuentra en los recovecos de las calles estrechas un poco de consuelo.

En este mismo sentido, Bergman, cuando analiza el modernismo a través de los poemas de Baudelaire, no deja de señalar la configuración ambivalente de la ciudad en la que un espacio plural democrático, como lo es el *boulevard*, deja en evidencia las contradicciones del modernismo, allí se da la pobreza, el cruce de miradas, la prevalencia de la imagen que determina la postura de un sujeto frente a la de los otros, en los que se reconoce la riqueza y la abundancia o la pobreza y la miseria. Cada una de ellas configuran así un lugar, de modo que los grandes cafés de comienzos del siglo son espacios donde no pueden entrar todos los sujetos, y así se configura una mirada distante a través de los vidrios que separan al trabajador de los objetos que prometen felicidad –una metáfora que aplica para la sociedad de consumo–.

Volviendo al problema de la visibilidad, *El hombre de la multitud* (1840) de Poe, tal vez, es el primer texto literario que cae en cuenta de esta característica visual de la urbe moderna, debido a que se relata a un hombre en un café que observa a la multitud y se encuentra con un sujeto que le parece sospechoso, el sujeto del café decide seguir al hombre extraño. Este camino tiene un fin y es, al día siguiente, después de la persecución, terminan en el mismo lugar de inicio, cerrando un círculo absurdo, sin ver nada realmente sospechoso, pero con todo para desconfiar; esto es la misma sensación que se tiene cuando caminamos al lado de desconocidos. No es pues errado decir que lo visible y lo óptico generan en ciudadanos visiones paranoicas y, a su vez, éstas sirven de manera efectiva a la organización política y social del espacio que, bajo el proyecto moderno y la inmensidad de las ciudades desarrolladas, terminan convirtiendo la ciudad

en un lugar donde todo puede ocurrir, en tanto la sensación de inseguridad y abandono es constante (Pensar en el panóptico de Foucault). Es en concordancia con esto, que Lefebvre dirige su teoría al carácter visual y a las impresiones que genera esto en los sujetos que, unido a la racionalidad capitalista, propicia un espacio de producción y reproducción de valores del capitalismo.

Entretanto, todo intento de comprender la realidad queda por ello supeditado a la unión productiva entre el campo y la ciudad, lo cual sucede en Medellín, en Inglaterra, en diferentes siglos, con el crecimiento de la ciudad, el cual siempre está relacionado con el avance productivo, la industrialización y el crecimiento demográfico que demanda trabajo (Hobsbawm, 2015). A partir del siglo XIX, la relación entre el campo y la ciudad comienza a devenir en una lógica de metropolización global que se apodera de todos los espacios y termina por consolidarse para el siglo XXI, gracias al crecimiento de las ciudades, lo cual conlleva a que el campo y las zonas protegidas de biodiversidad se configuran en doble vía; en primer lugar es el escenario de producción, que sirve para extraer la materia prima dirigida a los grandes centros urbanos; en segundo lugar se vuelven espacios cada vez más privilegiados, ya que las grandes metrópolis se encuentran con problemas de hacinamiento, contaminación y encarecimiento de la vivienda (por ejemplo, Seul, Tokio, Nueva York, Medellín y Ciudad de México).

Es así como el espacio es objeto y parte de la lucha política y, a su vez, un producto humano, allí se encuentra la disputa entre los que sobreviven y aquellos que determinan política y económicamente el espacio organizado, entre el espacio estriado y el espacio liso (Deleuze y Guattari, 2006), el espacio organizado por la máquina estatal y la tensión con la población que, como cuerpo orgánico, habita también en espacios que están periféricos al orden o indiscernibles, como la nuda vida³, *aquella vida insacristicable pero que se le puede dar muerte sin ningún castigo* (Agamben, 2010). En este sentido, la vida deviene elemento político, porque es incluida en la racionalidad gubernamental económico-política y es el objeto de los dispositivos de control, ello conformado a través de relaciones y tensiones conflictivas como lo señala Lefebvre, pues, una característica propia de la ciudad es que genera gran capital, y su posibilidad de circulación y acumulación pasan por la gestión de la vida poblacional y del espacio.

³ El concepto de *nuda vida* se encuentra expuesto en el apartado 2.2 *Biopolítica y ciudad*.

Los puntos fuertes –los espacios urbanos– son puntos de confluencia de flujos y, al mismo tiempo que esta influencia creciente de los flujos que ocupan el espacio, ha nacido una forma nueva de la planificación, la forma más reciente de planificación: la planificación espacial. (Lefebvre, S.F., *La producción del espacio*, p. 220).

Ahora bien, el espacio y la ciudad están siendo construidos de manera caótica, dice Lefebvre. Un ejemplo de ello puede ser el negocio del turismo o la industria del ocio, como lo llama este autor. Resulta interesante que las propuestas de prosperidad para muchas de las regiones tercermundistas y ricas en biodiversidad no se basen solamente en la producción, como en el turismo y el ecoturismo, lo cual obliga a la transformación de las comunidades y un cambio en la relación con el espacio, así pues, el productor pasa de depender del cultivo a ofrecer un servicio, en esta medida, el espacio urbano resulta más rentable ofreciendo espacios al turismo, que producir un lugar donde se desarrolle la vida de sus habitantes de forma barrial, amistosa y comunitaria. El flujo de capital que genera el turismo a escala global, se configura como elitización del espacio y solo accede el usuario que tenga dinero y el código, ello implica una lógica de exclusividad.

En Barcelona, el pasado 10 de junio, una gran manifestación recorrió las calles del centro para protestar por los problemas que la masificación turística está produciendo: fuerte bajada del número de pisos de alquiler por su conversión en alojamientos turísticos, con la correspondiente fuerte subida de los precios, colmatación de algunos espacios públicos, banalización de calles tradicionales y molestias para los vecinos, que optan, cuando pueden, por trasladarse a otras zonas de la ciudad. En Baleares es cada día más evidente el hartazgo por el comportamiento de un número creciente de turistas *low cost* que toman las islas como simples escenarios para borracheras y actos vandálicos que no se atreverían a realizar en sus lugares de origen. (Moreno, 31 de julio de 2017).

A esto hay que añadir que, Barcelona⁴ se ha convertido en uno de los modelos occidentales de paradigma para transformar las ciudades. Esta dupla entre ocio/trabajo tiempo

⁴ En un video del 2018, de un canal dedicado a hablar sobre los avances tecnológicos, se discute sobre Barcelona y de la teoría del urbanista Cerdà como modelo, este video lleva el título: *La respuesta a las ciudades del futuro está en un texto del siglo XIX*. Detrás de este proyecto, se encuentra “El valenciano, arquitecto jefe del Ayuntamiento de Barcelona hasta el 2015 y fundador del IAAC (Institute for Advanced Architecture of Catalonia), está interesado, a través del proyecto Urbanization.org, en la recuperación y puesta en valor del legado de Ildefons Cerdà, ingeniero y uno de los creadores del concepto de urbanismo” (El futuro es apasionante, 2018). Barcelona es un elemento primordial en el análisis urbanista, ya que a partir de la racionalidad teórica el urbanismo es convertido en ciencia, y Barcelona es un paradigma de las ciudades contemporáneas. Su máxima, su propuesta, dice el video “es ayudar a las ciudades a ser eficientes”, en lenguaje de Lefebvre, a que fluyan los flujos del capital.

libre/turismo, bajo la lógica del neoliberalismo, obliga a pensar que estar quieto, con relación al trabajo, es algo excepcional, un lujo de muy pocos. Marx lo señala en los *Manuscritos económicos y filosóficos*, en el capítulo Sobre el Salario, advirtiendo que este pago compra una mercancía, una fuerza de trabajo y un tiempo, siempre existencial, que puede ser destinado a otras actividades, así, el trabajador se diferencia del capitalista, en tanto vende su tiempo y su fuerza de trabajo. Mientras se tiene solo unos momentos para el descanso y pocas posibilidades de conocer otros lugares, su vida es reducida a los alrededores del lugar de trabajo; de manera que, se “deja este cuidado a la justicia, a los médicos, a la religión, a los cuadros estadísticos, a la policía y a la religión” (Marx, S. F. *Manuscritos económicos y filosóficos*, p. 14). Es por esto que, las ciudades como Barcelona, en el siglo XXI, son el ejemplo del modelo de Metrópoli mundial, sobre todo, por la política del ocio y de gestión de lo fluctuante⁵.

El análisis de Lefebvre se basa en que el capitalismo propende por controlar tanto el campo como la ciudad, es decir, la totalidad de flujos que se da entre estos, así produce los espacios, bajo la lógica de la reproducción de relaciones productivas de mercado, pero no solo es esto, en gran medida, los flujos generan un nuevo mercado, el ocio.

El mar, la playa, la alta montaña. Ha creado una industria nueva, una de las más potentes: la industria del ocio [...] Es, pues, el espacio entero lo que se ha definido como algo dominante y dominado, lo que introduce un movimiento dialéctico muy nuevo: el espacio dominante y el espacio dominado. (Lefebvre, S. F. *La producción del espacio*, p. 221).

Es así como en la actualidad hay una economía de los flujos, lo que se racionaliza es el movimiento, es por esta razón que los flujos son necesarios para comprender el habitar en el espacio de aquella construcción de lugares por los que se da siempre un movimiento, algo

⁵ Cuando comentamos lo fluctuante en el espacio, hablamos de lo indeterminado como un asunto biopolítico, si bien, una ciudad industrial lo podría tener todo bajo control, la características de las ciudades de servicios o las ciudades bajo políticas liberales se basan en la libertad, en gestionar la libertad, no sobra decir que, en las ciudades como Bogotá y Medellín, por mencionar algunas, se dan múltiples acontecimientos caóticos, los cuales se escapan a ciertas lógicas institucionales y entran en las esferas del poder ilegal, también se dan espacios de rebeldía o de actividades espontáneas como riñas, etc. A este caos ciudadano se ven expuestos los habitantes urbanos, y el poder político sabe esto, y lo intenta gestionar a través de dispositivos de control biopolíticos, no con la intención de acabarlos sino de regularlos. A la par de los espacios controlados se encuentran los espacios lisos en donde se mueve, por ejemplo, la delincuencia, las rebeldías no estatizadas, y la vida nómada. En ello, coincide Foucault (2006), Deleuze y Guattari (Mil Mesetas, 1980). Un espacio gestionado y regulado no deja de convivir con un espacio nómada que supera este espacio organizado y que escapa a su lógica, aunque el espacio liso puede volverse un espacio estriado y organizado, y viceversa.

fluctuante (los turistas, el capital, los virus, poblaciones de inmigrantes, etc.). Esta característica del espacio dominante se enlaza directamente con el carácter visual, por lo que el espacio dominado está necesariamente sujetado a pequeñas estrategias de poder, encontradas en el urbanismo, en la ciencia y en las tecnologías, así, el espacio dominante y dominado es el escenario de estas relaciones sociales conflictivas.

De este modo, se podría decir que, no es solo un poder directo institucional tecnocrático, puesto que en contraposición se encuentran otros tipos de espacio que *intentan crear zonas libres*, espacios bajo otros regímenes y otros intereses, pero que guardan relación con esos otros dominios; así, la forma de gestionarlos por parte del poder, se basa en los dispositivos estadísticos de lo anormal y caótico, que lo evidencia como algo tolerable hasta cierto punto; por ejemplo, Foucault (2006) muestra cómo la delincuencia, la inseguridad, lo malsano son elementos que no llegan a un grado cero, siempre están presentes y alrededor de ellos se apoyan ciertas estrategias de poder. Esto deja grandes preguntas frente a las luchas sociales por el espacio y la posibilidad de los espacios *libres*.

En suma, el espacio deviene espacio político, hay una dominación de éste, un interés, una ideología particular dominante, en tanto hay un espacio que limita otro espacio, aunque sus barreras porosas se encuentran y se enfrentan. Entre tanto, su relación se basa en la gestión de los flujos que mueve todo potencial de generación de capital⁶. Pensando en Marx, Lefebvre se pregunta: ¿por qué perduran las relaciones de producción? a lo cual encuentra una explicación, en la existencia de la *reproducción de las relaciones de producción* (p. 222), término clave en los escritos de Lefebvre. Empujados siempre por el capital, por el mercado, pues, como ya se dijo, éste busca gestionar los flujos, los encuentros, en tanto generan más capital.

Así las cosas, el espacio es eso que permite la reproducción de las relaciones de producción del capitalismo global contemporáneo. Además, es el terreno en disputa. “Es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones de producción capitalista. El espacio deviene cada vez más un espacio instrumental”. (Lefebvre, S. F., *La*

⁶ Aunque llama la atención que, en el análisis de Lefebvre, se menciona la informática que también es digna de ser pensada (la internet, el ciberespacio en la actualidad es un escenario que está siendo disputado, la hegemonía de poder se basa en gestionar estos flujos de información los cuales se acumulan allí en espacios dominantes). Aunque el mayor flujo de información son las ciudades, he ahí su potencial y el interés de reproducir formas dominantes de espacio en ella.

producción del espacio, p. 223). La tesis del autor es que el espacio deviene espacio abstracto, estrechamente ligado a lo visual, que no atañe, como en la fábrica, solo al cuerpo para torcerlo, acrecentar sus fuerzas o apaciguarlas, éste, también, apunta a los ojos y de los ojos a la conciencia, al comportamiento y al deseo, como ya se mostró. Se podría decir que, parafraseando a Deleuze y a Burroughs, busca el control. Por ello funciona como un dato o una cifra:

El espacio es cuantitativo, geométrico, matemático. Es en este espacio donde se opera la reproducción de las relaciones de producción. Reproduce los elementos anteriores, es esencialmente repetitivo y lo que repite a través de todos esos elementos es la reproducción de las relaciones de producción capitalista. (Lefebvre, p. 223).

Este espacio funciona como un código binario que configura con los mismos elementos infinidad de lugares y acciones posibles, que alinean espacios dominados desde la matriz misma del código cuantitativo, matemático, geométrico y binario. Lefebvre lo llama una racionalidad tecnócrata, que produce el espacio matemáticamente y calculadamente. Esta producción del espacio social es siempre violenta y seductora, por lo que genera contradicciones en el seno mismo del espacio, al reproducir las relaciones de producción, en la que no encajan todos los sujetos (locos, vagos y delincuentes y revoltosos), aunque también seduce, creando cuerpos deseantes acoplados a esta lógica del consumo del neoliberalismo, ofreciendo imaginarios repetitivos y objetos seductores para las subjetividades urbanas; pero, el espacio social está relacionado con otros espacios, es decir, se yuxtaponen, de modo que están los espacios privados relacionados con el espacio social que, incluso, hacen parte de él. Ahora bien, este espacio funciona como una red gigantesca de ramificaciones siempre complementarias, aunque ambivalentes o multivalentes.

Los espacios sociales se interpretan y/o se yuxtaponen. No son cosas que limitan entre sí, colindantes, o que colisionan como resultado de la inercia. Algunos términos, como <<capa>> o <<estrato>>, no están desprovistos de inconvenientes. Siendo artificios metafóricos más que conceptos, estos términos asimilan el espacio a las cosas y relegan en consecuencia su concepto a la abstracción. (Lefebvre, 2013, p. 143).

Para Lefebvre no existen tales barreras y fronteras, su argumentación gira en torno a justificar la existencia de un espacio social producido y reproducido en los espacios mismos, donde las barreras simbólicas no hacen más que fragmentar el espacio social, interponiéndose, yuxtaponiéndose en un movimiento perpetuo, esto quiere decir que, las ciudades no son estáticas,

la palpitación y el ritmo son propias de estas dinámicas. Una de las propuestas del presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, es colocar un muro en la frontera con México, esto no impedirá que el flujo migratorio, las drogas y el contrabando de armas siga fluyendo, en tanto las fronteras y muros son espacios siempre agujerados. Anteriormente mencionamos los bulevares, representación moderna para las ciudades, lugares hechos para transitar, no para quedarse. Los espacios se enfrentan a estos ritmos, colindan con el movimiento de otros espacios, incluso pueden ser aniquilados por “grandes tendencias” (Lefebvre, 2013, p. 143).

Esta característica, fluida y caótica, propia de la ciudad y de un capitalismo global y el neoliberal del siglo XXI, está ubicado junto a un modelo más estático como es el fordismo -las ciudades expuestas en *1984* de Orwell-, el encierro, el papel de la calle, de los edificios, la ubicación de las casas alrededor de grandes fábricas dinámicas de espacios, que funcionan con una racionalidad propia, ello se puede ver en el texto de Foucault *Seguridad, Territorio, Población*, allí elabora una minuciosa genealogía sobre las tecnologías del biopoder y de las artes de gobierno, la fábrica y la cárcel son escenarios disciplinarios disciplinario y la medicina preventiva y el discurso de la seguridad forman un espacio biopolítico. Cuando Lefebvre habla del carácter visual del capitalismo y la impresión que este genera en los cuerpos, encontramos una relación con Foucault y los dispositivos de control. Serían así dos lógicas, una ciudad donde los espacios son completamente delimitados y la otra donde los espacios son porosos, móviles y ondulatorios, siendo a su vez dos lógicas espaciales que se relacionan y perviven como modelo productivo.

Pero, ¿por qué el espacio es territorializado, organizado, maquinizado y racionalizado? Lefebvre (2013) propone la hipótesis de que *los espacios dominantes se convierten en dominados cuando detectan una fuente de energía*⁷, ello justifica en la gestión del espacio por donde transitan los flujos que pueden generar capital. Este sistema total no es ni estable ni se encierra en sí mismo, pues, el movimiento por el cual se determina el espacio social implica siempre, tanto la violencia

⁷ Las fuentes de energía son el motor del capitalismo y la producción, pero también se pueden interpretar como los elementos que hacen posible la circulación del capital, de deseos y voluntades, incluso, la producción de materias primas; en este sentido, las grandes ciudades se constituyen alrededor de grandes fábricas con inmensas máquinas que transforman y gestionan la energía, también la fuerza vital del trabajador.

como la seducción, es decir, una yuxtaposición donde el espacio dominante desplaza y/o se apropia del otro, en tanto introyecta y aprehende el código del sistema dominante.

Empero, y he aquí una propuesta de resistencia, puede haber una gestión colectiva del espacio no tecnocrática y dominante, la cual parte desde los que habitan el espacio en precariedad, produciendo y gestionando su entorno en aquello que escasea: el agua, la luz el aire y el espacio mismo (elementos que las poblaciones más adineradas tienen sin ningún problema), esto evidencia que hay contradicciones y disputas políticas sobre el espacio, en tanto, la gestión en el capitalismo del proyecto liberal burgués se basa en la inestabilidad, movimiento que a su vez busca utilizar una fuerza siempre desplazante e integradora de lo desplazado; por esto, se comprende como *reproducción de las relaciones de producción*, cuando el espacio producido en el capitalismo reproduce estas condiciones; de esta manera, las instituciones son herramientas de las racionalidades tecnócratas cuando se efectúa la organización del territorio, quienes manifiestan una racionalización instrumental del espacio, con el fin de mantener el sistema de valores propio del pensamiento liberal burgués basado en la propiedad, en la hegemonía y la reproducción de valores sociales que estimulan las relaciones de producción del capitalismo.

Por ejemplo, se puede pensar en una ciudad como Medellín y en los cambios que ha suscitado a finales XIX: ¿no han sido las élites y su racionalidad sobre el espacio aquellas que han construido las ciudades como proyecto propio? La Sociedad de Mejoras Públicas en Medellín lo ilustra, puesto que la ciudad, con todos sus problemas, a principios del XX fue construida a partir del imaginario de empresarios del café, del maíz y de la minería, los cuales alimentaban la idea de la ciudad futura a partir del dinero público, teniendo como referente las ciudades europeas. Este signo impregnado en el imaginario social del siglo XX no deja de propagarse, construido bajo la consigna de una ciudad ideal desde los que tienen los medios de producción, de aquellos que tienen los dispositivos necesarios para estatizar y producir el espacio, que disponen de todos los medios para poder cumplir el sueño de una ciudad productiva y reproductiva. Es por esta razón que el espacio deviene escenario de disputa político.

No obstante, encontramos que esta racionalidad productiva se sustenta en el control biopolítico de la población, siendo el elemento contrario la no-población, visto como cuerpo perjudicial para la vida productiva. En occidente este objeto de la política, la vida, toma relevancia para el poder por su potencia productiva, de ahí que a la no-población se le denomina

nuda vida (Agamben, 2010), ella habita en las periferias urbanas, en los centros de retención de inmigrantes, en las zonas de desechos humanos. Es esta vida la que ha constituido ciudades colombianas atestada de desplazados, desterritorializados, gamines, locos, prostitutas, campesinos, todos con el rótulo de delincuentes y bandidos que son tratados como elementos indiscernibles dentro del Derecho y la Constitución, pensados como aspectos externos, ya que habitan espacios en que la norma oficial queda suspendida, e internos del orden, porque justifica la forma en que acontece la vida en el espacio social urbano, el espacio social soberano. Este elemento de la nuda vida, pone en evidencia las fuerzas de las subjetividades entre la necesidad y la posibilidad frente al espacio urbano como elemento vital, esta tensión latente es un rasgo de carácter político y en constante disputa, que ha definido las vidas de los sujetos en las condiciones actuales del capitalismo mundial.

1.2 La época del espacio

Foucault elabora una hipótesis necesaria dentro de la filosofía: “La época actual quizá sea sobre todo la época del espacio” (Foucault, S.F. *De los espacios otros*) y, sin lugar a dudas, de lo disperso, pues, en él se yuxtaponen varios espacios con funciones que conviven con las lógicas del aparato de Estado organizador y abstracto, controlador por excelencia y productor del espacio regulado, pero que se presentan como contraespacios o utopías localizadas. Siguiendo la idea de Lefebvre, Foucault busca hacer una historia del espacio y de lo que él designa como *Heterotopía*, esos otros espacios. De esta manera, el autor encuentra que hay diferencias en la forma cómo se había tratado el espacio en la Edad Media, que era un conjunto jerarquizado de lugares, muy delimitados, que contenían una carga simbólica, lugares celestes, lugares terrestres, lugares prohibidos, lugares abiertos, lugares sagrados y lugares profanos. Mientras que, a partir de los descubrimientos de Galileo, dice Foucault, se pasa de la localización rígida de la Edad Media, a la extensión infinita del Renacimiento, por ello, el carácter disperso del espacio.

En este punto coinciden los argumentos de Lefebvre y de Foucault, en la medida que hay elementos que fluyen por el espacio (social), los cuales son tenidos en cuenta por las tecnologías de poder y la gestión del espacio, entre ellos, uno que quizá es el más importante es *la población*,

debido a que es un conjunto de seres vivos que configura un cuerpo complejo, también con vida, el cual necesita de un medio vital que se supone es natural, por el que se mueven los flujos, y es justo allí donde se dan relaciones de emplazamiento: *ubicación de la población en determinados espacios*. En este orden de ideas, Cavalletti⁸ (2010) se dedica en su trabajo, a ampliar el concepto de población, siguiendo la línea argumentativa de Foucault del curso *Seguridad, territorio y población* (2006), efectivamente, los dos coinciden en un punto central, la población como cuerpo viviente es administrada por una máquina organizativa que lo inserta en una lógica de poder que lo separa de aquella no-población, en este sentido, la población está dotada de especialización ideal, en contraposición a ese «otro lugar».

Foucault buscará el problema en el funcionamiento mismo de esta gestión, el método de este autor y la intencionalidad del escrito no buscan encontrar qué y quiénes conforman el espacio, sino dilucidar cuáles son esos elementos que constituyen una población y qué dispositivos se tienen en cuenta para construir y gestionar el hábitat de este cuerpo social viviente (Foucault, S. F. *De los espacios otros*); para ello recurre a los procesos de gubernamentalización, a las tecnologías de poder y la genealogía, intentando así descubrir el funcionamiento de estos dispositivos de emplazamiento. Por tanto, la intención de Foucault es demostrar que el espacio no está desacralizado, puesto que hay lugares místicos, casi sacros, que comunican con otro tiempo, con otras personas y que guardan una carga simbólica fuerte con relación al espacio cotidiano, pues, el espacio tiene oposiciones que no se pueden modificar, operan de manera intacta, se naturalizan los emplazamientos y sus consecuencias pasan por una aceptación de los acontecimientos. Un ejemplo de esto puede ser el espacio público y el espacio privado.

Entre el espacio privado y el espacio público, entre el espacio de la familia y el espacio social, entre el espacio cultural y el espacio útil, entre el espacio del ocio y el espacio del trabajo, todas dominadas por una sorda sacralización. (Foucault, S.F. *De los espacios otros*).

Así, el análisis de Foucault busca distinguir entre el espacio del afuera y el espacio del adentro, en el cual se dan estas configuraciones, o sea, el espacio social. Su análisis parte de buscar esos espacios otros, que, aun así, entrañan relaciones de intensidad con el espacio del

⁸ Este componente de la población es central para comprender la lógica espacial de la biopolítica y su papel en las relaciones políticas actuales. En el apartado 2.2.2 *La población y su medio natural* profundizamos y exponemos más esta relación entre población y espacio, junto a su funcionalidad inmersa en la lógica de la biopolítica.

adentro, configurado de este modo, las relaciones de emplazamientos que allí se dan. Se creería que estos espacios pueden ser lugares utópicos, como territorios donde lo dominante no tendría ninguna relevancia y en el que se dé espacio a otras formas de relacionarse, pero esto no es lo que entraña el análisis de Foucault, pues, lo que busca es mostrar que estos espacios son utópicos, aunque desde otra perspectiva. Lo que él llama, contrario a la utopía, las heterotopías. El ejemplo que utiliza Foucault es el espejo.

Pero es igualmente una heterotopía, en la medida en que el espejo existe realmente y tiene, sobre el lugar que ocupo, una especie de efecto de retorno; a partir del espejo me descubro ausente en el lugar en que estoy, puesto que me veo allá. (Foucault, 2011, S. F., *De los espacios otros*).

Esto quiere decir que, ese espacio se configura allá, distante del sujeto, en la medida que nos vemos en él. Es una acción efectiva sobre una subjetividad, a partir de una referencia espacial desde lo otro, pero que implica un yo, sin dejar de lado que son espacios diferentes, siempre transitando entre lo real y lo virtual. Dice el autor que, estas heterotopías se constituyen en todo el mundo como visiones propias, las cuales configuran al sujeto, en la medida que se vuelven referentes. ¿Qué son pues la heterotopías para Foucault? hay dos tipos de heterotopías: las críticas o de crisis, entendidas como todo aquel acontecimiento relacionado a la crisis, en tanto todo lo que representa una crisis, se destina a un espacio determinado; en segundo lugar están los lugares destinados a la desviación, que buscan gestionar lo anormal, un ejemplo de ello, trabajado bastante por Foucault, son las clínicas mentales y las cárceles, la cuarentena en los hospitales, espacios heterotópicos propios de la constitución racional de los centros urbanos.

Las crisis en la sociedad Occidental pueden identificarse por esa población que no reproduce las relaciones de producción (término de Lefebvre) y, todo lo contrario, las afecta. El loco, el delincuente, el desadaptado, el sin techo y el drogadicto tienen un lugar destinado, que trata disciplinariamente la anormalidad, la improductividad de estos sujetos en la sociedad; en este orden de ideas, Marx, en *Los Manuscritos filosófico económicos* (S.F.), habla que por fuera del trabajo, el asalariado está gestionado por la policía, el Estado y los médicos, su normalidad se encuentra supeditada al trabajo y a que la gestión política mantenga esta relación productiva; ahora bien, romper el cordón implica estar en los ámbitos de la anormalidad, ya que se desvían de la subjetivación y el deber ser del obrero, es por esto que aparecen entonces los espacios

heterotópicos que emplazan a una población, por contraposición a aquello otro que se sale del lugar que debe ocupar.

Por otro lado, las heterotopías yuxtaponen en un lugar real múltiples espacios, el ejemplo que utiliza Foucault es el de los cines, el teatro y los jardines Reales e imperiales, allí, por ejemplo, en el teatro sucede otro tiempo y existe otro lugar, incluso de manera transitoria, a la misma vez, del tiempo y espacio del espectador, como en el cine. Así las heterotopías funcionan como dispositivos que pueden ser de control o de disciplina según sea el caso, e incluso, de resistencia.

No hay que olvidar que el jardín, creación asombrosa ya milenaria, tenía en oriente significaciones muy profundas y como superpuestas. El jardín tradicional de los persas era un espacio sagrado que debía reunir, en el interior de su rectángulo, cuatro partes que representaban las cuatro partes del mundo, con un espacio todavía más sagrado que los otros que era como su ombligo, el ombligo del mundo en su medio (allí estaban la fuente y la vertiente); y toda la vegetación del jardín debía repartirse dentro de este espacio, en esta especie de microcosmos (Foucault, 2011, S. F. *De los espacios otros*).

No obstante, Foucault habla de varias heterotopías: están las heterotopías que se relacionan con el tiempo, lo cortan y lo paralizan, volviéndolo eterno, un ejemplo de estos lugares son las bibliotecas y los museos. También existen heterotopías destinadas a lo más fútil y pasajero, las ferias, las fiestas y ciudades de verano, destinadas al ocio (mencionado además por Lefebvre). Hay, además, heterotopías que acogen y expulsan al mismo tiempo, se puede mencionar el ejemplo de la *arquitectura hostil*, donde las bancas en los espacios públicos invitan a sentarse, pero son tan incómodas por su material, su estructura y su lejanía de los otros asientos, que solo queda desplazarse a otro lado, esta arquitectura se aplica en las ciudades, en ellas se pueden ver los muros con picos, los bajos de los puentes con rocas puntiagudas –dispositivo arquitectónico que obliga al tránsito dentro del sistema urbano con un uso estético y político–. Además, las heterotopías actúan a partir de ilusiones de denuncia, donde la perfección humana se busca alcanzar, señalando la realidad pecadora de lo otro como una mentira. Este lugar encarna al sujeto que obedece la ley divina y evita el pecado, posicionándolo por encima del sujeto pecador y mundano, en ellas la regla es respetada y la orden debe ser acatada para no caer en los errores de *esos otros*; así pues, encontramos comunidades puritanas en Norteamérica y las comunidades de Jesuitas en Sudamérica.

Los jesuitas del Paraguay habían establecido colonias donde la existencia estaba reglamentada en cada uno de sus puntos. La aldea se repartía según una disposición rigurosa alrededor de una plaza rectangular al fondo de la cual estaba la iglesia; a un costado, el colegio, del otro, el cementerio, y, después, frente a la iglesia se abría una avenida que otra cruzaría en ángulo recto. Las familias tenían cada una su pequeña choza a lo largo de estos ejes y así se reproducía exactamente el signo de Cristo. La cristiandad marcaba así con su signo fundamental el espacio y la geografía del mundo americano. (Foucault, 2011, S. F. *De los espacios otros*).

Esta forma de organizar la ciudad, muy típica de los centros urbanos latinoamericanos, determinada por el signo de la cristiandad, un elemento simbólico y disciplinador de la conciencia. Todas estas heterotopías permiten ver la función que cumple el control del espacio y su administración, cuáles son sus fines y, sobre todo, pensar que son estas las que determinan al sujeto moderno, pues él habita pasando de una a otra, configurando el espacio desde otras necesidades relacionadas a otro tiempo y lugar; Foucault propone llamar a estas heterotopías espacios que se encuentran entre el blanco y gris de una ciudad, un espacio indiscernible, excepcional e indeterminado (Agamben, 2010). Al final de este documento aparece la figura del barco y del navío como la heterotopía por excelencia. La aventura y los sueños es algo que no tienen los otros espacios heterotópicos, pues la configuración de estos es la vigilancia, la disciplina y el control, lo que insta a pensar que el espacio otro, utópico, se haya en la aventura, en el ser nómada siempre desterritorializado, que pasa de estrato en estrato buscando los agujeros del espacio ramificado. Con todo lo anterior, surge la pregunta de cómo resistir a esta configuración espacial que determina las subjetividades y las emplaza, pero antes de esto, resulta pertinente seguir con la intención de ver cómo se configura la ciudad contemporánea, la ciudad de los servicios, la ciudad de consumo, la ciudad mercado gobernada por la práctica neoliberal.

2. REPROGRAMACIÓN DE LO URBANO

2.1 El papel de la producción y el trabajo en la configuración de la ciudad

Insistimos en el papel de la ciudad como espacio de gestión de la producción y de sus flujos (producción de capital, producción subjetiva y producción deseante). En primer lugar, el espacio urbano en Occidente está relacionado necesariamente con la producción de capital, ello no quiere decir que se deje de lado la configuración de los sujetos, más bien, se da en gran medida gracias al aumento de la población en las ciudades. El arquetipo de este proceso y modelo de subjetivación moderno parte del concepto de producción de capital y, por ende, de producción subjetiva, en una relación estrecha entre economía y sujeto. En efecto, las grandes ciudades modernas de la Revolución Industrial determinan una vida que, pasa del trabajo en el campo al trabajo en la ciudad, con una característica particular, que el campesino deja de ser un propietario de la tierra para convertirse en un trabajador en las fábricas (Hobsbawn, 2015), en una transformación que implica tanto la alienación como la enajenación.

Estas ideas son ampliamente expuestas en la teoría marxista, aunque a esto es necesario añadirle, en relación al espacio, procesos de disciplinamiento y de control –los cuales serán expuestos en el apartado sobre el biopoder– tecnología de poder para que el trabajador, o los sujetos urbanos, queden estrechamente vinculados a la red de flujos productivos; de modo que analizar la relación producción-espacio-sujeto es indispensable en el presente capítulo, ya que la producción económica implica una nueva racionalización del espacio urbano, toda vez que, poder que no se espacializa no se hace eficiente.

Así, el poder que produce es un poder que exhibe, que opera liberando las cosas en el terreno de la visión, exponiéndolas ante la mirada, sustrayéndolas al secreto y a la oscuridad para arrojarlas a la luz, ante el ojo, delante del ojo. Por lo tanto, poder es exhibir. Poder es hacer ver. El poder libera las cosas en el campo de la visión: poder es exposición. (Tirado & Mora, 2002, p. 19).

Estos autores muestran la relación que hay entre saber, poder y espacialización en la teoría de Foucault, aunque es necesario recordar que ello es identificado también por Lefebvre, como un elemento importante en la producción y reproducción del espacio social que conlleva a la

constitución subjetiva, correspondiente a la economía de poder. Ahora bien, me gustaría ahondar en la tradición marxista que ha sido de tanta influencia en el giro espacial. Por tanto, se indican textos en que se ha expuesto esta relación de poder y espacio, teniendo en cuenta varios autores: Castells en *La cuestión Urbana* (1982), Lefebvre en *La producción del espacio* (2013) y Harvey en *Ciudades rebeldes* (2015), estos autores son conocidos por sus aportes críticos en el análisis sobre la producción del espacio social. Es de anotar que, estos ejercicios comprenden análisis sociológico que permiten llegar a la interpretación del espacio social; en el caso de Lefebvre, el ejercicio se vuelve eminentemente teórico, ya que plantea discusiones que se acercan y distancian en un proceso de aporte conceptual a la interpretación del espacio social urbano y su devenir.

Castells, por ejemplo, define el espacio como “un producto material en relación con otros elementos materiales, entre ellos los hombres, los cuales contraen determinadas relaciones sociales, que dan al espacio (y a los elementos de la combinación) una forma, una función, una significación social” (1982, p.141). Este análisis centrado en el espacio, como *un producto material*, pone de manifiesto una tradición marxista que va a ser muy fuerte en los ejercicios conceptuales posteriores sobre el espacio social; en relación a esto, Lefebvre (2013) plantea la idea de que es imperante comprender que no se puede hablar de un espacio social en sí mismo, sino de *los espacios sociales* en un proceso de abstracción relacionado con condiciones del conocimiento, que producen varios espacios según su interés; así, por ejemplo, las ciencias sociales fragmentan el espacio para comprenderlo, interpretarlo y producirlo, utilizando los dispositivos del conocimiento científico y estadístico, creando de este modo un saber determinado para cada zona o flujo dentro del espacio urbano, así que, las ciencias económicas, la medicina, el urbanismo, y la sociología, son ejemplo de ello.

En este sentido, esta gran estructura-máquina se puede entender como un Kernel⁹, de la red informacional, que implica a la ciudad, por tanto, comenta Lefebvre (2013, p. 142), el *espacio social* no es un objeto en sí, no es una cosa, sino que está relacionada a la producción y su capacidad de control sobre los flujos y de la red informacional que implica el mercado, el capital y las dinámicas urbanas.

⁹ Kernel: Sistema base sobre el que se montan los sistemas operativos en informática. Lo utilizo para designar que, sobre las ciudades hay una lógica detrás de la apariencia y de las razones que se consideran los reales engranajes sistemáticos de la ciudad. La placa del Kernel, en este caso, está montada sobre las prácticas gubernamentales y éstas actualizadas y reconfiguradas a lo largo de la historia.

La casa emergerá recorrida por doquier por flujos de energía que la atraviesan de parte a parte: Agua, gas, electricidad, teléfonos, ondas de radio y televisión. La imagen de solidez podría sustituirse por la imagen de un nodo de flujos, movibilidades, conductos que llevan y evacúan (Lefebvre, 2013, p. 148).

En concordancia con Lefebvre, Bauman llama a este funcionamiento, lógica residual o de desechos, ello genera la dinámica económica globalizada y los choques de poder. Para este autor ciertos espacios se configuran a partir de los residuos, tratados como humanos, generados por la guerra, la exclusión, la delincuencia o la xenofobia. Los vertederos, nombre que le pone Bauman –*Vidas desperdiciadas, la modernidad y sus parias* (2005)– a esta lógica, son de gran utilidad en la organización política del espacio, para los desplazados por la guerra existe el campo de concentración, lugar que pone en *stand by* al refugiado, pues no pertenece a ningún lugar, ya que su Estado se encuentra en excepción y el lugar en el que está, el campo de refugiados, es un espacio virtual creado solo para contener la diáspora producida por la guerra, lugar excepcional del homo sacer y la nuda vida (Agamben, 2010).

Otros vertederos son los guetos, las cárceles, y las fronteras difusas entre los Estados. En el gueto se encuentra la comunidad de pobres y desempleados, en la cárcel los delincuentes tratados como desechos de la sociedad y en las fronteras los migrantes sin leyes, nuevos nómadas de la economía de mercado y la guerra geopolítica, por hegemonía de los recursos naturales y de los centros de producción. Esta dinámica de flujos humanos y de desperdicios es propia del neoliberalismo y de la gestión que éste tiene sobre el espacio, ya que va produciendo subjetividades que requieren ser contenidas¹⁰.

Así, la propuesta de Lefebvre se vuelve más profunda cuando, con una fuerte crítica a la *aparente realidad* de la ciudad, descubre la virtualidad –como diría Baudrillard¹¹ –al entender el espacio como la figura laminada de la milhojas más que la “isotrópica homogénea del espacio matemático” (Lefebvre, 2013, p. 142). Esta forma laminada del espacio puede servir, por tanto, para la interpretación y superposición de los espacios sociales. El espacio es algo diacrónico en el cual se dejan inscripciones, esto a partir de, podríamos decir, acontecimientos que impactan el espacio de manera poderosa cincelandolo y produciéndolo (pensar en el impacto industrial sobre

¹⁰ En los últimos dos capítulos volveremos a este asunto.

¹¹ *La sociedad de consumo* (Baudrillard, 2007).

el espacio, las explosiones fabriles determinaron el modelo de ciudad industrial, expandiendo la onda y dejando secuelas en varios radios de distancia).

En suma, el espacio no es una cosa o un objeto en sí, es una multiplicidad en la que colinda, tanto el espacio organizado con el espacio caótico como diferentes espacios sociales correspondientes a lógicas determinadas; como se dijo anteriormente, el neoliberalismo opera en un espacio caótico, los estados operan sobre espacios organizados, y las vidas más vulnerables intentan subsistir en espacios construidos por necesidad, y todas ellas relacionadas a través de flujos y de láminas porosas, lo cual determina la postura de Lefebvre en contraposición al enunciado de Castells. En tanto, *Los espacios sociales se interpretan y/o yuxtaponen* (Lefebvre, 2013, p. 143), es decir, no están separados, ni siquiera los espacios privados, estos y todos los otros espacios se encuentran en una red de relación de flujos entre sí, siendo todos los espacios un espacio social conectado a otros, en una correspondencia de nodo y flujo, así todos los espacios son penetrados y atravesados. Entre tanto, el término de capa o estrato (p. 143), no hace más que separar y hacer el análisis a partir de las solas relaciones, pero no mira las interconexiones profundas y fluidas, por ello, pensar el espacio como una cosa, se vuelve una desafortunada metáfora, ya que no alcanza a comprender la totalidad del espacio social.

Ahora bien, Castells (1982) pasa por comprender las relaciones sociales para dar cuenta de la organización del espacio. La intención con esta hipótesis es tener en cuenta las funciones de las unidades y las relaciones de los diferentes sectores, puesto que la apropiación del espacio forma parte de un proceso de lucha que afecta al conjunto del producto social. De esta manera, el autor lanza la pregunta de cómo se producen las formas sociales de rango social, la urbanización y la segregación, con la intención de comprender el espacio en su devenir histórico. En este sentido, la demostración de esta idea es elaborada en términos dialécticos, de contradicción, de lucha por el espacio, frente al espacio social, entre los trabajadores en condiciones precarias y en inmediaciones de los centros productivos, en contraposición a la ocupación de la burguesía que se apropia de espacios favorables, bien sea, en relación al comercio, a lugares sanos y la naturaleza. No obstante, esta perspectiva sirve para entender el espacio social producido por la industrialización y el modelo fordista, que se generó a raíz de la fábrica como epicentro de la transformación urbana, en una relación de economía de poder entre la escuela, la casa, la fábrica, el manicomio, el hospital y la cárcel.

Por su parte, Deleuze y Guattari en *Mil mesetas*, analizan esto a partir del espacio segmentarizado, pues, para ellos, el Estado moderno funciona de esa manera, entre segmentaridad y centralidad, entre la máquina de guerra y la máquina estatal, entre el tejido, desde las guías del poder y el plano liso del nómada, del apátrida. Una de las características del poder de la burocracia es el de ser segmentario, ya que al separar en relación a un poder siempre tecnocrático, del mismo modo actúan y ejercen su accionar los saberes, alrededor del espacio y estos con la relación que guardan con el poder *burocrático*, “pero en esas figuras de segmentaridad, la binaria, la circular, la lineal, siempre están incluidas la una a la otra, e incluso pasan la una a la otra, se transforman según el punto de vista” (Deleuze & Guattari, 2002, p. 322). Aunque estos segmentos están relacionados, se corresponden unos con otros, “El régimen del asalariado hará corresponder segmentos monetarios, segmentos de producción y segmentos de bienes de consumo” (p. 327). ¿Qué quiere decir esto? Esta segmentariedad, en la operación binaria de la estructura de poder, como argumenta Deleuze, se debe entender como una máquina que sobrecodifica, de manera unívoca, el espacio, esta máquina es la misma que se ocupa de gestionar los flujos que se mueven en lo urbano, ya sea concéntrico o multicéntrico, territorializándose, a partir de las estrategias de la máquina abstracta, aquella que ejerce el poder y los procesos de control, gestión, ideología y saber, y de los cuales los sujetos se articulan por seducción como máquinas deseantes. No obstante, Deleuze y Guattari señalan que las segmentaridades flexibles que se desterritorializan están en una relación necesaria con esta máquina abstracta.

En suma, las segmentaridades flexibles son aquellas que escapan por tanto a esta lógica, pero que conviven con ella, como los sin techo en las ciudades, que tienen otro orden de comportamiento, siempre nómada, o la resistencia urbana de movimientos sociales que puede llegar a escapar momentáneamente de la máquina codificadora, aun viviendo en ella, o la delincuencia organizada que huye constantemente a la captura del aparato de Estado, constituyendo una *máquina de guerra*, esto no quiere decir que sean espacios libres, toda línea de fuga que se mueve en el espacio liso corre el peligro de *solidificarse*. Así pues, segmentos, capas, flujos y relaciones sociales son elementos necesarios para entender los espacios sociales urbanos y su dinámica maquínica.

En este sentido, el espacio social es una multiplicidad que se configura desde varias lógicas que, igualmente, se relacionan entre sí, por los flujos y los impulsos, completamente

segmentarios, pero correspondientes y necesarios siempre entre sí, concomitante con otro segmento, con otro espacio, como bien lo señalan Deleuze y Guattari, el espacio deviene segmento y se territorializa en una lógica dura y se petrifica por un aparato de captura ideológico, a lo que se le añade, además, que estos espacios son interpretados por los distintos saberes e intereses del Estado y la economía que están unidos a esta máquina abstracta, y sobre la que se crean nuevas prácticas de gobierno. Esta idea lleva a pensar en la siguiente hipótesis: el espacio, al ser un espacio siempre en compenetración, por más rígido que sea, está más relacionado con la fluidez. Los análisis de un autor como Lazzarato sobre la producción, el trabajo y la empresa (2006) muestran cómo en las sociedades de control, y en el modelo de la gestión de los flujos y de las redes, un espacio que no conoce barreras, la televisión, por ejemplo, sirve de imagen para comprender este supuesto: ella llega a una multiplicidad de sujetos deseantes, constituyéndolos y acoplándolos a la señal de este dispositivo. A propósito, dice Lazzarato “Se vive entre las mercancías y los servicios que se compran, entre flujos de información y comunicación en los que estamos sumergidos” (Lazzarato, 2006, p. 104).

De esta idea se podría argumentar que todo espacio busca así gestionar estos elementos móviles de la ciudad, ya que en el espacio social y en su multiplicidad se mueve y fluye el capital, la información, la población, los virus e ideas, lo cual debe ser tramitado a partir de una nueva forma que ha adoptado el poder político: el biopoder¹² y sus dispositivos de control. A esto es lo que se refiere Lefebvre cuando habla de relaciones profundas y fluidas, por lo tanto, es el movimiento aquello que justifica la ciudad moderna como proyecto y como eje del control biopolítico. En suma, al argumentar que el espacio es agenciado por una estructura petrificada, se busca ofrecer y evidenciar que su intención es gestionar y controlar los flujos que transitan en el espacio, por ejemplo, la vida misma como elemento producido y productor.

Pero hay varias formas de entender el espacio, ya que la visión de una ciudad rígida totalmente controlada deja varios interrogantes, pues, no todo puede ser controlado. De este modo, la tradición marxista ha hecho hincapié en esta gestión rígida y cerrada del espacio, por ejemplo, Castells habla del espacio como un objeto real y busca determinar las leyes estructurales y coyunturales (1982, p. 141); no obstante, la intención de este análisis, efectivamente, es mostrar la relación de choque del espacio controlado y del espacio caótico como elemento principal en la

¹² Este concepto se ampliará en el próximo capítulo.

producción del espacio moderno, de esa gran máquina abstracta de la que hablan Deleuze y Guattari. Si el espacio es un objeto, es un objeto creado bajo las leyes de la producción, lo cual implica la fuerza productiva, los medios de producción y la materia para lograrlo; pero se deben tener en cuenta otros factores constituyentes del espacio: la configuración social, la naturaleza y la técnica y su relación con la máquina abstracta, como también los espacios de la máquina de guerra, las heterotopías, los espacios utópicos, los espacios por necesidad, como los asentamientos de desplazados y refugiados.

En este sentido “Una teoría de la estructura urbana debe buscar las leyes por las cuales diferentes contenidos sociales se expresan a través de procesos anunciados” (Castells, 1982, p. 146). Esto quiere decir que, pensar el espacio es intentar ver los elementos de la urdimbre que dan forma al espacio estriado, regulado desde la máquina abstracta y el aparato de captura (Deleuze & Guattari, 2002) como de la máquina nómada. El aporte más valioso de estos autores tiene que ver con la mecánica territorial en un proceso constante de movimientos y cruces, si bien, el aparato de captura que organiza el espacio lo vuelve estriado y tiende a controlar todo, su territorialización deviene de las líneas de fuga que se mueven en el espacio liso donde hay infinitud hacia todos lados y dimensiones, por ello, es movimiento de guerra, nómada y caótico; aunque, se debe aclarar que el espacio liso nómada corre el peligro de solidificarse, y el espacio del aparato de captura siempre está en peligro de caer en caos. De este modo se configura la ciudad moderna.

En efecto, la ciudad como producto produce el espacios, en él reproduce su lógica y a partir de ésta es producida en un constante entramado en el que, a través de la segmentariedad, se relacionan los objetos en una virtualidad donde *la urdimbre, el kernel y los procesos anunciados*, no se pueden ver e identificar, debido a que siempre la razón y la lógica escapan encubiertas por el tejido urbano y la arquitectura, así las reales intenciones de disposiciones espaciales en la ciudad no son conocidas en gran medida, siendo la ciudad un teatro que simula lo real (simulacro).

Todo espacio social resulta de un proceso de múltiples aspectos y movimientos: lo significativo y lo no-significativo, lo percibido y lo vivido, la práctica y la teoría. En suma, todo espacio social tiene una historia a partir de esta base inicial: la naturaleza, original y única, en el sentido en que está dotada siempre y por doquier de características específicas (sitios, climas, etc.). (Lefebvre, 2013, p. 164).

Esta estrategia de poder a través del espacio es lo que configura a los sujetos en las nuevas lógicas y procesos de subjetivación de la gran máquina abstracta, segmentaria y burocrática de “interpenetración y superposición de los espacios sociales” (Lefebvre, 2013, p. 143). En suma, “también tiene una especificidad geográfica única que convierte la producción del espacio y de monopolios espaciales en parte intrínseca de la dinámica de acumulación” (Harvey, 2015, p. 61). Por ello, insistimos en la relación de poder y economía que se gesta con la producción del espacio social, esto es algo que tiene en cuenta Harvey a la hora de hacer interpretaciones sobre la ciudad. En efecto, como lo muestra Castells, son un medio de concentración económica y lugares de consumo cultural, por ejemplo, las residencias privilegiadas en los centros de la ciudad. Harvey señala de manera directa esta relación: “la urbanización, como vengo argumentando desde hace tiempo, ha sido uno de los medios clave para la absorción de los excedentes de capital y de trabajo durante toda la historia del capitalismo” (Harvey, 2015, p. 61). Esto pone de manifiesto la lógica del centro y la periferia, de los sujetos expulsados y de los privilegiados, o de los centros y las periferias, referente a la producción del espacio de las clases sociales más adineradas que ocupan espacios centrales.

Este análisis parte de los conceptos del materialismo histórico donde toda sociedad concreta y toda forma social, como el espacio, pueden comprenderse a partir de los modos de producción: instancias fundamentales de la estructura social, economía, políticoinstitucional e ideológica. Las relaciones sociales pueden influir en la estructura que les ha dado forma, no es la expresión de una libertad metafísica dice Castells, además, a nuevos efectos sociales, nuevas estructuras como manifestación de la relación entre una y otra. Por lo tanto, no es solamente poder, espacio, sino la constitución del espacio, actualmente bajo las estrategias de mercado.

La expresión espacial de estos elementos puede encontrarse por medio de la dialéctica entre los elementos principales: *producción* (=Expresión espacial de los elementos de producción), *consumo* (=Expresión espacial de la fuerza de trabajo) y un elemento derivado, el *intercambio*, que resulta de la especialización de las transmisiones entre la producción y el consumo en el interior de la producción y en el interior del consumo (Castells, 1982, p. 154).

Para comprender mejor esto, tomemos a modo de ejemplo la industria del ocio, dentro del mundo contemporáneo posfordista. Ahí, la figura del ocio, del descanso y del tiempo muerto

comienza a designar nuevas formas espaciales bajo el mercado del turismo, y de cómo ésta incide en la producción y configuración de los nuevos espacios, como se mostró en el primer capítulo. Por otra parte, nunca es ilimitada la gestión sobre el espacio, esta capacidad se ajusta a las etapas de despliegue de la estructura, en la que se necesita cierta intervención, según las intensidades de los flujos y los nodos de intercambio. Así, busca “estudiar el espacio por los elementos del sistema económico, político e ideológico” (p. 154), donde el papel del intercambio representa un elemento fundamental de la gestión.

La articulación del sistema político-institucional con el espacio se organiza en torno de dos relaciones esenciales que definen este sistema (relación de dominación-regulación y relación de integración-represión) y de los lugares así determinados. La expresión espacial del sistema institucional es, por una parte, la delimitación del espacio (por ejemplo, las comunas, las aglomeraciones, etc.) y por otro, la acción sobre la organización económica del espacio a través de la regulación-dominación que ejercen las instituciones sobre los elementos del sistema económico, comprendiendo en ello su traducción espacial (proceso de gestión). (Castells, 1982, p.155).

Empero, es preciso dar cuenta de ello desde el papel del *trabajo* como signo manifiesto de la organización del espacio, ya que, justamente, en las sociedades capitalistas, el significante y el significado expresa el accionar capitalista de un signo constante representativo del modelo económico dominante en un territorio. De este modo, con base en el marxismo, toda interpretación y conciencia del mundo es definida e instituida desde la estructura política-social de dominio, lo cual permite dirigir la mirada a esta gestión del espacio y sus efectos en las sociedades actuales. A partir de Castells, se puede ver cómo la gestión desde la estructura (Aparato de captura) es el resultado del intercambio entre producción y consumo. Aquí aparece la gestión asociada al sistema político institucional: la dominación y la regulación. Esto se entiende mejor cuando se piensa en la necesidad de esta gestión y delimitación del espacio, sobre sobre la economía de flujos.

Ahora bien, como dice Castells, la gestión es el proceso de regulación de la producción, el consumo y el intercambio a nivel espacial. Llama la atención el término de *dominación-regulación, integración-represión*, ¿Qué quiere decir esto? La gestión económica se da sobre acciones posibles y, en esa medida, el espacio se segmenta y se produce con relación a esto. Se llama dominación a este poder sobre las acciones posibles, y represión a la facultad de la estructura del Estado y de las instituciones de ejercer su fuerza para que este control sobre los

flujos sea posible, de ahí que Burroughs y Deleuze¹³ llamen a esto sociedades de control, y que una de sus tantas características sea mantener una posición de ventaja, de cómo mantener los instrumentos y estrategias para seguir en la cima del poder.

Lo que interesa es la gestión del capital, aunque esta imagen corresponde necesariamente a las sociedades y espacios industriales e industrializados, la gestión, la represión y el control es algo que, como estrategia de gobierno, llega a las ciudades urbanas contemporáneas bajo el modelo de la empresa. Para Foucault (2006), este elemento de la represión no es algo contradictorio, más bien, reconoce los efectos ambivalentes correlativos a cada conducta normativa y de sujeción, para lo cual existe una conducta y un proceso que se resiste. Respecto al espacio urbano encontramos algunos modelos heterotópicos como los okupas; en el campo colombiano, los campamentos de refugio humanitario; en la ciudad, los pequeños espacios tomados por el arte, resignificando el espacio. En contraposición a esto se encuentra que, a través de las tecnologías de poder en constante actualización dentro de las artes de gobernar, el sujeto termina siendo un constructor de sí mismo, evitándole a los aparatos y dispositivos de poder malgastar sus recursos¹⁴. Es por esta razón que cuando hablábamos de un espacio controlado y organizado por un aparato de captura en constante relación con un espacio liso, es porque en los dos se corre el peligro siempre de transformarse, y porque perviven estas dos subjetividades, el sujeto dueño de sí del discurso neoliberal, cohabita con el obrero de los espacios de encierro.

Retomando el papel del trabajo, es significativo dar cuenta de éste como signo manifiesto de la organización del espacio a lo largo de la historia moderna, de la producción y del consumo, ya que efectivamente son expresión de los signos de la maquinaria del mercado que condiciona una nueva forma de relacionarse. Pero, Lefebvre se distancia de explicar el espacio solo desde la perspectiva anteriormente mencionada y le añade ese papel de la reproducción de los problemas de la ciudad, asociados al consumo programado y no a la industrialización, el cual implica gasto, se podría decir que un objeto es pagado por el tiempo invertido y la fuerza de trabajo gastada, si a esto se le suma la fetichización de los objetos, el consumo comienza a producir nuevos escenarios maquínicos del deseo. En consecuencia, el consumismo es un elemento central en las

¹³ Deleuze habla del control en *Post scriptum sobre las sociedades de control*, allí cita a Burroughs, con el texto *Los límites del control*. Los dos intentan describir la sociedad neoliberal con tendencia al control y al poder sobre los sujetos.

¹⁴ Para ampliar esta idea, leer el capítulo 3.1 *Neoliberalismo, espacio global y el homo oeconomicus*.

relaciones sociales de las ciudades contemporáneas, evidenciando el papel central de la economía como gestión del intercambio y la ciudad como ciudad de consumo.

Nuestra principal preocupación es el espacio. La problemática del espacio envuelve las problemáticas de la realidad urbana (la ciudad, su extensión) y de la cotidianidad (el consumo programado), desplazando la problemática de la industrialización. Esto no representa, sin embargo, la abolición de un conjunto de problemas ya que las relaciones sociales preexisten y subsisten; el nuevo problema es precisamente el de su reproducción. (Lefebvre, 2013, p. 145).

Ahora bien, por medio de la gestión de los procesos de consumo se crea una fechitización del espacio urbano, mediante objetos que satisfacen momentáneamente el deseo, los cuales, a su vez, son creados y generados por procesos de marketing; además, se encuentra una relación traslúcida (Baudrillard, 2007) entre objetos que conllevan al estatus social, siendo ello un elemento deseado, imaginario e imagen, en relación al entorno de los sujetos; de esta forma, el espacio urbano se vuelve el lugar donde los objetos conviven con los objetos solo desde esta relación de imágenes, creadas, reeditadas y virtuales.

En este orden de ideas, el espacio en el capitalismo se reconfigura como lugar de la reproducción de estas relaciones y de las condiciones sociales de producción del capital y de la vida. Bajo esta disposición del consumo es donde lo virtual, lo traslúcido, lo lejano y lo simbólico juegan un papel determinante, articulando el sistema económico con el espacio, tanto la producción (la fuerza de trabajo y los medios de producción) como el consumo (como elemento reproductor), ya que crea bienes que circulan, y, entre ellos, el intercambio como parte fundamental de la organización de las transferencias entre consumo y producción (Castells, 1982), “a cada tipo de transferencia corresponderá, pues, un modo de organización espacial distinta, pero no comprensible en sí misma, sino en función de los elementos que pone en relación” (p. 159). Así pues, las relaciones en el espacio quedan capturadas por relaciones superficiales entre objetos fetichizados y apariencias simbólicas que prometen estatus social. Este modelo de máscaras se fundamenta en paradigmas repetitivos impulsados por la máquina abstracta del capital y sus dispositivos de control de flujos.

De este modo, el espacio se organiza a través de una racionalidad, como una red de signos en el entramado de la multiplicidad del espacio urbano y sobre la estructura social. El neoliberalismo puede servir de explicación para la cita de Lefebvre sobre la ideología capitalista. Como ideología económica dominante, el libre mercado ha llevado el discurso de la competencia,

de la libertad económica, la disminución de la soberanía estatal, desregularización, privatización y los modelos de emprendimiento, como catapulta de ascenso social y, de esta manera, se han vuelto paradigma del modelo de construcción de las ciudades de la segunda mitad del siglo XX y del comportamiento y ética de los sujetos. No obstante, para Foucault el problema radica en que “debe comprenderse en el interior y en las transformaciones de las tecnologías de poder” (2006, p. 71). Por ejemplo, la libertad es correlativa al dispositivo de seguridad¹⁵.

Este modelo, como se verá, no tiene en cuenta los residuos que va dejando. Una sociedad de gestión del consumo se enfrenta a los residuos, creando así los lugares de desechos¹⁶. En consecuencia, las urbes son lugares donde la realidad urbana deviene virtualidad y negación de sus propios efectos, generando lugares guetos, suburbios y vertederos en los que van a parar los desechos sintéticos y humanos, los pobres en los guetos involuntarios (barrios de invasión en Medellín, favelas en Brasil o *homless* en Los Ángeles), o los afortunados en lugares de ensueño con naturaleza, espaciosos y perfectos, tanto estética como espacialmente.

Decir esto no implica olvidar la incidencia que ha tenido la industria y la transformación económica en el desarrollo de la ciudad. Como se viene diciendo, “La problemática del espacio nace de un crecimiento de las fuerzas productivas” (Lefebvre, 2013, p. 146) y de la producción en general de los espacios y de los sujetos, y para estos nuevos sujetos determinadas técnicas y dispositivos de gobierno. En efecto, el crecimiento y control de las fuerzas productivas toma como elemento de su reproducción la ciudad y el espacio urbano que deviene, a su vez, elemento producido por el capital y su intención de gestión, dominio y control. Así, el trabajador, como cuerpo, se convierte en elemento de producto dentro de la organización social. La industria trabaja a partir de la repartición y gestión, como lo menciona Castells (p. 155), por tanto, la organización social del espacio se da a partir de la determinación y control de las formas espaciales sobre el cuerpo disciplinado, creando así diferentes representaciones. Estas representaciones son creadas por las diferentes sociedades para organizar todas las fuerzas productivas que se dan en el espacio y tienen como objetivo, la reproducción de los medios de producción de la fuerza de trabajo (Lefebvre, 2013), como de imaginarios sociales, prácticas

¹⁵ Esto se profundizará en el capítulo sobre Biopolítica y ciudad.

¹⁶ Como lo identificó Bauman en *A cada residuo su vertedero o los residuos de la globalización*, del libro *Vidas desperdiciadas la modernidad y sus parias*.

culturales, concepciones del mundo no correspondientes a los sujetos y su nivel adquisitivo y de consumo.

De esta forma, las ciudades industriales organizaban a su alrededor el espacio para poder tener el control de los flujos del capital y de la producción, incluso, el control del trabajador como mercancía de la fábrica, de los barrios para la mano de obra y de los suburbios de las personas adineradas; pero esta lógica estrecha de la ciudad industrial, si bien, es un ejemplo de distopía industrial, plasmada en el libro de Orwell *1984*, la ciudad actual ha entrado en una lógica que va más allá de ser el paradigma de la sociedad consumista –una muestra de ello es lo dicho por Lefebvre– aunque, así como la fábrica invadió y produjo la ciudad, sus transformaciones y cambios la configuran de nuevo bajo nuevas artes de gobernar sobre la población libre, autónoma y competitiva, el *homo oeconomicus*. Con los dispositivos del modelo empresarial y de la ciudad de servicios, el trabajador entra a relacionarse con nuevas formas de gobierno, específicamente con el control y la seguridad (dispositivo biopolítico), también entra en nuevos procesos que lo configuran para constituirse en un nuevo tipo de trabajador que concuerda, como dice Foucault, con nuevos procesos gubernamentales.

Trabajadores urbanos de muy diversos tipos y no solo de fábrica, que constituyen, como explicaba posteriormente, una formación de clase muy diferente; fragmentados y divididos, múltiples en sus deseos y necesidades, muy a menudo itinerantes, desorganizados y fluidos más que sólidamente implantados. (Harvey, 2015, p. 7).

Como se viene mencionado, el modelo industrial es sólo un momento de la formación industrial en occidente. Por tanto, el trabajador en el modelo empresarial de servicios, del neoliberalismo y del *Homo oeconomicus*, es un elemento que no para de moverse y de pasar de un espacio a otro, en este sentido, es un engranaje más de todo lo que fluye por la ciudad, poniéndolo en primer plano del control y de la gestión a través del espacio. Es por esta razón que, este paso del modelo industrial al modelo empresarial¹⁷, resulta necesario si se quiere entender el espacio social actual.

¹⁷ Esto no quiere decir que los espacios disciplinarios hayan desaparecido, más bien se han territorializado en otros lugares, por ejemplo, fábricas muy prósperas en países desarrollados han decidido migrar a países en vías de desarrollo buscando nuevos espacios y nuevos cuerpos dispuestos, por las condiciones, al sometimiento disciplinario y al trabajo intenso.

2.1.1 La mutación del espacio urbano

Este apartado busca mostrar esa relación existente entre el modo de organización capitalista frente al espacio social, partiendo de la idea del trabajo como eje unificador de la empresa y la fábrica en torno a la productividad, tomado por ejemplo a Detroit, al ser una ciudad que ha mutado a lo largo del siglo XX, con relación a la producción y al espacio. Esta idea cobra fuerza con el nacimiento de las grandes ciudades industriales y su mutación, caracterizada por el crecimiento de la población, con el aumento de la fuerza de trabajo, como de una mayor productividad que comienza a invadir todos los aspectos y espacios de la vida más allá de la fábrica misma y de la empresa. Por tanto, a partir del caso de Detroit se va analizar algunos ejes fundamentales desde el modelo fordista hasta el modelo empresa, pasando por el análisis de la segregación, las nuevas formas de trabajo basados en la industria del ocio, para volver a una crítica a la hegemonía empresarial y la gestión del espacio.

Detroit es una ciudad ubicada en el norte de los Estados Unidos, es el ejemplo ya clásico de cómo el capitalismo puede convertir un espacio, transformarlo y de cómo cambiar completamente la lógica de éste. La ciudad pasó de ser una metrópolis industrial, en la que compañías como Ford, General Motors y Chrysler prometían trabajo, buenos salarios y prosperidad a ser una ciudad en bancarrota y con contradicciones completamente marcadas.

Comenzando el siglo XXI, la ciudad se ha reducido a la mitad de su población y se ha presentado la huida de la industria automotriz a los países del tercer mundo, donde la producción es más barata y se reducen los costos de la fuerza de trabajo y con condiciones arancelarias más favorables, así que se llevó a una desterritorialización de los medios de producción. “En 1952 Detroit tenía dos millones de habitantes y hoy no llega a 700.000, casi tres veces menos” (Sánchez, 1 de noviembre de 2016). Evidentemente, este cambio de producción global produjo una migración de la población trabajadora de la industria.

Este auge industrial en Detroit admite un proceso de organización del espacio en doble vía: por un lado, la migración que hizo la comunidad negra desde el auge industrial, a mediados del siglo XX a esta ciudad, y el aumento de la clase media de la comunidad blanca, estratificaron la ciudad en un proceso de gestión diferenciada del espacio, en tanto se realizó una ubicación de

la comunidad negra y de la comunidad blanca en barrios separados; por otro lado, la compra de los mismos automóviles de la industria local por parte de la población, transformó la ciudad en una potencia industrial que, en la actualidad es el espejo mismo de una distopía, mientras fue “un medio industrial satisfactorio” (Lefebvre, 2013, p. 163).

Hoy es una urbe destartalada que lucha por sacar adelante lo más básico después de décadas de decadencia culminadas en 2013. Ese año la ciudad se declaró en bancarrota bajo el mandato de un “gestor de emergencia”, un alcalde tecnócrata no elegido democráticamente sino a dedo por el Estado de Michigan (Sánchez, 1 de noviembre de 2016).

El proceso de producción que transforma el espacio en Detroit, evidencia la configuración de una ciudad industrial donde todo en ella está destinado a la productividad en un círculo de subjetivación constante. Por esta razón, es el ejemplo mismo de la capacidad del capitalismo, de producir los espacios en pos de la producción y reproducción del modelo. El obrero destinado a las grandes fábricas se encontraba en plena bonanza industrial, con buenos salarios, con sindicatos fuertes, con buenas condiciones de empleo, siendo esto una excusa para no cortar el flujo del capital, evidenciando la dependencia del trabajador y el sometimiento, y la relación de la industria de grandes compañías como Ford y General Motors con la política. Lefebvre, por ejemplo, arguye cómo la planificación espacial realizada por el capitalismo, según sus intereses, se queda corta para una gestión realmente aportante para el trabajador. El capitalismo, por tanto, es incapaz de planificar todo el espacio, pues solo lo produce en tanto ve en él un potencial de producción y reproducción del modelo de explotación. La planificación requiere, en la teoría de este autor, una gestión colectiva que tiene en cuenta la utopía o los otros espacios simbólicos, elementos que importan poco a la gestión capitalista del espacio.

Al decir Lefebvre que el espacio es visual, es inevitable no hacer la relación con la teoría del panóptico de Foucault, con la intención de economizar el poder y crear sujetos dóciles, lo cual se ajusta bien al aplicarlo al modelo industrial; en primer lugar, los grandes edificios, los centros de producción industrial magnánimos y amplios hacen que el trabajador se sienta diminuto, al lado del poderío demostrado por la industria y el capitalista, por medio de la arquitectura. En segundo lugar, se encuentra la vigilancia constante, algo que se expone de manera magistral en *Vigilar y castigar* (Foucault, 2003). Los símbolos arquitectónicos de la industria se vuelven ojos que todo lo ven, y los trabajadores se vuelven sujetos que normalizan

su conducta, a través de una percepción que tienen del espacio, así su comportamiento adopta la conducta del obrero productivo, disciplinado, que ve en la fábrica la posibilidad de llevar una vida sin carencias, aunque lo que se encuentre allí sea un proceso de enajenación y domesticación que el trabajador agradece, es evidente que, con la constante transformación del estado de bienestar, cada vez más influenciado por la gestión y la práctica neoliberal, tal estabilidad irá en detrimento, en la medida que el trabajador pasa a ser un responsable de sí mismo, bajo la lógica de la competencia.

¿Qué hizo el Estado norteamericano para evitar que Detroit se convirtiera en un escenario apocalíptico y distópico? El estado liberal burgués no hizo nada para evitar que esta ciudad fuera un terreno distópico, lo cual deja de manifiesto cómo las élites industriales y bancarias determinaban los asuntos políticos y económicos de la ciudad. Al hablar de lo político, se puede resaltar las relaciones sociales, el sentido de lo comunitario y la gestión administrativa del espacio y de la población, mediante sus dispositivos e instrumentos institucionales de sociedad liberal, influenciados por la mano del capital y las decisiones de interés. ¿Pero qué tiene de importante la ciudad para el capitalista?

Los puntos fuertes –los espacios urbanos– son puntos de confluencia de flujos y, al mismo tiempo que esta influencia creciente de los flujos que ocupan el espacio, ha nacido una forma nueva de la planificación, la forma más reciente de planificación: la planificación espacial. (Lefebvre, 2014, p. 220).

Lefebvre ve este control de los flujos en el capitalismo, como su principal labor y organización, el capital debe fluir constantemente y organiza todo a su alrededor para cumplir este fin. El automóvil como paradigma de la construcción de una ciudad evidencia la agilidad en el movimiento, las grandes calles hechas a medida del auto en Detroit, permiten identificar cómo los trabajadores compraban los carros que ellos mismos producían con los sueldos que ganaban por la fuerza de trabajo que alienaban, así terminaban ganando mucho menos pero con un automóvil que los transportaba al trabajo para poder construir más automóviles, el interés de someter el espacio y los automóviles a la lógica del flujo constante, está en que circule tanto el capital como el trabajo. Siendo esto un generador de más ganancia para las fábricas.

Ese esquema de valores se importó a Detroit y a su forma de desarrollarse. A los negros se les metió en barrios solo para negros, cerca de las fábricas del centro; los blancos empezaron a blindar

sus propios suburbios de “clase media” en la periferia. Y entonces se construyeron las autovías que circunvalan y atraviesan Detroit en todas direcciones. (Sánchez, 1 de noviembre de 2016).

En *Breve historia del neoliberalismo*, Harvey dice que “el progreso general de la neoliberalización se ha visto crecientemente impelido a través de mecanismo de desarrollo desigual” (p.116). No es para nada extraño, por ende, que estas élites y la clase media acomodada, cuando se van las grandes empresas, hayan decidido huir de la ciudad gracias a que tenían los recursos para hacerlo, mientras que las 700.000 personas (según los datos citados) que se quedaron en la ciudad, tuvieron que vivir en medio de la precariedad, debido a que desde que eran trabajadores dependían solo de la fuerza de trabajo (Sánchez, 1 de noviembre de 2016). De ellos, un 80% son negros marginados que viven en las centralidades de la ciudad y el resto son blancos clase media.

Por otro lado, un documental de la cadena *RT*¹⁸ muestra cómo con la pobreza, la exclusión y la precariedad aparece la droga y el caos que se desata en la ciudad. Este ejemplo es dicente, en la medida que señala cómo el trabajador, que también lo describe Marx, se convierte en un objeto del cual se puede prescindir, su vida está en detrimento, mientras que el objeto que produce tiene un valor potencial. “La apropiación del objeto aparece en tal medida como extrañamiento, que cuantos más objetos produce el trabajador, tanto menos alcanza a poseer y tanto más sujeto queda a la dominación de su producto, es decir, del capital” (Marx, S.F, p. 58), objeto que tiene más valor que el mismo trabajador, quien es tratado como mercancía de desecho, que se gasta llevando a los trabajadores a ser menos dueños de sí mismos y de sus destinos.

En palabras de Bauman, en el libro *Vidas desperdiciadas*, el trabajador se convierte en un residuo, al cual hay que buscarle un contenedor, en este caso, la excusa de la ciudad abandonada transforma a Detroit en el contenedor de los desechos causados por el abandono del Estado, el interés industrial, el racismo y los narcotraficantes que encuentran en el trabajador un reproductor del narcotráfico y toda su cadena de mercado aprovechando el escenario de excepción y de la vida precaria de la población. La lumpenización y la delincuencia de la clase trabajadora en escenarios de pobreza cultural es interpretada, a ojos de los demás y de las instituciones, en una ciudad desviada y caótica, tocada por la mano del demonio y el pecado, el exceso y las drogas,

¹⁸ *Las sucias aguas de Flint*. Documental Rusia Today.

pero, principalmente, una ciudad sin trabajo, una ciudad desviada “desviación, porque en nuestra sociedad, donde el tiempo libre se opone al tiempo de trabajo, el no hacer nada es una especie de desviación”. (Foucault, S. f., *De los espacios otros*). Los negros trabajadores empobrecidos y desahuciados, en su extrañamiento, son vistos como desviados.

Siguiendo el ejemplo de Detroit, esto tiene que ver con una ciudad, que después de la migración de más de la mitad de sus pobladores, con tantos lotes disponibles supondría que el espacio quedaría libre para que los habitantes que quedaran construyeran, en convertirlo y transformarlo en una espacie de construcción sobre el vacío dejado por los dueños de las fábricas y hacer algo productivo con estos terrenos baldíos para la subsistencia, en un agenciamiento colectivo de sobrevivencia; pero, la forma cómo viene desarrollándose la ciudad de Detroit escapa a esta lógica, por ejemplo: “Dan Gilbert, es el dueño de los Cleveland Cavaliers, el equipo de la NBA, y de cientos de propiedades en el centro de Detroit adquiridas en los últimos cinco años” (Sánchez, 1 de noviembre de 2016). Este dato muestra cómo el negocio inmobiliario y del espacio es uno de los más rentables, en una ciudad donde el interés por los espacios completamente abandonados no merma.

El turismo causado por los que quieren ver cómo sería una ciudad abandonada tipo *Scape from New York* o una película de zombis, para sentirse en un escenario apocalíptico, no es nada despreciable, y genera mucho capital que retorna a las manos de los dueños que no viven en el lugar, es un capital que se territorializa en otro lado. Ahora bien, el espacio escasea (Lefebvre. 2014, p. 225), de modo que lo que interesa al capital es la *escasez*, esto es, que se necesita en la sociedad como elemento imprescindible e importante, al cual se le da inmediatamente un valor. De este modo, el espacio entra en esta dinámica de la productividad y de «*la gestión de lo escaso*», y de ahí sus contradicciones. La industria del ocio, ligada al modelo empresa, es una clara muestra de ello, debido a que cientos de espacios en el globo son reservados solo para turistas con dinero, aunque estén en zonas de nativos y comunidades que los han habitado por mucho tiempo, y donde han construido simbólicamente su vida. Volviendo a este ejemplo ya mencionado, allí, donde hay turismo, el capitalismo tiende a desterritorializar, expulsar, y reconfigurar ese espacio, poniéndolo en la esfera de la productividad de un espacio destinado a la venta de servicios, en el cual los pobladores ancestrales encuentran en la servidumbre un trabajo para subsistir.

La época actual quizá sea sobre todo la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, de lo uno al lado de lo otro, de lo disperso. [...] Estamos en una época en que el espacio se nos da bajo la forma de relaciones de emplazamientos. (Foucault, *De los espacios otros*).

Detroit, como muchos otros espacios, se ve enfrentado al mercado del ocio, el cual genera bastante capital, como para que los especuladores del espacio vean en ello un medio de ganancia, a esto, se suma la gentrificación de la ciudad, restaurantes gourmets, hoteles de lujo, centros empresariales y cafetines turísticos al lado de edificaciones destruidas, roídas por el tiempo en un turismo de las ruinas y la destrucción de lo que fue un imperio fabril automotriz. Ante esta dinámica, el discurso del emprendimiento configura la nueva forma de trabajo, en el cual solo se pierde porque no fue capaz de crearse un «*sujeto competitivo*». “Los circuitos económicos de la ciudad y algunos grupos de emprendedores locales intentan contarle al mundo que Detroit se está recuperando” (Sánchez, 1 de noviembre de 2016). No obstante, en este mismo informe, se señala que el dinero generado en el centro de la ciudad gracias al turismo, viene de las familias que ya tenían recursos, familias de clase media que, en un modo de visión empresarial, compran todos los edificios abandonados del centro, desplazando las personas y reterritorializando el capital, gracias a la industria del turismo, “cuando la población negra no ve nada de eso” (Sánchez, 1 de noviembre de 2016), refiriéndose a la ganancia.

Otro ejemplo puede ser Medellín, allí pasa algo similar con los procesos de gentrificación que ha traído tanto el turismo como la remodelación de viejos barrios de trabajadores de clase baja de casas de no más de tres pisos, convertidos ahora en grandes edificios de más de 14 pisos. Esto conlleva el aumento del estrato y el costo de vida (Semana, 11 de abril de 2017, Naranjal, el experimento social).

Trabajar es estar atento a los acontecimientos, ya se produzcan en el mercado, en la clientela o en el taller: es poner en marcha una capacidad de actuar, de anticipar, de estar a la altura de los acontecimientos. Esto implica saber aprender de la incertidumbre y de las mutaciones, devenir activos frente a la inestabilidad y hacerlo de manera conjunta en las gestiones «comunicacionales» (Lazzarato, 2006, p. 109).

Esto confronta otra nueva forma de trabajo, relacionada con el empresario de una construcción subjetivante de un capital humano idóneo para la subsistencia en una sociedad del riesgo, del peligro, de la inestabilidad y de biopolítica. Detroit y Medellín evidencian esa

transformación de manera radical. En otros lugares del planeta se desarrolla de manera mucho más violenta y abrupta, y en otras menos violenta, pero igual de significativa para los sujetos, el modelo productivo de la empresa llega hasta el inconsciente y se vuelve paradigma ético y moral.

Por el contrario, el momento neoliberal se caracteriza por una homogeneización del discurso del hombre en torno a la figura de la empresa. Esta nueva figura del sujeto lleva a cabo una unificación sin precedentes de las formas plurales de la subjetividad que aún dejaba subsistir la democracia liberal y con las que a veces sabía jugar para perpetuar su propia existencia. (Laval & Dardot, 2013, p. 331).

Laval y Dardot en *La nueva razón del mundo* (2013) hablan que este nuevo modelo centrado en la empresa es un completo proceso de realizarse a sí mismo, con el cual es muestra un sujeto neoliberal en formación. Esto quiere decir, en un reproductor de los valores neoliberales, construido en un entramado de discursos y dispositivos que buscan la idoneidad de la máquina flujo como dice Foucault en el *Nacimiento de la biopolítica*. Este flujo, como bien lo señala Lefebvre en *La producción del espacio*, es lo que le interesa al neoliberalismo que no pare, más que cortes, que exista una gestión de estos. Detroit es un ejemplo de la gestión de recursos escasos (Foucault, p. 267).

Los economistas saben bien esto, en Detroit escasea el capital, el trabajo, el espacio. Igual en ciudades del cono sur como Medellín, su discurso innovador contrasta con la pobreza y el sicariato, los espacios tomados por las bandas criminales dan muestra de un abandono y de una dinámica en la que hay que competir o perecer, en la unión entre mafias y aparato político, en la que los espacios públicos escasean gracias a la toma de estos por el Estado o como centros de negocios de las mafias ramificadas por toda el área urbana. En suma, se niega así la gestión colectiva del espacio y el sentido de lo comunitario que Lefebvre ponía de manifiesto en sus escritos. Este término es rescatado por Laval y Dardot, al poner de relieve que la empresa no es una comunidad, sino que deviene individualismo y lugar de competición (Laval y Dardot, p. 335), por ejemplo, varias de las comunidades negras en Detroit han buscado que algunos de los espacios en la ciudad abandonados sean entregados para una gestión comunitaria, a lo que la especulación inmobiliaria se ha negado rotundamente, pues, ese espacio tiene un valor para ellos así esté improductivo, en tanto materia prima con valor potencial (Sánchez, 1 de noviembre de 2016). En Medellín, a las familias desplazadas del campo, asentadas en casas construidas de

manera precaria, les toca pelear tanto con la delincuencia como con el Estado para poder permanecer allí.

Por tanto, el trabajo y la gestión colectiva del espacio están en contradicción, las instituciones y las élites que manejan el espacio; el trabajador y los discursos dominantes; escenarios apocalípticos al lado de tiendas de moda, arte y comida; pobreza y riqueza. Por su parte, Bauman, en *Vida líquida* (2015), habla de que no hay nada que dispare más las ventas que la sensación de inseguridad y de miedo, que mejor ejemplo que Detroit y Medellín y los especuladores inmobiliarios. Ésta es la nueva ciudad, gestionada a través del miedo, de la inestabilidad que descarga toda la responsabilidad en el sujeto producido; de esta manera, el presente apartado toma como ejemplo lo que fue una sociedad industrial controlada y disciplinada, y la metrópolis insegura del perdedor y la competitividad como modelo urbano-imaginario de la actualidad. La inseguridad, la libertad, la idoneidad del trabajador, el *homo oeconomicus* con relación a la ética neoliberal, se nutre de un arte de gobernar, la biopolítica. De este modo, partimos de la idea que el modelo de ciudad actual está codificado por la tecnología biopolítica y su accionar relacionado con el miedo, el fracaso y la soledad de los habitantes urbanos.

2.2. Biopolítica y ciudad

En este capítulo buscamos brindar los elementos teóricos para comprender el concepto de biopolítica como tecnología de poder, y aplicarlo al análisis de espacio urbano que se desarrolla en un territorio concreto, así, la hipótesis principal será que las ciudades actuales son en gran medida lugares gestionados bajo la estrategia de la biopolítica que adquiere una forma bioeconómica, como lo muestra Lazzarato, la cual reproduce la lógica del capital y crea subjetividades reproductoras de esta racionalidad.

La argumentación de este apartado se desarrolla en cuatro fases principales: se definirán y sustentarán los conceptos de biopoder, población y biopolítica, y, por último, se mostrará el papel del espacio urbano como medio por excelencia de la vida de la población humana. Para este

momento, el autor principal de análisis será Foucault, Cavalletti y Agamben, del mismo modo, se busca complementar con los filósofos Lazzarato, Negri y Hardt para llegar a hablar de la ciudad como elemento necesario para que el flujo del capital tenga completa libertad de movimiento, lo cual implica decir que biopolítica y neoliberalismo son correlativos y complementarios. Para poder lograr sus objetivos, el neoliberalismo busca la idoneidad del capital humano y propaga la idea del *homo oeconomicus*, una nueva forma de interpretación del sujeto. Así, bajo esta técnica de poder y la nueva subjetividad, el medio adquiere un papel preponderante como dispositivo, del que se vale la biopolítica para determinar las acciones de la población, es pues, ¿Cómo entender el espacio producido de manera biopolítica? El espacio deviene siempre espacio organizado donde se despliegan los dispositivos de control o de seguridad y disciplinarios, bajo la lógica de la producción de capital, permitiendo una economía de las fuerzas necesarias para lograr la meta y mantener la normalidad en la población.

2.2.1 Biopoder

El *biopoder* se puede definir como aquel arte de gobernar que tiene por objeto de su quehacer la vida misma del hombre, en tanto ser viviente perteneciente a la especie humana (a esto se le denomina población), así la vida misma deviene el elemento central del conjunto de estrategias y acciones con fines políticos y económicos, y en medio de este anclaje se encuentra el medio, el territorio y/o es espacio como ruta para incidir en los sujetos y administrar la vida.

El conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia política, una estrategia general de poder; en otras palabras, cómo, a partir del siglo XVIII, la sociedad, las sociedades occidentales modernas, tomaron en cuenta el hecho biológico fundamental de que el hombre constituye una especie humana. (Foucault, 2006, p. 15).

Esto quiere decir que, por un lado, el biopoder tiene como eje de su accionar la especie humana, es decir, a la población, en tanto ésta constituye unos índices de mortalidad, morbilidad y natalidad que entran en la lógica de la política; por otro lado, también el cuerpo del sujeto individual entra en esta lógica, siendo sometido a un poder disciplinario que hace de él una máquina, regulando los gestos y las acciones y sacando provecho de ellos. Estas estrategias de

regulación, control y normalización de la vida las retoma el poder para extraer del cuerpo individual y del cuerpo especie la mayor utilidad posible. Ahora bien, en esta lógica se enmarca el papel preponderante que empieza regular la vida desde el siglo XVII dentro del aparato gubernamental y burocrático y coincide con el crecimiento de las ciudades modernas, como un poder que tiene en cuenta la vida misma de los sujetos, operando a través de una multiplicidad de dispositivos que corresponden a un determinado arte de gobernar y de una tecnología de poder, ya sea esta la biopolítica o la anatomopolítica (poder disciplinario).

Al respecto, Foucault, en *Historia de la sexualidad*, expone la transformación del poder que se ha dado en el ejercicio mismo de la política en Occidente, desde la relación del soberano con el territorio hasta la idea del ciudadano, bajo la normativa y la constitución de las repúblicas modernas. El biopoder como arte de gobernar ha tenido por estrategia y función, la vida misma. Foucault muestra la manera en que el poder soberano tenía una administración real sobre la vida y la muerte. El ejemplo clásico de este soberano que controla la vida, se puede apreciar en la acción de exponer a los súbditos cuando está en peligro el territorio, pues, el poder del cuerpo soberano obliga a todos a proteger y exponer su vida para que viva ese organismo múltiple llamado Estado, y representado en el Rey. Este ejemplo permite vislumbrar que la vida del soberano, sólo es posible cuando algunos sujetos están dispuestos a morir por él, así, la vida y la muerte están a disposición del poderío del soberano, cuya vida, igualmente, es símbolo de la comunidad del cuerpo social que firmó el pacto. En suma, todo aquel que se rebela, infringe la norma o busca destruir el poder que tiene el soberano, será castigado con la muerte que imparte él mismo “Esto se realiza en defensa del soberano y su propia vida” (Foucault, 2005, p. 163).

Para Foucault, este mecanismo de poder sufre una mutación que corresponde a la transformación y estrategias del arte de gobernar en occidente. El exceso de poder del soberano se vio transformado por las revoluciones burguesas, la emergencia de los derechos del hombre y del ciudadano y la revolución industrial. Es el paso de una política de la soberanía basada en la muerte -tanatopolítica- a un nuevo elemento, la vida y sus potencialidades. “El derecho que se formula de vida y muerte es en realidad de hacer morir y dejar vivir” (Foucault, 2005, p. 164). Se intenta matar legítimamente a aquello que es anómalo y dañino, y que significa para la población un peligro biológico.

La idea de la libertad y de los derechos de los hombres fungieron como principio regulador, obligando la transformación del arte de gobernar, por lo que pasa del poder sobre la vida, al poder de administrar la vida, de dominar completamente a la población a controlar las acciones posibles en un espacio de libertad, a producir fuerzas y hacerlas crecer. Esto pone en primer plano al biopoder, cuya estrategia es hacer crecer la vida misma a partir de los dispositivos de poder, el cual “reside y ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza, de los fenómenos masivos de la población” (Foucault, 2005, p. 166). Ahora bien, el poder se debe entender como captación de la vida, de los cuerpos, de las cosas en el tiempo, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla y controlarla de manera directa y sobre acciones posibles y en su heterogeneidad.

Es de señalar que, este arte de gobernar entra en la lógica de la producción, producir vida quiere decir tener los elementos necesarios para que exista también la producción capitalista, es por esto que este análisis del poder corresponde a un momento propio de la historia y de interpretación de la economía y en pleno auge de la Revolución Industrial, de los grandes centros urbanos y de las aglomeraciones de trabajadores, junto a la epistemología de las ciencias del hombre y la psicología, como elementos asociados a la normalización de los sujetos, y permitiendo la lógica maquínica gubernamental. Discursos centrados en el hombre que, de la mano de Lefebvre (2013), segmentan el espacio según intención e interés; del mismo modo, Foucault (2006) propone cómo el saber-poder se centra en la producción de poblaciones y de la espacialización de estos sujetos, por ejemplo, el loco, el ladrón, los pobres y los migrantes, tienen un espacio concreto correlativo, asignado como lugar natural.

Foucault distingue así dos formas del biopoder, la anatomopolítica y la biopolítica. Entender el espacio urbano en la actualidad pasa necesariamente por entender estas categorías de análisis y prácticas del poder. En primer lugar, la anatomopolítica¹⁹ se caracteriza por el poder ejercido sobre el cuerpo máquina, que busca el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas y la docilidad, estos son procedimientos de poder característicos de las disciplinas. Foucault muestra muy bien esta organización y dominación del cuerpo en el libro *Vigilar y castigar*, por ejemplo, es a través del cuerpo que se puede llegar a corregir la conciencia del sujeto, reconstruirlo, moldearlo y reconfigurar el sujeto, para que reconozca sus fallas e introyecte la

¹⁹ Anatomopolítica para Foucault es el poder que se ejerce sobre el cuerpo individual, en la fábrica, en la escuela, en el ejército o en la cárcel, es decir, en grandes centros de encierro.

forma correcta de comportamiento en la sociedad. Bajo este poder, se crean diferentes dispositivos, que funcionan como economizadores de la fuerza para lograr ciertos fines psicológicos, uno de los más representativos es el panóptico, invento arquitectónico aplicado a la cárcel, con la intención de economizar la fuerza, haciendo que el reo se sienta vigilado las veinticuatro horas del día, generando una fuerte impresión: “El alma, efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo” (2003, p. 33). Esta economización del poder permite que la vigilancia sea aprehendida por el sujeto, a modo de imperativo ético, y su subjetividad se vea determinada a configurarse por medio de aquella sensación de vigilancia. Es así como el cuerpo es moldeado, corregido y transformado, bajo el poder disciplinario que busca constituir un cuerpo máquina ideal, el sujeto dócil. Rasgo común de las ciudades industriales ya mencionadas.

Dicho de otra manera, “La disciplina es una anatomía política del detalle” (Foucault, 2003, p. 143). Esto quiere decir que, es un poder que se fija en todos los elementos posibles susceptibles de ser modificados, los cuales hacen parte del cuerpo y que, por medio de dispositivos disciplinarios como el encierro, pueden llegar a hacer que un cuerpo adopte las posturas normales, útiles o deseadas por la tecnología disciplinaria correspondiente, ya sea la escuela, el hospital, el convento o la cárcel. En este sentido, el poder disciplinario tiende a adoptar unas prácticas singulares para lograr los fines que se propone; así lo dice Foucault: “La disciplina, desde luego, analiza, descompone a los individuos, los lugares, los tiempos, los gestos, los actos, las operaciones” (2006, p. 75). Esta minuciosidad en la forma de accionar, permite encontrar los detalles singulares del sujeto disciplinado para luego modificarlos y llevarlos a los fines deseados, la regulación propia, es por esto que la economía del castigo tiende a normalizar; de modo que “La disciplina normaliza, y creo que este aspecto apenas puede discutirse” (2006, p. 75). Como las fábricas, la disposición de los espacios en la ciudad y la vigilancia que se une con el carácter visual, expuesto por Lefebvre en la *Producción del espacio*, no hay duda que la arquitectura y el panóptico son modelos esenciales en la producción del espacio urbano y en la creación subjetiva.

Es de anotar que, luego de normalizar, la tecnología disciplinaria transita por unas etapas importantes para conseguir los fines que se propone. Las características de la anatomía política son: clasificar los cuerpos, coordinarlos para una mayor utilidad, como es el caso de un ejército organizado, para luego, de esta experiencia adoptar los métodos disciplinarios correspondientes a aquellos *cuerpos dóciles*; por último, tiende a segregar a los incompetentes del resto de cuerpos

organizados, pues no cumplen con los parámetros. Esto quiere decir que, la tecnología disciplinaria implica procesos y parámetros bien definidos y estructurados. Los cuerpos, por lo tanto, se convierten en unas máquinas que, por medio del poder ejercido, aumentan sus fuerzas y capacidades o las disminuyen, según el interés que se quiera sacar de dicho poder; por tanto, “El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone” (Foucault, 2003, p. 142). Se vio el ejemplo de la cárcel, de la escuela, del ejército y, por supuesto, de la ciudad y sus calles, como lo muestra Foucault en *Seguridad, territorio, población*; de modo que, si una ciudad está infectada con una peste, se puede recurrir a clasificar los cuerpos, encerrarlos y someterlos a vigilancia estricta. En suma, podemos entender el poder disciplinario como una acción estratégica sobre el cuerpo, para que adopte las posturas deseadas y sea útil y económico para el poder que lo disciplina.

Desde esta perspectiva, la producción del espacio no se aleja de ello, y las cámaras de vigilancia de uso común en las sociedades actuales, son el correlato del panóptico que permiten organizar el espacio social, así mismo, la forma en que las ciudades industriales se organizaron alrededor de la fábrica, muestra cómo la disciplina o anatomopolítica fue la tecnología que permitió organizar, en plena revolución industrial y en el auge de la modernización, los grandes centros urbanos, a partir del auge epistemológico y la racionalidad instrumental, disciplinando cuerpos, vigilando las calles, localizando cerca de la fábrica, la cárcel, el cuartel, el manicomio, la escuela, el taller y el hospital.

Como muestra Deleuze (*Post-escriptum sobre las sociedades de control*), bajo esta tecnología de la disciplina, la subjetividad es construida de un encierro a otro –los espacios del control se regulan por medio de los comandos y las claves para pasar, así opera la gubernamentalidad neoliberal–. A esta relación psicológica, entre la arquitectura y el sujeto, Lefebvre la llamó el carácter visual del espacio que refleja autoridad, poder y violencia, denotando “una arrogancia falocéntrica en las construcciones” (2013, p. 153). Se podría decir que, la arquitectura es un reflejo de la autoridad burguesa y del padre como eje central del poder.

En segundo lugar, uno de los elementos primordiales del biopoder es la biopolítica: tecnología de gobierno que se ejerce sobre un cuerpo especie, contrario a la disciplina que lo hace sobre el cuerpo individual. Ahora bien, es necesario comenzar diciendo que el poder sobre lo viviente sirve de soporte para los procesos biológicos: proliferación, nacimiento y mortalidad de

una población (Foucault, 2005, p. 168). Esta tecnología de poder controla la salud, la duración de la vida y la longevidad con dispositivos, como la estadística, la medicina, el discurso de la seguridad y la arquitectura, como elementos de regulación del medio en el cual se da la territorialización de la población.

De este modo, la biopolítica es un poder que se sustenta en la vida poblacional y sobre el medio en el que se desarrolla dicha vida; no obstante, se diferencia del poder disciplinario, ya que los fines estratégicos son distintos a la disciplina, pues, no se basa en regular el cuerpo individual para que el sujeto disciplinado introyecte un valor y cambie su comportamiento, sino que busca regular la población, mediante dispositivos que influyen la población como organismo viviente, esto lleva a mostrar que, en la disciplina, la libertad es visiblemente afectada, ya que los cuerpos son dominados por un poder que los somete, mientras, en la biopolítica la libertad es potenciada porque necesita que el cuerpo poblacional se mueva naturalmente, aquí ya no se somete el cuerpo, sino que se regulan las acciones posibles y lo que pueda pasar a futuro. Así pues, la biopolítica está relacionada con las ideas liberales burguesas, adoptadas por las artes de gobernar de los Estados Occidentales. La biopolítica de este modo está más ligada a la gestión del espacio urbano neoliberal, “A la población y el territorio como una de sus variables” (Cavalletti, 2010, p. 17).

El tema seleccionado, era entonces, la “biopolítica”; yo entendía por ello la manera como se ha procurado, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad razas... (Foucault, 2007, p. 359).

En suma, la biopolítica deja actuar a la población en un margen de libertad, y sobre acciones posibles, de modo que, lo que le interesará a la biopolítica son los dispositivos que regulan y controlan todos los aspectos que interfieran en el medio o en la población misma. Además, no sólo el Estado se fue actualizando y teniendo en cuenta la vida como eje de su poder, a partir del desarrollo del capitalismo y de las prácticas neoliberales implementadas por los Estados contemporáneos, la vida poblacional – como con el poder disciplinario–, que fue adquiriendo una importancia cada vez mayor, pero en este caso, bajo el control de los intereses del mercado mundial, como principal organizador de las políticas estatales y territoriales.

Agamben en el *Homo sacer I*, hace una genealogía de lo que él llama la nuda vida, para ello recurre a la figura de la ley romana del *Homo sacer*, el hombre sagrado, la vida sacralizada

está consagrada a los dioses, es decir, habitan el espacio de lo humano mientras su destino es divino, y se encuentra por fuera de lo terrenal, “en la definición de Festo, la especificidad del *homo sacer*: la impunidad de darle muerte y la prohibición de su sacrificio [cursivas del texto original]” (Agamben, 2010, p. 96). Este nuevo sujeto es visto impuro en la comunidad, pero a su vez, destinada su vida a los Dioses. Se le puede matar sin ser ello un crimen y, sin embargo, el mismo Estado no lo sacrifica. En este punto se presenta un elemento central en el que esta subjetividad es expuesto a una doble exclusión, ni al derecho humano, ni al derecho divino, “en el caso del *homo sacer* se pone sencillamente fuera de la jurisdicción humana, sin que por ello se pase a la divina” (2010, p. 107). Se encuentra así en el lugar de la excepción dentro de la ley. Esta subjetividad, como dice Agamben, está entre la santidad y la impureza, en la cual se rozan; en este sentido, se puede hacer el rastreo del imaginario en Occidente, de que hay vidas impuras que sólo lo divino puede gestionarlas, lo cual demuestra que es un riesgo para la comunidad de la ciudad, pues la vida «pura» puede volverse impura y al contrario. Es así como en ese juego de tensiones en la gestión de la vida, que de alguna manera dan forma al espacio urbano.

Esta concepción de la nuda vida crea, según Agamben, los fundamentos centrales del poder soberano, ya que ella puede matar sin cometer homicidio, lo cual se demuestra con la decisión política del Estado de excepción del poder soberano: “el Estado de excepción suspende la ley e incluye la nuda vida” en este sentido es que en la concepción liberal la vida toma un lugar central, con lo que la biopolítica, colindando con las tesis de Foucault, es el elemento central. El estado de excepción y las decisiones sobre la vida son indiscernibles se encuentran entre la “Zona de indiferencia entre sacrificio y homicidio” (Agamben, 2010, p. 109). Allí se encuentra la excusa de salvar el cuerpo soberano, la comunidad de un mal que afecta la comunidad, este es precisamente el contenido del poder soberano en tanto es también producido por el poder soberano, pues como discurso en estado de excepción la vida pasa a ser nuda vida, y la vida de la población de una la nación, corre siempre el riesgo, la posibilidad de convertirse en la vida peligrosa para e cuerpo, es por esto que es el contenido y el producto del poder soberano “la vida se politiza mediante el abandono de un poder incondicionado de muerte” (p. 117). Agamben insiste, por tanto, en que esta sacralidad del *homo sacer* es en realidad un fenómeno político central en la figura de la gubernamentalidad moderna, basada en la biopolítica.

La biopolítica presentada por Agamben evidencia que la nuda vida es la que determina los derechos del hombre y el pacto social, es decir, el eje central de los derechos humanos, por ejemplo, se basa en el respeto a la vida, ese derecho a la vida está constituido a través de la noción de nacimiento (la naturaleza), en el que se genera la idea de nacionalidad, nación, y los derechos naturales que dan forma a la figura del ciudadano, luego de firmar el pacto social; por lo que, este autor determina qué es la vida, el origen y fundamento de la soberanía (del arte de gobernar), de modo que la biopolítica es elemento central en el ejercicio de gobierno. Lo interesante de esta perspectiva es el problema que redacta Agamben: ¿qué vida está adentro de este orden biopolítico y qué vida se queda por fuera? La firma del pacto social implica un lugar en el cuerpo soberano, cuyos sujetos, al nacer en el cuerpo, inmediatamente quedan inmersos en este organismo, la actividad en la que se desenvuelve esta vida son los límites marcados por la norma del cuerpo soberano.

El carácter impolítico de la vida natural está inmerso en la lógica de la ciudad y del poder gubernamental, “traspasa los muros de la *oïkos* y penetra profundamente en la ciudad, se transforma así en una línea movediza que debe ser modificada incesantemente” (Agamben, 2010, p. 166). Esta lógica de exclusión inclusión es un elemento central de la biopolítica, en tanto hay elementos nocivos y violentos para la soberanía que deben ser gestionados, por ejemplo, se puede ver al inmigrante, al refugiado, al desnacionalizado que, para Agamben, es el desnaturalizado reducido a una nuda vida. La biopolítica se basa en el valor y el disvalor sobre la vida, aquí lo político es “dar forma a una vida” (2010, p. 180). En esta actualización biopolítica de las artes de gobernar, Foucault, Agamben y Cavalleti coinciden en señalar la relación Estado/salud, medicina/política, pues, allí se dilucida una racionalidad que busca el “balance de los valores vivos de un pueblo” (Agamben, 2010, p. 180), con la intención del cuidado del cuerpo biológico de una nación, en el que se unen biología, economía y política. Así que, la política de la solución final de los Nazis, no es más que un elemento que demuestra el control biopolítico sobre la vida de los judíos, comunistas, gitanos y musulmanes, vistos como elementos externos y perjudiciales para el cuerpo soberano de la Alemania nazi, para ellos se destina un espacio de forma racional, es por esto que, para Agamben el campo de concentración es el paradigma de la biopolítica²⁰.

²⁰ En el apartado 2.2.3 *Reprogramación de la ciudad*, explicaré el campo de concentración como paradigma de la biopolítica, en tanto es el lugar de excepción que gestiona la nuda vida. Esto se vuelve, además, un elemento central para el análisis de producción espacial en las ciudades contemporáneas.

Si bien, se podría decir que los campos de concentración, al funcionar como lugares de encierro, están más relacionados con el poder disciplinarios, también se entiende que la lógica de la gestión de la vida opera, no con la intención de regular un cuerpo individual, sino de controlar una población vista como perjudicial (*homo sacer*) para la población alemana, basada en la raza y en la genética (eugenesia). Tal vez, el término más adecuado sería el *Biopoder*, que abarca tanto los centros de encierro disciplinarios como los dispositivos biopolíticos de regulación médica y espaciales de prevención de la contaminación y contagio de la vida del cuerpo poblacional. Esta salvedad no pretende desmeritar la aguda relación entre biopolítica y vida, al contrario, los campos de concentración como “localización dislocante” (p. 223) brindan herramientas conceptuales, que ayudan entender los espacios periféricos de miseria y exclusión en el interior de las grandes ciudades.

Volviendo a Foucault, esta relación entre biología, economía y política es central en la biopolítica. El liberalismo había hablado del mercado como algo natural a la población, por lo tanto, juega un papel primordial a la hora de los dispositivos generar conocimiento para potencializar la vida. “Esta reivindicación de la libertad fue sin duda una de las condiciones del desarrollo de las formas modernas o, si lo prefieren, capitalistas de la economía” (Foucault, 2006, p.70). La libertad de mercado es el principal elemento económico de organización del estado, la libertad política es el eje fundamental del Estado liberal, y estos elementos inamovibles de un Estado liberal suponen un nuevo proceso de gestión gubernamental, que debe operar respetando esta libertad y no caer en gobernar demasiado. Veamos cómo ve Foucault el tratamiento de la criminalidad desde la biopolítica:

En términos generales, el interrogante será, en el fondo, cómo mantener un tipo de criminalidad, digamos el robo, dentro de límites que sean social y económicamente aceptables y alrededor de una media que se considere, por decirlo de algún modo, óptima para el funcionamiento social dado. (Foucault, 2006, p. 20).

Lo que se muestra es esta tecnología de poder, que busca mantener unos estándares normales en términos estadísticos y racionales, en tanto el crimen es algo que existe en una sociedad y no se puede eliminar del todo, por este motivo son correlativos y existe tanto la criminalidad como los dispositivos para regularla y controlarla, para una sociedad de inseguridad deben existir unos mecanismos de seguridad, aunque, eliminar del todo la criminalidad implica la desaparición de los dispositivos biopolíticos enfocados en prevenirla.

Un ejemplo de esto puede ser lo que entendemos como medicina preventiva en unión con el urbanismo, cuando se propician espacios amplios y calles que dejen circular la población, permitiendo una mayor movilidad y manteniendo la higiene, por medio de construcciones de calles donde no se den miasmas, para prevenir así los posibles actos de criminalidad. Esta gestión del espacio se basa en una racionalidad que parte de la idea de que hay delincuencia, enfermedades y peligros, lo cual quiere decir que, seguridad e inseguridad son las dos caras de la moneda, los discursos preventivos se basan en la creación del peligro; de este modo, la biopolítica es una estrategia sobre acciones posibles: “Gobernar es ejercer una acción sobre acciones posibles sobre sujetos libres en tanto que libres” (Lazzarato, 2008). Y sobre lo que se espera con determinada acción, si lo amerita.

Mientras que la soberanía capitaliza un territorio, mientras que la disciplina construye un espacio y plantea como problema esencial una distribución jerárquica y funcional de los elementos, la seguridad construirá un entorno en función de los acontecimientos o de las series de eventos posibles, series que habrá que regular en un marco polivalente y transformable. La seguridad interviene en posibles eventos y no en hechos. Remite a lo aleatorio, a lo temporal, a lo que está ocurriendo. A diferencia de la disciplina, la seguridad es una ciencia de los detalles. Las cosas de la seguridad son cosas de cada instante, mientras que las cosas de la ley son definitivas, permanentes e importantes. (Lazzarato, 2008).

En suma, la inseguridad justifica los mecanismos de vigilancia y control, además, es importante destacar que aquello que es potencialmente peligroso e inseguro para una población determinada, no será aniquilado del todo. Dentro del accionar generado por los dispositivos de control siempre se guarda un margen de peligro o, en el caso de la medicina preventiva, de mortalidad, dado que la medicina no puede asegurar que no todos mueran; por lo tanto, de esa razón de mortalidad, de peligro y de inseguridad se genera la misma razón preventiva que las regula dentro de la población: como el robo que nunca se suprime (a esto se le denomina margen de error). Este margen de falla, por tanto, se considera normal. Es así como nace la técnica de la estadística, indicando los índices en que son normales la mortalidad, la natalidad, el robo, las enfermedades virales, etc. En *Historia de la sexualidad*, Foucault, subraya que ello se debe a una explosión de técnicas diversas para obtener la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones. Además:

A través de las estadísticas (otro conocimiento indispensable para los dispositivos de seguridad), se dibuja una cartografía diferencial de la normalidad calculando el riesgo de contagio para cada rango de edad, para cada profesión, para cada ciudad y, dentro de cada ciudad, para cada barrio. Se obtiene así un cuadro que describe las diferentes curvas de normalidad a partir de la identificación de los riesgos. La técnica de seguridad intenta acercar las curvas más desfavorables, las más desviadas, a la más normal. Así pues, nos vemos confrontados a dos técnicas que producen dos tipos de normalización distintos. (Lazzarato, 2008).

Es decir, los males que afectan a una población nunca se eliminan del todo, puesto que es sobre la base de este error que estos justifican los dispositivos de regulación y control, *necesarios* para hacer vivir, recurriendo al cálculo de la vida, partiendo de la idea de una normalidad que se debe mantener. Claro está que esto, incluso, se da para mantener la vida en el punto de sobrevivir, en este caso se podría pensar cómo a través de la gestión de los guetos y barrios más pobres de Medellín, que constituyen estadísticamente la población más grande, ciertos dispositivos biopolíticos no llegan, y por el contrario, la gestión sobre esta población es mantener una estadística estable y no lograr condiciones de vida más digna. ¿Por qué? La respuesta es la productividad y el uso que se da de esta población, con lo cual la gestión sobre las poblaciones tiene unos usos políticos y económicos evidentes.

Es así como la biopolítica es la regulación y el control que se genera por medio de aquellos dispositivos que hacen acrecentar la vida de una población y, por lo tanto, del arte de gobernar que los utiliza, ya sea el Estado, la economía mundial o las empresas; al respecto, no se puede olvidar que la biopolítica se potencializa de la mano del neoliberalismo, de la idea del sujeto autónomo, competitivo y empresario de sí, como bien lo muestra Foucault en el *Nacimiento de la Biopolítica*. El espacio urbano es el lugar donde se desarrolla esta competitividad y se concentran los dispositivos biopolíticos.

Resumiendo, un análisis actual que quiera ser complejo y serio sobre lo político y la subjetividad debe pasar por comprender el papel biopolítico del espacio social urbano. El biopoder como arte de gobernar consta de dos tecnologías de poder, que tienen a disposición una multiplicidad de dispositivos, como la estadística, la medicina, el marketing, la vigilancia, los medios de comunicación y el urbanismo. Bien sea, para controlar, vigilar, corregir o castigar, según el caso concreto y la lógica de poder anatómico, biológico, individualizante y totalizante sobre la vida. Foucault lo explica así: su “gran función no es matar sino invadir la vida enteramente” (2005, p. 169). A esto nos vemos hoy enfrentados cuando habitamos el espacio

urbano, el cual ha ido creciendo a la par de la actualización de la gubernamentalidad y el refinamiento de las técnicas de gobierno.

2.2.2 La población y su medio natural

En efecto, para controlar la población se necesita controlar el medio. En primer lugar, debemos entender la población como el objeto del poder de la biopolítica, desde el contexto del siglo XVIII. Alrededor del hombre especie surgen nuevos saberes que tienen en cuenta la especie humana, como un objeto que cumple un orden biológico natural, que puede ser regulado según la intención (como bien, lo hacen la medicina, la arquitectura y las ciencias humanas a partir de dicho siglo, saberes que nacen más o menos a la par que la noción de población). Así lo menciona Foucault:

En otras palabras, con la población tenemos algo muy distinto de una colección de sujetos de derecho diferenciados por su estatus, su localización, sus bienes, sus responsabilidades, sus oficios; tenemos un conjunto de elementos que, por un lado, se inscriben en el régimen general de los seres vivos, y por otro, ofrecen una superficie de agarre a transformaciones autoritarias, pero meditadas y calculadas (2006, p. 101).

Esto se lleva a cabo invadiendo el espacio entero de la existencia. ¿Cuál es el espacio por excelencia de la población? Una población en tanto cuerpo viviente, necesita un medio para existir. “¿Qué es el medio? Es lo necesario para explicar la acción a distancia de un cuerpo sobre otro. Se trata, por lo tanto, del soporte y elemento de circulación de una acción” (Foucault, 2006, p. 41). Para controlar una acción posible, la mejor estrategia de *biopoder* radica en que los engranajes de la maquinaria estén bien acoplados, así la población se ve inmersa en el medio, espacio que le es propio para desarrollarse, reproducirse y vivir. Sin el medio, la población carecería de sustento vital, en tanto produce trabajo, vivienda, espacios de esparcimiento, espacios utópicos, etc. “Es la población considerada desde el punto de vista de sus opiniones, sus maneras de hacer, sus comportamientos, sus hábitos, sus temores, sus prejuicios, sus exigencias: el conjunto susceptible de sufrir la influencia de la educación, las campañas, las convicciones” (Foucault, 2006, p. 102). Desde esta perspectiva, se ve afectado el comportamiento de la población, de la cual se extrae una

ganancia en términos de gobierno y es construida y territorializada por los discursos anclados al biopoder.

Esas dos formas de entender la población las podemos ver en dos de los significados clásicos: por un lado, en el campo ecológico, en el cual se refiere al conjunto de individuos de la misma especie que ocupan un mismo lugar geográfico, y por el otro, lo social, que entiende la población como el conjunto de los individuos sometidos al estudio y cotejo estadístico. Estas dos formas de comprender la población permiten pensar lo anterior, a partir de lo biológico, como aquello que es susceptible para el estudio y control, mediante dispositivos que están dentro de la lógica del biopoder en el espacio urbano. Es la vida misma la que es gestionada y controlada, producida, reproducida e incubada en un medio que busca mantener ciertas condiciones de existencia propias del desarrollo e idea de las estrategias gubernamentales del capitalismo.

En efecto, los sujetos habitan un espacio y el espacio es constituido por el biopoder, desde los dispositivos disciplinarios (cuerpo individual) como biopolíticos (cuerpo especie). Este espacio es producido, regulado y gestionado por las lógicas del control en el nuevo modelo del capitalismo global, que encuentra en estas tecnologías de poder un ahorro de fuerza y un modelo de reproducción del capital (Lefebvre, 2013). Podemos señalar que, las artes de gobernar en Occidente se fueron desarrollando hasta llegar a las estrategias de poder neoliberales, que como discurso configuran una población global, basado en una ética del egoísmo, gracias al mercado, y en un movimiento constante, en un espacio liso de guerra caótica.

El espacio propio de la seguridad remite entonces a una serie de acontecimientos posibles, remite a lo temporal y lo aleatorio, una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado. El espacio en el cual se despliegan series de elementos aleatorios es, me parece, más o menos lo que llamamos un medio. (Foucault, 2006, p. 40).

Para comprender esta relación de espacio, medio, ciudad, es necesario dar cuenta la importancia que tiene la población en las artes de gobernar y sus actualizaciones. El arte de gobernar moderno no se basa en la relación del soberano con el cuerpo social, el cual castiga a todo aquel que viole el pacto y quiera volver al estado de naturaleza. Este nuevo espacio está configurado, más bien, por el avance de la medicina, de la economía y de la estadística. Ideas de liberalismo y la aparición de la estadística, así lo menciona Cavalletti (2010), en la distinción

entre Polis y Oikos, entre la población y la economía política, el gobierno tiene como objetivo principal la economía. En este sentido, el gobierno deviene poder económico. Es así como la población comienza a tener un medio que le es propio, su medio natural de desarrollo económico de intercambio mercantil, en este sentido “ya no es potencia del soberano sino del gobierno” (Cavalletti, 2010, p. 56).

Por consiguiente, no se puede separar la economía de la política, el espacio público del privado, bajo la óptica de la economía, lo que constituye la ciudad (*ville*) es la fuerza de poblamiento. “Fuerza y gente son sinónimos en virtud de esta nueva dimensión [...] Esto significa que el principio de población devendrá tal, o sea, el principio fundamental de la economía política, en virtud de su *carácter espacial originario*” (Cavalletti, 2010, p. 64). Así, cuando pensamos en población, reconocemos en ella potencialidades de fuerza, de vida, pero también, de lo que no contiene estas características. En este caso, los dispositivos biopolíticos tienden a gestionar según las fuerzas productivas.

El nuevo espacio, que no es de la casa ni de la ciudad, que no es propiamente público ni privado, aparece asignado a un umbral positivo (definido por Moheau, en términos fisiocráticos, a partir de la capacidad de cultivar la tierra) fuera del cual solo se dan episodios y conductas que tienden a la despoblación. (Cavalletti, 2010, p. 65).

Lo que está de fondo en estas citas es la idea de productividad, de la ciudad constituida por una población que, más que habitar, producen y utilizan su fuerza, esos otros espacios *Heterotópicos*, donde lo viviente no produce económicamente, son «deshabitados» y pasan al espacio vacío. Esto adquiere gran relevancia para el análisis de este trabajo, pues la lógica discursiva de la constitución de los espacios urbanos, indudablemente, es la lógica de las fuerzas productivas y no productivas, y esta gestión es propia de la biopolítica. Dice el autor italiano que, bajo perspectiva fisiócrata, los sujetos improductivos son tratados como objetos que habitan al lado de cosas. A su vez, esta configuración urbana es propia de espacios deshabitados, ya que carece de la productividad de la población y de su fuerza. En este sentido, la economía política dota a ese elemento llamado población de un *medio* natural para desarrollarse, éste es el espacio urbano y la economía de mercado y, para ello, utiliza el biopoder como arte de gobernar los cuerpos y sus fuerzas vitales de hacerlas crecer y desarrollarse.

Al controlar el medio, por ejemplo, de una ciudad, se regulan parcialmente las acciones posibles como robos, revueltas y enfermedades²¹. Es por esto que, el medio es un conjunto de datos naturales y artificiales, que trabajan sobre la circulación. “Los dispositivos de seguridad trabajan, fabrican, organizan, acondicionan y controlan un medio” (Foucault, 2006), por ende, este conjunto de efectos masivos tiene la intención de afectar el cuerpo poblacional y hacerlo actuar bajo la lógica de la producción capitalista, como momento concreto del desarrollo de las técnicas de gobierno, de esta forma, el espacio cobra importancia para la lógica del capitalismo y la biopolítica, puesto que, es a través de éste que se puede llegar a controlar y gestionar grandes cantidades de población.

El espacio, de este modo, se enfrenta a la constitución de un poder que homogeneiza, distribuye, ubica, reconfigura el control poblacional como intermediario entre el medio y el organismo vivo, ya que es a través de la intervención sobre el medio, que se llega a agenciar lo viviente en él (Foucault, 2006, p. 105). La ciudad es, por tanto, el medio por excelencia del capitalismo; más aún, es donde circula la población, las mercancías, el capital, el deseo e ideas²², es por esto que, los tratados de policía en el siglo XVIII buscaban, ante todo, controlar la circulación de mercancías. En la actualidad ante una era del miedo y la seguridad, la regulación y el control biopolítico que busca gestionar los flujos en el espacio, se vuelve el discurso dominante. En este sentido, Cavalletti (2010) va a mencionar que, “cualquier signo en el territorio deviene una marca impresa en la población” (p. 18), pues, población lo entiende este autor, y es necesario entenderlo, como un concepto espacial preciso y, a su vez, un concepto político y económico.

Respecto a esta lógica, el medio urbano puede concebirse como un espacio de heterogeneidad económica y social, por lo que el biopoder apunta a regular esta multiplicidad. En el *Nacimiento de la biopolítica* llama la atención cómo para la idoneidad del capital humano es necesario controlar el ambiente en el que viven las subjetividades, de modo que todo aquello que afecta al niño que va creciendo en una sociedad de la competencia y del emprendimiento,

²¹ Este ejemplo se toma de los análisis que realiza Foucault en *Seguridad, territorio y población* (p. 39). Ejemplo mencionado anteriormente.

²² En una sociedad de la información y del conocimiento, como se suele denominar esta sociedad, un elemento altamente valorable para el poder político y económico en el ejercicio de desplegar dispositivos de regulación y control es la información, generada por la interacción en internet, los grandes centros de investigación académica y científica, y en la misma ciudad como una red neuronal.

por ejemplo, sirva para constituir un sujeto que pueda ser un engranaje perfecto para el funcionamiento de la máquina flujo del capitalismo.

El *homo oeconomicus* es quien acepta la realidad. Es racional toda conducta que sea sensible a modificaciones en las variables del medio y que responda a ellas de manera no aleatoria y por lo tanto sistemática, y la economía podrá definirse entonces como la ciencia de la sistematicidad de las respuestas a las variables del medio. (Foucault, 2007, p. 308).

Es por esto que, el medio por excelencia de la población, en el capitalismo, es la ciudad, ya que allí las ideas neoliberales, las éticas a seguir del *homo oeconomicus*, los modelos imaginarios, las intensidades de los cuerpos, el capital y las diferentes poblaciones que se confrontan y correlacionan, tienen como lugar privilegiado de interacción el medio urbano.

2.2.3 Reprogramación de la ciudad

Es evidente que la ciudad ha sufrido unos cambios, ya que ha sido el foco de las técnicas de poder, asociadas a la producción/reproducción de las relaciones de control del capitalismo, y la actualización de las artes de gobernar en Occidente. A lo largo de la historia la han delimitado, hecho crecer y funcionar con unos objetivos específicos. Foucault (2006) y Cavalletti (2010), a diferencia del enfoque de Harvey y Castells, hacen un análisis de la ciudad, no desde la forma que ha venido desarrollándose, sino, desde la manera en que las técnicas de poder de la soberanía jurídico administrativa –de la disciplina de los cuerpos en espacios cerrados y de la seguridad con su estadística preventiva– la han transformado en el escenario por excelencia de formas productivas y económicas en todos los niveles correspondientes de acción de las tecnologías de poder que, tienen como objetivo, además, la producción y el consumo, ejerciendo en el cuerpo especie o individual un resultado preestablecido, como funcional a la razón de Estado y en otro funcional a la economía política. Por tal motivo, en el estudio hecho por Foucault en *Seguridad, territorio, población* (2006) acerca de la ciudad, se parte de la idea de entender varios problemas que son tratados por las diferentes tecnologías, como es el caso de la criminalidad, el robo y el comercio de granos. Este ejercicio permite visibilizar el funcionamiento de las tecnologías del biopoder, ya sea desde la soberanía, la disciplina o la biopolítica, con respecto a aquellos factores que ponen el riesgo el cuerpo soberano, el cuerpo individual y el cuerpo poblacional.

Es menester, por lo tanto, preguntarse cómo ha venido respondiendo la biopolítica en el devenir de las metrópolis, como escenario de la multiplicidad poblacional y de los diferentes dispositivos biopolíticos que allí operan. Para Foucault, las ciudades contemporáneas tienen unas características propias, distintas a las ciudades antiguas y amuralladas. Así lo sostiene cuando dice:

Aún en el siglo XVII y también a principios del siglo XVIII, la ciudad se caracterizaba en esencia por una especificidad jurídica y administrativa que la aislaba o la marcaba de una manera muy singular con respecto a las demás extensiones y espacios del territorio. En segundo lugar, la ciudad se destacaba por el encierro dentro de un espacio amurallado y estrecho, en el cual la función militar distaba de ser la única. Y, para terminar, se caracterizaba por una heterogeneidad económica y social muy pronunciada en comparación con el campo. (2006, p. 28).

Esa última característica de la ciudad es para nosotros importante en este trabajo ya que está ligada al espacio global neoliberal del capitalismo mundial, sin embargo, no perdamos de vista las otras dos formas y hablemos de ellas brevemente. Esa ciudad jurídico-administrativa se pensaba en términos de leyes sobre un terreno específico, pudiendo este ser o no habitado por personas, aquel terreno se definía por el poder de un soberano. Aquella ciudad poco a poco podría ir volviéndose un centro de acopio de todo tipo de hombres, que se acogían voluntariamente a la “tranquilidad” que podía ofrecer aquel agradable espacio, en comparación con lo que el espacio abierto brindaba, esto es, una naturaleza salvaje llena de ladrones, brujas y misterios; el soberano ofrecía entonces, en aquellos casos, un territorio protegido.

La otra característica de ciudad que encontramos en Foucault es la ciudad disciplinaria, esta tecnología de poder (explicada anteriormente) tiende a corregir el cuerpo según las nociones de lo anómalo propiciando una *subjetividad moralmente buena*, una salvación o un cuerpo sano no infectado, unos sujetos dóciles y productivos. En el caso de la ciudad disciplinada, ésta tiende a ser cerrada, según la *anatomopolítica*, con la promesa de dar seguridad a los individuos, en la medida en que el espacio abierto representa un peligro para la vida y para el cuerpo mismo; así pues, la ciudad amurallada sigue teniendo unas normas administrativas, aunque también se nutre de una serie de dispositivos de coacción, que tienen como eje central el cuerpo de aquel que viole la idea de un modelo establecido de individuo. La forma cómo funcionan los dispositivos disciplinarios, que apuntan a la corrección es la siguiente: descomponer los cuerpos, los afectos, los lugares; para tal fin, clasifica, secuencia y optimiza, con la intención de mantener una

normalidad. Un ejemplo de ello, señala Foucault (2006), es el campamento romano, el cual funciona por medio de unas cuadrículas que los romanos iban haciendo, en la medida en que construían sus ciudades, a partir de esa distribución cuadrículada, las calles estrechas se destinarían al comercio, y las viviendas se localizarían en los rectángulos más grandes (2006). Esto generaría, por lo tanto, una disposición de los sujetos al recorrer una calle.

Aquello permite que cada cuerpo, cada individuo, sea vigilado y pueda cumplir las funciones normalizadoras que se aplican según el carácter de normación (la ley), para generar un comportamiento concreto (normalización), por ejemplo, la ciudad amurallada, vigilada, controlada, que promete seguridad ante el peligro de un “afuera”, pero aquel afuera es el miedo al campo, a lo extraño, a lo desconocido, al habitante del bosque y de la selva. Los países totalitarios son un correlato de estas ciudades amuralladas. En los regímenes fascistas de Mussolini y Hitler, ellos encontraban por fuera de sus países a un potencial enemigo, nombraban de subnormal al espacio-población por fuera del territorio nacional, como algo violento y macabro, digno de ser colonizado, además, se autoproclaman reyes de un pueblo, y utilizando el poder militar que proporciona la fuerza del Estado, controlaban disciplinariamente a los sujetos de la población que se salían de la norma de los terrenos conquistados.

Por otro lado, encontramos un cambio cuando lo normal se ve como norma: “lo normal es lo primero y la norma se deduce de él” (Foucault, 2006, p. 84). Este proceso de normalización parece señalar de manera crítica una preconcepción y un discurso que parte de lo que se supone debe ser normal, pero: ¿qué es lo normal? ¿qué es lo natural? Esto se relaciona con los discursos de poder, por ejemplo, el discurso de mercado sostiene que lo natural son las relaciones de competencia, éste solo hecho abre un campo de normación que puede llevar a la desregularización económica en la legislación de los Estados nación. Así, los modernos planes de desarrollo urbanos en los países capitalistas se enfocan más en la estética urbana y en la eficiencia en sus interconexiones de flujos poblacionales y económicos, que en la forma cómo se está llevando la vida, aquí, la desigualdad colindando con grandes espacios de acumulación de riqueza, resultan de este modo normal y norma de la vida urbana.

En este orden de ideas, la ciudad ha dejado de ser ese tipo de empalizada protectora y se ha abierto a lo desconocido (sin decir que el modelo disciplinario no se siga aplicando en unos espacios determinados, como son las fábricas, las cárceles, algunos barrios, las escuelas). De ahí

que, los sujetos se ven enfrentados a un espacio que se articula en doble vía, tanto desde la vigilancia disciplinaria del cuerpo como de multiplicidad de dispositivos de control biopolíticos y su discurso de normalización.

Así pues, la seguridad como técnica biopolítica enfocada en el medio poblacional, va a tratar el robo de una manera muy disímil al de las técnicas disciplinarias, pues, los dispositivos disciplinarios de encierro son distintos y pretenden obtener en suma algo diferente. La seguridad no va a castigar un cuerpo, para ello, se encuentran los dispositivos disciplinarios, ésta, por lo tanto, tendrá el objetivo de calcular las probabilidades de cuáles son los costos para poder tratar de minimizar eso que está ahí como un agente de inseguridad, y que serán tratados, ya sea por la medicina, la policía o el comercio. El objetivo es tener la probabilidad de los costos, de la naturaleza del acontecimiento, mirar cuál es la cifra natural, ya sea de muertos, accidentes, ladrones, enfermos y atracos. Y el escenario es, efectivamente, el medio urbano, con zonas rojas, fucsias, indeterminadas, algunas inseguras y otras extremadamente seguras.

Es de anotar que, de esta manera, en todo ello hay una naturalidad que debe ser tomada en cuenta, ya que lo más importante no es que los robos desaparezcan, sino que estos disminuyan hasta la cifra que se piensa como tolerable y así suponer que cierto número de robos, en tal espacio, son normales, mientras que en otros espacios resulta una calamidad, ya que no es lo mismo un robo en zonas rojas, que un atraco en espacio habitados por múltiples dispositivos de seguridad y donde se mueve el capital. En el caso de Detroit, interesa mantener la delincuencia regulada hasta cierto punto, más no acabarla, ya que para ello se debe reconfigurar *el modelo* que genera la pobreza y la riqueza. Y es que, ciertamente, el modelo de desarrollo de mercado neoliberal basa su discurso en el egoísmo y competencia de los hombres, en este sentido, los ganadores tienen la posibilidad de vivir en zonas seguras, mientras que las subjetividades pobres y empobrecidas solo encuentran como medio natural la precariedad y la autoprotección.

En casos como Medellín la delincuencia ha estado asociada a las grandes esferas mafiosas y éstas a los poderes tradicionales, así “en lugar de establecer una división binaria entre lo permitido y lo vedado, se fijarán por una parte una medida considerada como óptima y por otros límites de lo aceptable, más allá de los cuales ya no habrá que pasar” (Foucault, 2006, p. 21). En Medellín, los límites aceptables de delincuencia, muertes, robos, suicidio, paranoia y ansiedad, deben ser decididamente diferentes a los rasgos aceptables de la delincuencia en Barcelona, por

lo que los mecanismos utilizados para gestionarlos difieren en intensidad e intención, según el espacio y la magnitud.

Parece, entonces, que lo que se sale del control en una ciudad hace parte también de las tecnologías del control, en el sentido de que, asimismo, es planeado y querido por ellas, pues, lo incluye en el control y colinda con él. La cuestión no está, por lo tanto, en que aquello que es peligroso deje de serlo, pues, es en esa medida que las técnicas de seguridad existen como correlativas a aquello que es su contrario, es decir, se tiende a rebajar el número estadístico de los males que aquejan a una población urbana, pero no a reducirlos en su totalidad, puesto que en tanto no exista el robo, la hambruna y la enfermedad, no existirían los dispositivos que la combatan, como la seguridad alimentaria, las leyes de comercio, la seguridad social, la policía, en el sentido más amplio de ésta. Esto quiere decir que, la tecnología biopolítica supone un margen estadístico normal, cuyo devenir indeseado cabe sin ninguna molestia y, en consecuencia, es bien recibido por una gran parte de la población, la tendencia del dispositivo estadístico-biopolítico es llevar las cifras a ese número digerible y no a suprimir el mal.

Por lo tanto, la población urbana está influenciada por su medio, por el acontecimiento siempre latente de todo lo inesperado, ese carácter de inesperado se ha convertido en el referente de muchos dispositivos biopolíticos. Es el caso de las aseguradoras y empresas de protección, basadas en la inseguridad y la posibilidad de daño o muerte. Otro ejemplo claro de este paradigma nos lo muestra Foucault (2006, p. 15), en la forma cómo es tratada la viruela, en el seno de la técnica biopolítica, por medio de la experimentación médica y para ver resultados, promediar y hacer estadística, recurre a la inoculación de la enfermedad en una población, para determinar la cantidad de víctimas, su edad y poder estudiar, reconocer, promediar, calcular los efectos y los riesgos, la mortalidad y la morbilidad, de lo cual se puede argüir una técnica especializada principalmente en la estadística, pero no en la erradicación de un mal.

Todos estos modos de instrumentalización de los datos, la información, el saber sobre una población *segmentarizada*, han hecho de las ciudades uno de los puntos nodales de la forma como operan los dispositivos biopolíticos en ellas:

Es decir, cuando sale a la luz la noción de población como principio económico-político fundamental, o máquina regulable a través de las tasas de estadística, observable en las tablas demográficas, gobernable a través de las condiciones de vida (hábitat, ciudad, higiene, seguridad

en el sentido más amplio del término), desde sus flujos, el control de los nacimientos y las migraciones. (Cavalleti, 2010, p. 17).

Así mismo, las ciudades en el siglo XVIII, según el esquema de seguridad, de los cálculos y objetivos planteados allí, tenían como objetivo, por medio de los dispositivos que operan en la calle, evitar los amontonamientos para que circule la mayor cantidad de personas, productos y mercancías, prevenir enfermedades, revueltas y robos; pero, sobre todo, este movimiento que no se detiene, lleva una circulación de capital cada vez mayor. De esta manera, se debe tener en cuenta la tasa de crecimiento poblacional para la forma en que operan los dispositivos en medio de una población, esto hace mejorar el cálculo y la prevención. Para tal fin, es importante que existan las calles amplias, que puedan prevenir la inseguridad y las enfermedades, promover la higiene y el comercio, permitiendo así, la regulación y la prevención del robo y la enfermedad. Esta administración del espacio es siempre segmentada, calculada y localizada según fines concretos, por ejemplo, el interés del capital sobre la gestión de los flujos en la máquina abstracta (Deleuze y Guattari, 2006), organizador por excelencia de la población mundial. De este modo, la contracara de la seguridad es la inseguridad, y el escenario urbano un estado de naturaleza contemporáneo competitivo de fuerzas vivas.

En este orden de ideas, la calle y la ciudad son el medio natural de la circulación de un sin fin de productos, mercancías, conocimiento e información, igualmente, de robos e inseguridades; no obstante, hay que añadir que, para poder llegar al control de la población, es necesario que ese medio, que en consecuencia afecta la población, sea el objetivo del poder biopolítico y no directamente la población, porque controlando el medio se puede afectar la especie y los sujetos que lo habitan, es decir, al ser afectado el medio de unos seres vivos, ya sea natural o artificial, se incide estratégica y directamente sobre la multiplicidad poblacional, de allí se generan unos resultados esperados por aquellos dispositivos que se rigen, de acuerdo a la naturalidad de las relaciones económicas como elemento organizador del espacio social (Foucault, 2006). A partir de esta idea, toda gubernamentalidad la estadística, la medicina, la arquitectura y los discursos humanísticos deben operar para jugar con esta naturalidad competitiva y poderla mantener²³. De modo que la biopolítica juega con lo aleatorio en el espacio

²³ En el capítulo 4 se habla de manera concreta sobre cómo el miedo es un organizador del espacio y se analiza la construcción organizada y la construcción por necesidad. También, ya se ha visto el ejemplo

organizado y con el movimiento natural, mientras controla el medio en donde lo viviente circular libremente, pero de forma azarosa. “El medio es una cantidad de efectos masivos que afectan a los que viven en él” (2006, p. 41).

Volvamos a un tema anterior que nos ayudará a comprender el papel de la policía y la seguridad en el medio urbano. El hecho de que el discurso de la seguridad, desde el siglo XVIII, se haya tratado desde todos los puntos posibles, exaltando la vida de la especie humana, hizo que apareciera la noción de *caso* desde la racionalidad médica preventiva sobre el conjunto poblacional.

Aparición, por consiguiente, de la noción de caso, que no es el caso individual sino una manera de individualizar el fenómeno colectivo de la enfermedad o de colectivizar, pero según la modalidad de la cuantificación y lo racional e identificable, los fenómenos individuales, para integrarlos a un campo colectivo. (Foucault, 2006, p. 80).

Entonces, se pasa de ver a la población en un sentido general de estudio, para particularizar *el caso* concreto, que, en este sentido, es tomar un sujeto, individualizarlo, y de él analizar y estudiar lo que le puede o no pasar a la población; así, la biopolítica es a la vez un poder que opera sobre lo general e *individualiza* en pos de la población vulnerable. Pero, junto a esta noción de caso aparecen otras que le son necesarias, como son la de riesgo, peligrosidad y crisis, las cuales, todas juntas, forman un conjunto de saberes que, al lado de la estadística, como herramienta, desarrollan el problema de la normalización. Foucault comprende y ubica las nociones de riesgo, caso, peligrosidad y crisis, en un principio como elementos del discurso médico, pero que después se fueron ampliando a todo el sistema general biopolítico o de seguridad. Ello se puede ver, en últimas, en la forma cómo la seguridad busca guardar determinada población de los acontecimientos sobrenaturales para que no se afecte su naturalidad y, así, gestionar el peligro para mantenerla, dentro de lo posible, en una supuesta normalidad o en un estado *natural* esperado.

Aunque la normalización no es un sistema de leyes, para Foucault, ésta hace parte de esa noción de caso, riesgo, peligrosidad y crisis, que se ven en los números que arrojan las estadísticas hechas y las que determinan aquello que puede ser normal y lo que no. La población se enfrenta

de la ciudad gestionada desde el capital en el apartado 2.1.2 *Segundo momento: Detroit y Medellín. Siglo XXI y nuevo modelo.*

a lo espontáneo de los factores que afectan aquella multiplicidad viviente, como en el caso de las enfermedades endémicas, en ellas lo normal es una estadística básica de muertos por contagio.

Ya no en distinguir entre enfermos y no enfermos, sino en tomar en cuenta el conjunto sin discontinuidad, sin ruptura, de unos y otros –la población, en suma–, y ver en esa población cuales son los coeficientes de morbilidad o de mortalidad probables, es decir, lo que se espera normalmente en materia de afectos por la enfermedad, en materia de muerte ligada a ésta en esa población. (2006, p. 82).

Con esto, se podría señalar que, por ejemplo, en una ciudad violenta, llena de desplazados, atiborrada de enfermedades y violaciones a los derechos humanos, como es Medellín, la tasa de mortalidad *normal* sería muy alta, en comparación con otras ciudades de otros países que no han vivido un conflicto armado como el colombiano. Es por esto que, aquellas nociones de normalidad y naturalidad están ligadas a la actualización de las artes de gobierno o, en las peripecias de este tiempo azaroso, a razones económicas.

Todos estos dispositivos fueron adoptados para el incremento de la fuerza estatal que, en efecto, es lo que podemos ver con la técnica de la policía, de mantener el orden e incrementar la fuerza del Estado, utilizando un conjunto de reglamentos y leyes para consolidar de este modo la red del Estado y hacer buen uso de sus fuerzas, esto quiere decir que, es una economía de la fuerza del aparato gubernamental, porque la cuida y la economiza. “Desde el siglo XVII se empezará a llamar “policía” el conjunto de los medios a través de los cuales se pueden incrementar las fuerzas del Estado a la vez que se mantiene el buen orden de éste” (Foucault, 2006, p. 357).

La policía es entonces el mecanismo que mantiene el orden de la urbe, distinguiendo en ella los casos, los riesgos, la peligrosidad y la crisis, para tomar así una acción que mantenga la población en un ambiente sano para su desarrollo vital; por ejemplo, en las ciudades, si hay un caso de mucha violencia en algún barrio que, por lo demás, ha estado acompañado de una higiene poco sana, como de una estética precaria arquitectónica salida de la mera necesidad, su función será hacer una reubicación de aquella población y mejorar estéticamente ese sector que antaño era una olla infecciosa, como también un nido de potenciales criminales, así la población que sobrevive en la precariedad de la urbe, constantemente se enfrenta a la desterritorialización que genera el neoliberalismo. Generalmente, las zonas periféricas se caracterizan por tener casas

construidas con materiales de desecho e irregulares en el paisaje, en terrenos salidos de las leyes institucionales, entretanto la policía, como bien se entiende en ese momento, es la *aseguradora de la vida –de los estándares de vida necesario para la racionalidad económica–* y a la vez la economizadora de poder estatal.

Ya sabemos que donde *population* significa “multiplicidad de la especie humana”, un aumento de población no corresponde tan solo a un mayor número de hombres sino, como el Süssmilch, comporta un aumento de la capacidad misma de crecer. Sabemos que toda “especie humana” comporta también la aparición de quienes –poseyendo y transmitiendo la mera facultad reproductiva– no pueden pertenecer a la verdadera población: de ellos se ocupará la nueva fuerza de policía, como institución especializada, producto específico y ya no benévolo de la *police*. (Cavalletti, 2010, p. 121).

Como dice Cavalletti, la fuerza se ocupa de aquellos que no son la verdadera población (2010), pero de manera negativa, en el sentido que la norma sólo los nombra, en cuanto son elementos vivientes que pueden afectar a la población, así que son una no población que afectan a la vida de la población que debe maximizarse. En este sentido, es una vida negativa que sobrevive en un limbo de poder, nombrada para estar en los callejones oscuros y periféricos del medio urbano, como ejemplo espacial de una vida no digna y perniciosa.

Así que, las prácticas de policía buscan la higiene social en todos los aspectos del cuerpo poblacional y del medio, pero la policía no es solo el agente de *convivencia*, es necesario también entenderlo como todos los elementos que buscan la seguridad y el control de la vida poblacional en la ciudad, de modo que la intervención social médico preventiva para los drogadictos y prostitutas son, igualmente, dispositivos policivos. Estos agentes cuidan el espacio público y que lo limpian de los vendedores informales que le dan al paisaje una puesta en escena miserable, la cual no está bien vista por las instituciones de poder. “En este sentido la ciudad aparece como ámbito de lo viviente” (Cavalletti, 2010, p. 125). En concordancia con lo expuesto anteriormente, el medio por excelencia de la población es el medio en el cual la multitud se desenvuelve de forma natural y son los tratados de policía aquellos que gestionan la vida de la población. “la policía constituye una enorme y minuciosa recopilación de las infinitas normas, en gran parte medievales, referentes a todos los aspectos de la vida” (p. 123). Así, los tratados de policía son sólo posibles dentro de la ciudad, que se “circunscriben al espacio urbano” (p. 124). Por consiguiente, la policía es aquello que da forma a la ciudad, que busca la armonía, la felicidad,

mediante un arte de gobernar basado en la reglamentación de la conducta, en el que el mayor éxito es el gobierno de la población por la población. Así, el poder y el gobierno se vuelve *ágil e imperceptible*.

Esto es en el caso de un Estado policía, que su accionar consiste en economizar el poder del Estado, en relación con los hombres que gobierna, puesto que la policía se encarga de que la norma se cumpla. A partir de lo anterior, podemos preguntarnos ¿cómo opera la policía hoy en día, si el Estado se ha debilitado y lo que rige los Estados nación son una razón económica, un capitalismo mundial integrado? Pues bien, la policía, en el sentido amplio de la palabra, sigue actuando, pero en relación con la razón económica, para lo cual el Estado de derecho se presta como intermediador de aquel interés económico. Es entonces cuando se sitúa aquí lo que se viene advirtiendo anteriormente, sobre la relación entre la crisis de la gubernamentalidad, la policía y la economía.

La genealogía que hacen Cavalletti (2010) y Foucault (2006) sobre los tratados de policía, lleva a la hipótesis que la economía civil se fundamenta en la razón económica, la cual determina la norma policiva y la acción gubernamental, “la economía civil se funda en la singular agilidad policial: es la que hace que toda razón sea económica” (Cavalletti, 2010, p. 131). Lo interesante en la visión de Cavalletti y Foucault está en que esta razón debe volverse algo inmanente en el comportamiento, buscando individualizar la norma, cuyas directrices quedan actualizadas en los sujetos, a partir del proceso de subjetivación policivo de la racionalidad económica. Ello lleva también a un cambio en la razón estatal, ya que no queda supeditada al espacio urbano, sino que se extiende sobre otros espacios. Esta desterritorialización hace que la razón económica, y los procesos actualizados del arte de gobernar reconfiguren el globo desde el discurso neoliberal.

En esta transformación gubernamental y económica, la policía cumple una función moralizante, buscando que todos estén produciendo algo en todo momento, y esta producción, aparte de ser económica, requiere de la producción deseante subjetiva, que se articula con la máquina abstracta a partir de seducciones. La máxima ética de este acoplamiento neoliberal consiste en que todos tienen que estar ocupados en todo momento, no hay tiempo para el ocio, ya que en cada instante se pierde capital; al consumir en un centro comercial los cuerpos deseantes producen capital en tanto consumen y vuelven a consumir, de modo que el placer del consumo es momentáneo y pasa su efecto. El tiempo libre también es agenciado por la policía.

“El objetivo de la policía, en consecuencia, es el control y la cobertura de la actividad de los hombres, en la medida en que esa actividad puede constituir un elemento diferencial en el desarrollo de las fuerzas del estado” (Foucault, 2006, p. 370). En un centro comercial, los elementos de policía están todos ubicados en función de este espacio destinado al consumo que, como cuerpo deseante, siempre quiere más.

De esta manera, la vida del hombre se ha convertido en el objeto principal del poder económico, de igual forma, la vida en la ciudad tiende a ser una construcción virtual donde “El mapa precede al territorio” (Baudrillard, 2014), y así el plan se gesta y se aplica, constituyendo el espacio urbano con múltiples componentes, donde todos los que la habitan logran sentirla como una experiencia real y natural. Los procesos de producción espacial no pueden verse desde una visión particular, todo lo contrario, corresponden a particularidades sociales que se unen con la generalidad de los discursos de poder.

Ejemplo de lo anterior, en un caso particular, son las ciudades de Colombia, las cuales han venido configurándose por causas del conflicto social y armado, el cual obliga a desplazados desterrados a territorializarse en los recovecos periféricos de los centros urbanos. Este conflicto produce una diáspora, que intenta anidar e incubar nuevas posibilidades de vida y se enfrenta al choque de introyectar una norma policiva, y de sobrevivir con el estigma de ser un extraño y con el destierro. Muchas de las familias fueron alguna vez desplazadas en alguna de las guerras de Colombia, ya sea la de los mil días o la Violencia del 50, que se extienden hasta la actualidad. Es pues necesario reconocer que, una ciudad policiva, como las modernas y los dispositivos de seguridad, están al servicio de los intereses económicos y no expresamente del Estado, o sea, bajo el mapa de corporaciones, empresas, bancos mundiales, préstamos de potencias, petróleo, prostitución, droga y guerras.

Desde esta perspectiva, otro factor importante tiene que ver con reconocer que, bajo esta nueva razón económica, las subjetividades están siendo llevadas a una vida en la cual el consumo se ha convertido en algo necesario y el ideal de existencia subjetiva se ha vuelto el sueño de desechar muchas cosas, además de hacer todo lo posible para tener lo deseado, endeudando la vida, la cual está siendo potencializada a escala poblacional, de modo que la vida no es más que un sinónimo de posibilidad de endeudamiento. “Vivir y hacer un poco más que vivir, pues bien, se inserta la policía, en cuanto es el conjunto de las técnicas capaces de asegurar que el hecho de

vivir, hacer un poco más que vivir, coexistir, comunicarse, sea concretamente convertible en fuerza del Estado” (Foucault, 2006, p. 376). En vez del poder y la fuerza del Estado, de la que se ha hablado de muchas maneras, habría que pensar, teniendo en cuenta lo anterior, en la fuerza que está adquiriendo la razón económica y la influencia de ésta en los Estados nación, de la forma que estos disponen su maquinaria para las leyes del mercado, y cómo el Estado interioriza los valores gerenciales de la empresa. En este sentido el sujeto en el medio urbano está en peligro, en la inseguridad, en la necesidad de dinero con las posibilidades de adquirir armas y préstamos para viviendas en conjuntos residenciales cerrados y asegurados, para apartarse y defenderse de los malos y del peligro.

Para Agamben, el campo de concentración es el nomos del espacio en el que vivimos actualmente, el cual es un espacio de excepción que implica una suspensión temporal del orden jurídico, esta ley marcial demanda una racionalidad basada en la justicia preventiva, utilizando dispositivos policivos para poner a la población bajo custodia. “*El campo de concentración es el espacio que se abre cuando el espacio empieza a convertirse en regla* [en cursiva en el texto original]” (Agamben, 2010, 215). En esta medida, el territorio del campo de concentración es excepcional, porque está fuera del orden jurídico norma, en un movimiento de exclusión que incluye en ese orden lo excluido (2010), esto quiere decir que, es un elemento intrínseco de las relaciones dentro del orden jurídico y del espacio político, ésta indiscernibilidad en que el sujeto está cobijado sólo por el homo sacer y su posibilidad de muerte, hace que la nuda vida habite en zonas de indeterminación exterior/interior, excepción/regla, lícito/ilícito.

A modo de ilustración, en los barrios periféricos de ciudades como Medellín, las vidas se enfrentan a esta indistinción e indiscernibilidad, debido a que muchas veces se les niega el estar habitando ese espacio, a pesar de esto, les llegan cuentas de servicios públicos, la justicia está entre las bandas organizadas o la policía, comportamientos ilícitos se vuelven normales a la luz del Estado y, en ocasiones, el espacio está se encuentra ubicado entre dos municipios, lo cual significa quedar en un limbo. Estas subjetividades son despojadas de cualquier condición política y a su vez son reducidos a la nuda vida y a habitar un espacio político que deviene biopolítico, dice Agamben, y el ciudadano es concebido bajo el orden como homo sacer.

Como paradigma del espacio biopolítico contemporáneo, Agamben menciona que el campo de concentración se ha fragmentado y es inherente a la actividad biopolítica, lugares como

campos de refugiados, zonas de tránsito para migrantes, como son los aeropuertos de ciudades como París, barrios periféricos, hacen parte de algunos de los ejemplos que expresa el autor. Recopilando estas ideas, el campo de concentración es un espacio de excepción permanente, “es un orden jurídico sin localización y una localización sin orden jurídico” (Agamben, 2010, p. 223), una *localización dislocante* como engranaje central del orden político actual en el que queda incorporada la vida y la norma, así la ciudad se presenta como lugar fragmentado y dicotómico “El campo de concentración que se ha instalado en ella es el nuevo *nómos* biopolítico del planeta” (2010, p. 224). Esto concuerda con la idea de que el neoliberalismo se mueve en un escenario caótico, de fronteras difusas, de decisiones deslocalizadas en el que la seguridad se convierte en el discurso principal de la racionalidad económico política.

Respecto al problema de la seguridad en los espacios que habitamos, es posible preguntarse ¿Inseguro para quién?, la respuesta es: para el orden de cosas que se suponen normales, como las leyes de oferta y demanda de las que se justifica la racionalidad económica del neoliberalismo; de este modo, la policía tiende a garantizar el medio en el que se desarrolla la población, así, discursos como la felicidad, el bien público (suma de individuos), y el buen funcionamiento del Estado son elementos dentro de la lógica de la policía. El medio natural de la población deviene un escenario de inseguridad, si algo caracteriza a las ciudades modernas es su inseguridad y lugares donde se manifiestan contradicciones, malestares, conflictos políticos, sociales y económicos. Es por esto que, se busca llegar a controlar el comportamiento como elemento que economiza las fuerzas del poder, de ahí que la policía sea cada vez más un proceso de producción subjetiva e inmanente.

Si todo comportamiento individual o colectivo es entendido como medio útil o dañino para el Estado, todo ciudadano con su propia conducta deviene sujeto activo del ejercicio soberano y de la visión entre sano, enfermo, útil e inútil, *policé* y salvaje (*farouche*). La población es un espacio polarizado, el gobierno como ciencia pura de los medios es su proyección real. (Cavalletti, 2010, p. 141).

El gobierno se presenta como técnica biopolítica neutral, dentro de las acciones conflictivas en la población, funcionando como tecnología que constantemente actualiza su arte de gobernar. En este sentido, el gobierno policial actualizado de la biopolítica se nutre de los espacios conflictivos e inseguros, característica propia de los espacios urbanos. El poder se basa, de este modo, en una economía de la seguridad y en una seguridad económica que cuida,

efectivamente, los flujos que dan vida al espacio-población. En nombre de la seguridad, la norma y las técnicas de policía son integradores del cuerpo social con la lógica de la economía (2010). Es a partir de esta función de seguridad y de normalidad que se ubican los cuerpos poblacionales y se tratan los cuerpos nocivos.

Se podría decir que, al parecer, la promesa de seguridad de las ciudades nunca se cumplió o, más bien, nunca nos tocó, pues el discurso del terrorismo generado con el atentado a las torres gemelas por parte de los gobiernos neoliberales, los atentados en Europa, las guerras geoestratégicas por recursos naturales, los inmigrantes y el auge de las políticas racistas, guerreristas, discriminatorias y xenofóbicas generan ambientes de tensión y subjetividades paranoicas e inseguras, que dan como resultado, la producción de espacios deslocalizados, periféricos destinados a la nuda vida, y, a espacios hiperseguros producidos para resguardar la vida de las poblaciones idóneas.

3. LA GUBERNAMENTALIDAD GLOBAL Y EL PODER DE LA ECONOMÍA

3.1 Neoliberalismo, espacio global y el *homo oeconomicus*

El neoliberalismo se mueve entre un espacio liso, caótico, que constantemente está en choque con el aparato de captura. La idea de este apartado es profundizar en la razón neoliberal como elemento constitutivo del espacio urbano contemporáneo, con base en la idea del *homo oeconomicus*.

El neoliberalismo opta de este modo por un cambio imperioso, ya que se ha dado a la tarea de retomar la gubernamentalidad, bajo la lógica de la competencia y del empresario de sí, como de racionalizar los fenómenos de la población, bajo la premisa principal de gobernar todos los aspectos de la vida (como ya se mencionó respecto a la biopolítica), práctica que viene en la tradición Occidental, de la importancia que ha tenido para las formas de gobierno la administración de los hombres (tanto la especie como el sujeto individual). Tal vez, el rasgo que más llama la atención del neoliberalismo consiste en que se ha apropiado de las concepciones del liberalismo en el sentido clásico, aquel en que el Estado despliega una función policiva, como forma de regulación gubernamental, que se basa en la sospecha de gobernar demasiado, en palabras de Foucault:

El liberalismo, por el contrario, se caracteriza por el principio de que se gobierna demasiado, o, al menos, de que es necesario sospechar en todo momento que se gobierna demasiado. La gubernamentalidad no se debe ejercer sin una crítica, algo que es, si cabe, más radical que una prueba de optimización. La gubernamentalidad no debe de plantearse únicamente cuáles son los mejores medios para conseguir sus efectos (o al menos los menos costosos), sino que debe de cuestionar la propia posibilidad y legitimidad de su proyecto de alcanzar sus objetivos (2007, p. 359).

Y más adelante, en el mismo texto dice:

El liberalismo constituye -y aquí radica su polimorfismo y su carácter recurrente- un instrumento crítico de la realidad: instrumento crítico de una gubernamentalidad anterior al propio liberalismo de la que éste se intenta distanciar; instrumento crítico de una gubernamentalidad actual a la que pretende reformar y racionalizar revisándola a la baja; instrumento crítico de una gubernamentalidad a la que se opone y de la que se pretenden limitar los abusos... (p. 359).

El liberalismo es una concepción política que, desde finales del siglo XVIII, se vio vinculada por la economía que se iba acrecentando a escala mundial, la cual influía de una manera muy fuerte en las decisiones de los Estados nación, generando de este modo una forma de actuar, relacionada con la actividad económica mercantil y respondiendo de esta manera el aparato gubernamental. Esto es evidente en la relación que tenían los países colonizadores con sus colonias en ese siglo, la organización del territorio global por la disputa de los mercados marítimos y de los lugares con materias primas, en India, África, Asia y América, a esto se une el auge productivo de la Revolución Industrial y el apogeo de las ciudades donde se vendían los productos que circulaban, este deseo de libertad económica prima así en las artes de gobernar del Estado Moderno. De este modo, el liberalismo se vio obligado a mutar y a acomodar su ejercicio a esta razón económica, adoptando nuevas medidas, como la crítica misma desde el ciudadano y, sobre todo, el no intervenir demasiado en el mercado, elemento supuestamente natural de la organización social.

Debemos señalar lo que es claro hasta este punto: la economía política se instauró como instrumento que limita la razón gubernamental, como bien lo señala Foucault, la economía política parte de la idea de un pensamiento central, el mercado es algo natural que no debe limitarse, de modo que esa nueva gubernamentalidad liberal del siglo XVIII tiene como objetivo enriquecer al Estado y a las corporaciones que negocian con él y, por ende, el enriquecimiento entre Estados. Foucault (2006) habla precisamente de cómo este mercantilismo obliga a una transformación y una nueva lógica de la policía, con relación al crecimiento económico, la meta en el siglo XVIII, tanto de los Estados como de un conjunto de estos es, por un lado, un equilibrio europeo y, por el otro, el crecimiento económico de cada Estado, siendo el principal motor de esto el comercio europeo; ahora bien, los dispositivos gubernamentales tienen como fin esta competencia comercial (2006), buscando en la policía esa técnica de vigilancia y organización.

Una policía cuya meta esencial sería la organización de las relaciones entre una población y una producción de mercancías [...] con todo el problema de cohabitación y circulación como cuestiones situadas en la órbita de la vigilancia de un buen gobierno de acuerdo con los principios de la razón de Estado. (Foucault, 2006, p. 386).

La otra característica de este Estado de policía en este periodo es el poder limitado que tiene el Estado con respecto a los otros Estados, es decir, las limitaciones por medio de tratados,

de una diplomacia militar, así como de tratados económicos y de tránsito. Por consiguiente, el liberalismo nace como crítica precisamente al Estado de policía y a la diplomacia militar, en pos de una naturalidad de la economía y necesariamente del mercado, pero a una escala mundial y utilizando los dispositivos de control, no sólo para incentivar el poder estatal, sino para incrementar la fuerza del capital y del mercado; de este modo, la economía política hubo de evaluar y juzgar si la práctica gubernamental estatal sería útil, si tenía efectos negativos o no para la realización de ella en aquel fenómeno propio o natural al hombre, que es el intercambio comercial.

La medición de la razón gubernamental estatal no sería entonces evaluada con los criterios de legitimidad e ilegitimidad, o sea, a partir del Derecho solamente, sino que, como lo muestra Foucault, con la idea de éxito y fracaso, medición propia del mercantilismo y la economía política, lo cual implica que las leyes del mercado, que se supone son un elemento intrínseco de las relaciones humanas, arrojan desde sí mismas la validación de los efectos propios de este movimiento natural, bajo la premisa de dejar mover libremente las mercancías y naturalizar los resultados de este movimiento. Esto supone que, son justas las decisiones económico-políticas, por lo que el resultado de la eficacia y la eficiencia económica se vuelven el elemento de veridicción de la gubernamentalidad estatal. No obstante, dentro de esta limitación del mercado, la sociedad se comprende forzosamente como consecuencia de una primacía de la economía política con respecto a los derechos constitucionales. Esta práctica de derechos se ve limitada y articulada a la concepción utilitarista de los ingleses y a la noción de Derechos del hombre; estas nociones tendrán un punto de anclaje que se llamará la sociedad civil, ese nuevo objeto del arte liberal de gobernar del que hemos venido hablando, que cuestiona constantemente al Estado.

Entonces, podemos resumir las características del liberalismo de la siguiente manera: primero, limita por un lado la razón de Estado, y el arte gubernamental de la policía; segundo, tiene como lugar de veridicción y de naturalidad el mercado; tercero, su forma de operar se basa en creer que el gobernar menos tiene más eficacia. Además, se inscribe dentro de la biopolítica, porque el objetivo de su forma de gobierno es una población que tiene vida y, es ella, en su espontaneidad, la que será el punto de interés para la economía política.

El nuevo gobierno, la nueva razón gubernamental, no se ocupa de lo que yo llamaría esas cosas en sí de la gubernamentalidad que son los individuos, las cosas, las riquezas, las tierras. Ya no se ocupa de esas cosas en sí. Se ocupa de esos fenómenos de la política –y que constituyen

precisamente la política y sus objetivos- que son los intereses o aquello por lo cual tal individuo, tal cosa, tal riqueza, etc., interesan a los otros individuos o a la colectividad. (Foucault, 2007, p. 65).

El punto de mira, que será el objetivo de gobierno, estará entonces en los intereses de los individuos, donde el valor será dado por el mercado, punto determinante en la concepción neoliberal. Las características de este mercado son precisamente, según Foucault, el mecanismo de los intercambios y lugar de veridicción, en cuanto a la relación del valor y el precio; así la utilidad va a ajustar el poder público, lo cual quiere decir que, el intercambio en el mercado, el valor de cambio, la espontaneidad del mercado y la naturalidad se presentarán como intereses en juego entre lo individual y lo colectivo; por ende, el mercado se encontraría entre los derechos fundamentales e independiente de los gobernados, en tanto intrínseco a las relaciones humanas, de tal modo que, al gobierno sólo le debería concernir manipular los intereses, nada más, dando paso a la economía política.

A propósito, Friedman dice:

No necesitamos agencias aún más poderosas gastando más dinero de los contribuyentes sin tener que dar cuentas a nadie. Eso sería tirar dinero bueno sobre el malo. Más bien necesitamos que los gobiernos, a nivel nacional e internacional, se aparten y permitan el funcionamiento del mercado. Mientras la gente gaste o preste más de su propio dinero y gaste y preste menos dinero de los contribuyentes, tanto mejor. (21 de octubre de 1998).

Friedman es uno de los principales teóricos del neoliberalismo, en esta cita quedan claros tres elementos centrales para el modelo neoliberal, el libre mercado, los Estados como simples escuderos del mercado y los sujetos como personas de interés. Esta genealogía que vimos de la mano de Foucault sobre las artes de gobernar liberales hasta el neoliberalismo, permite mostrar cómo la gubernamentalidad neoliberal adopta la crítica al Estado, pero a su vez la transforma, no ya centrándose en la sociedad civil, sino creando una forma de comprender a los sujetos, desde la tradición mercantil y empirista, como sujetos egoístas y competitivos críticos del Estado, con lo cual, para su control, el neoliberalismo adopta los dispositivos biopolíticos, siendo el medio urbano un elemento central de la creación biopolítica de la ética neoliberal y sintetizada en el *homo oeconomicus* y no en el *homo juridicus*.

Ya dijimos que el liberalismo aparece como crítica a la razón gubernamental, que se centra en un Estado de policía que busca controlarlo todo, este último se puede pensar como un

poder ilimitado de la razón gubernamental estatal, utilizando todos los mecanismos para ejercer el poder dentro de sus límites, regulando y controlando la multiplicidad de acciones de la población, y haciendo que el poder del Estado se incremente potencialmente, cuando la administración poblacional se hace más efectiva. Éste es el poder ilimitado del Estado del que es objeto de crítica por parte del neoliberalismo, para esta actualizada gubernamentalidad se genera una nueva forma de soberanía global (Negri & Hardt, 2005), cuyo espacio por excelencia es el medio urbano contemporáneo, como nodo de las interconexiones de flujo global.

De estos cambios de concepción y de la nueva figura que maneja el arte de gobernar, surge el *homo oeconomicus*, ya no como sujeto de derecho, sino como un sujeto de interés y el escenario en el que se mueve es la ciudad; pero esta mutación no es gratuita, Foucault nos sitúa en las concepciones utilitaristas de los ingleses y en los derechos del hombre de la Revolución Francesa, lo que generará una discordia en el arte de gobierno del liberalismo, pues, por un lado se encuentra la individualidad y su independencia como lo más importante, mientras que, por otro lado, se localizan los derechos del hombre, el poder soberano, la libertad y la participación ciudadana en defensa de la producción de vida, de capital, de deseos, intereses, bienestar, y satisfacción. Para comprender mejor esta idea del *homo oeconomicus*, un elemento obligatorio para el análisis es la relación entre biopoder y capitalismo:

El biopoder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de la población a los procesos económicos (Foucault, 2005, p. 170).

Al respecto, el análisis de Foucault, que mencionamos anteriormente, del vínculo entre el biopoder y el capitalismo tiene la finalidad de formar en un principio grandes aparatos de Estado e instituciones sumamente fuertes, que tenían un gran control sobre la economía, como el Estado benefactor o el Estado social de derecho. Esta estrategia de poder les permite perpetuar la estructura y solidificarla para mantener las relaciones de producción y explotación, como también, en el ámbito económico, la jerarquización social y la segregación de grandes cantidades de población empobrecida en las ciudades. La gentrificación es muestra de ello, a lo largo del texto hemos visto el turismo y se ha identificado cómo las ciudades industrializadas (Detroit y Medellín), pasaron de un Estado benefactor, a ser lugares de gran miseria, teniendo aún un poder muy grande sobre la gestión de los flujos de capital. Foucault es claro en evidenciar que, con esto

se garantizan las relaciones de dominación y los efectos de hegemonía, como del crecimiento poblacional y de las fuerzas productivas (2005).

Ahora bien, Lazzarato propone una relación entre modelo económico global y arte de gobernar local en el medio urbano. En primer lugar, arguye que las relaciones entre economía y política se resuelven mediante técnicas y dispositivos que no proceden ni de la política, ni de la economía, refiriéndose al paso de “un gobierno de las almas a un gobierno de los hombres, todo transformado por el liberalismo” (Lazzarato, 2008). Algo que viene en la tradición de la pastoral cristiana, poder sobre las almas y el poder sobre los hombres, obliga a actualizar las tecnologías de poder, aunque siguen teniendo este rasgo importante del poder sobre los hombres, bien sea, la biopolítica o la anatomopolítica.

Dicho autor pone de manifiesto que la sociedad civil funciona como una interfaz entre gobernantes y gobernados y, es en este cruce en que nace el liberalismo como arte de gobernar, en la medida que el ejercicio propio de la sociedad civil (*homo juridicus*) es la crítica constante a los gobernantes, permitiendo, en teoría, un equilibrio necesario para el ejercicio del poder gubernamental. Es por ello que la biopolítica se presenta como tecnología de poder, donde el *homo oeconomicus* se interpreta como el nuevo sujeto que permite al arte de gobernar actuar según los principios de la economía neoliberal, desde la máxima de *dejar hacer*, primando esto sobre el derecho; de manera que, es a través del mercado que retoma las artes de gobernar, que se despliega a partir del Estado mismo.

El *homo oeconomicus* es el elemento intermediario que reproduce las relaciones constituidas por el arte de gobernar neoliberal. La idea del sujeto libre, autónomo y competitivo se convierte en la máxima de comportamiento de los sujetos del capitalismo, como resultado de la estrategia de gobierno de los vivos: actuar en la economía y sobre la opinión.

Según los liberales alemanes, hay que actuar en los datos que no son directamente económicos, sino que constituyen las condiciones de una posible economía de mercado. El gobierno debe intervenir en la sociedad misma, en su tejido y en su espesor. La “política de la sociedad”, como ellos la llaman, debe hacerse cargo y tomar en cuenta los procesos sociales para dar cabida, en su seno, a un mecanismo de mercado. Para que el mercado sea posible, se debe actuar en el marco general: en la demografía, en las técnicas, los derechos de propiedad, las condiciones sociales, las condiciones culturales, la educación, las regulaciones jurídicas, etcétera. (Lazzarato, 2008).

De este modo, Lazzarato nombra a esta nueva relación como *bioeconomía*, debido a que el mercado invade todos los aspectos de la vida, convirtiéndose así en agenciador de las subjetividades en la ciudad neoliberal. No cabe duda que esto es un ahorro en la economía de poder, ya que los paradigmas reguladores de las relaciones humanas son las reglas de mercado y no el aparato estatal (la gran máquina abstracta), es la ética del sujeto competitivo a escala mundial y no la ética del ciudadano que pertenece a un Estado y que cumple el pacto social (Laval & Dardot, 2013). Por el contrario, éste se vuelve un elemento que lleva esta ética de comportamiento al resto de personas, él mismo se vuelve un dispositivo policivo de la razón neoliberal y, así, se expande esta lógica. Si antes las técnicas de policías eran externas al sujeto y venían de la razón de Estado, gracias al biopoder y su intervención en el medio, las subjetividades del neoliberalismo adoptan lo policivo en su comportamiento, siendo un rasgo característico de las ciudadanías globales. Esto permite que la existencia de las reglas éticas hegemónicas, que han visto en la vida misma una producción y reproducción del capitalismo global, pervivan como elemento programado en las nuevas ciudadanías globales como un imperativo.

Esta idea del sujeto competitivo se remonta a la justificación del estado naturaleza, que da paso a la creación del Estado y de la sociedad civil y de la nación. Lo que podemos señalar es, precisamente, que el neoliberalismo pretende desarticular este espacio y retomar a un momento en el que el Estado solo sirva como dispositivo normativo, que abone el medio en el que la lucha por la sobrevivencia del emprendimiento sea el imperativo, esto implica desregularización de la economía y medidas de leyes globales económicas. Agamben, al señalar que la teoría y la construcción del Estado soberano, se basa en el *Homo homini lupus* de Hobbes, en el que el hombre, en estado de naturaleza, es un peligro para el otro, por eso, el pacto adjudica la violencia al soberano, el cual tiene el derecho de dar muerte para hacer vivir. Por ello, en el corazón de la política de Occidente es el *Bando* el que da forma a el espacio de la ciudad, entre la selva y la ciudad (Agamben, 2010, p. 136). El bando es el ladrón, el lobo, el malhechor que se encuentra ubicado en la línea difusa entre hombre y animal, en un espacio de exclusión/inclusión.

En efecto, es la nuda vida, porque cualquiera puede dar muerte, o se deja morir en un espacio indiscernible sin castigo alguno, “No es una guerra de todos contra todos, sino la excepción una condición en que cada uno es para el otro nuda vida y homo sacer (p. 137). Ahora bien, el neoliberalismo piensa todo espacio como estado de naturaleza, este es “el principio

interno de la ciudad” (p. 137). Nuda vida y *homo oeconomicus* son las dos subjetividades creadas, que justifican el estado de la biopolítica actual en un constante espacio que se encuentra entre a seguridad/inseguridad, lo externo/interno, lo salvaje/lo idóneo y lo excluido/incluido. De ahí que el campo de concentración sea, para Agamben, el espacio por excelencia de la biopolítica actual.

Tal vez, el escenario que más promueve el discurso de la libertad es el espacio urbano, desde la promesa de respeto a un derecho natural (tradicción liberal) hasta la figura de la libre empresa (neoliberalismo). Estos dos discursos no dejan de ser discursos urbanos y modernos, forjados al calor del capitalismo. Así, una de las consignas y principios más importantes para el liberalismo y la biopolítica, respecto a las artes de gobernar sobre los hombres en el neoliberalismo, será la libertad, la cual no se puede pensar en sentido metafísico o idealista; aquella producción de libertad que el liberalismo tanto promulga es generada, porque, precisamente, el Estado tiende a economiza su poder y disminuye en comparación a la fuerza del Estado soberano policial. Cuando hablamos de la policía, Cavalleti (2010) hablaba de la eficacia de la educación como elemento en el que la norma de conducta era aprendida y eso ahorra esfuerzos de control; en el caso contemporáneo, son discursos económicos los que se sitúan sobre él, haciendo que la población se rija por las leyes del mercado y no necesariamente por las normas jurídicas estatales. Si pensamos en esto, las normas económicas parten también de las contradicciones y de las luchas internas de las élites, que cuentan con un campo de maniobra hegemónico.

Ahora bien, la libertad se potencializa a favor del interés económico, por ejemplo, en la Constitución colombiana se normatiza que, el modelo de desarrollo es el libre mercado y la libre empresa. Afirmar, por tanto, que la ciudad es escenario de interés y que el mercado transnacional es uno de los elementos principales en la gestión del espacio urbano y de la creación subjetiva no es nada errado, no sólo vemos ejemplos en la industria turística, también los modelos preestablecidos de centros comerciales, con infinidad de objetos de consumo que vienen de todas partes del mundo, lo cual da muestra de una relación global que cincela el espacio, incluso, generando las zonas periféricas que funcionan como campos de contención de poblaciones *nocivas*.

Pero, obligatoriamente, este arte de gobernar neoliberal sobre la ciudad debe tener algo que le permita el control de una población cuantitativamente muy grande, algo que admita el

manejo fácil de las subjetividades y que, igualmente, permita una economía del poder sobre el *homo oeconomicus*; tal control será llevado a través del *miedo*²⁴, de la gestión de los pequeños miedos, produciendo aquella consigna de la modernidad que es la de vivir peligrosamente, vivir en el peligro. *El bando, excluido e incluido*, está en el corazón mismo de las ciudades modernas, es el vínculo moderno entre la nuda vida y el poder soberano en el cual prima el estado de excepción y la retórica de seguridad e inseguridad que justifica la biopolítica como tecnología del poder.

Otro engranaje fundamental del neoliberalismo son los comportamientos que no son económicos, como ciertos tipos de conductas y sentimientos, por ejemplo, el amor y el miedo, elementos explotados en la sociedad de consumo. De este modo, se amplía el espacio para el modelo del *homo oeconomicus*. Esta unión de la nuda vida y el *homo oeconomicus* es primordial para el objetivo de este estudio, puesto que “la transformación en licántropo corresponde perfectamente al estado de excepción, en el que se mantiene su duración (necesariamente limitada) entran en una zona de indistinción con las ferias” (Agamben, 2010, p. 139). Los espacios urbanos, correspondientes a la organización occidental, se presentan como lugares salvajes para vivir en un retorno a la guerra perpetua, en el que el miedo es la regla, además, la responsabilidad sobre la supervivencia recae en el sujeto mismo, en un retorno a la animalidad.

Por consiguiente, el miedo se asoma como un dispositivo perfecto de control. Así, toda una serie de discursos sobre la seguridad se instaurarán en el lenguaje cotidiano, mientras que la población ya no se siente segura y la demanda de seguridad es incrementada dentro de discursos empresariales, estatales e, incluso, por parte de grupos ilegales.

Este problema del *homo oeconomicus* y su posibilidad de aplicación me parece interesante porque, en la generalización de su grilla correspondiente a ámbitos que no son inmediata y directamente económicos, creo que hay apuestas de importancia. Lo más importante es sin duda el problema de la identificación del objeto del análisis económico con cualquier conducta, que por supuesto implicaría una asignación óptima de recursos escasos a fines alternativos, lo cual es la definición más general del objeto de análisis económico tal como la planteó, a grandes rasgos, la escuela neoclásica. (Foucault, 2007, p. 306).

Con ello, vemos un poco más claro que toda conducta, sea o no económica, se convierte en el objeto de análisis de la economía y elemento idóneo de intervención. Así, aquella

²⁴ Para ver el análisis sobre miedo, espacio y poder, remitirse al capítulo 4.

maquinaria mundial necesita gestionar recursos alternativos al interés propio de la economía, es en este sentido que, como se ha mostrado, el medio con su movimiento y espontaneidad se vuelve un punto central en el análisis e intervención del biopoder, asociado a los espacios urbanos, incluso, se mostró cómo el capitalismo y la producción de espacio urbano son concomitantes.

Para el neoliberalismo, lo anterior resulta un punto central determinante, “Y la economía podrá definirse entonces como la ciencia de la sistematicidad de las respuestas a las variables del medio” (Foucault, 2007, p. 308). El medio es aquello que funciona como base del espacio vital de la población, y en él es donde el *homo oeconomicus* se relaciona con la realidad reproducida por la máquina abstracta, que *subjetiviza* y dota de *significado* las relaciones con las territorialidades reproducidas y producidas por esta idea económica del urbanismo contemporáneo de la eficacia y eficiencia, relacionados con el modelo neoliberal de la gestión de los flujos.

Este modelo de ciudad, para Foucault, Cavalleti, Agamben, Deleuze, Guattari, Lazzarato y Bauman corresponde al modelo del peligro y del miedo, así, aquellas subjetividades se presentan, en esta velocidad y administración de flujos del espacio urbano, ante la sensación de inestabilidad esquizoide, ansiedad, sentimiento constante de peligro y deseos de seguridad. Para que esto se cumpla, el sujeto se pone en disposición de ser analizado, tanto a través de la realidad como de su comportamiento, dentro de un medio determinado, pues, el sujeto económico obedece a su interés, el cual lo lleva al de los otros, en una competencia de disputa por la seguridad, por la propiedad, por la gestión de los flujos y por llegar a tener un lugar mejor en la urbe.

Se podría decir que, la sociedad civil es aquel sujeto que habita el espacio urbano, pero argumentar esto no es suficiente para comprender su relación con la ciudad, ya que la sociedad civil es un actor sujeto al derecho y a la libertad económica dentro de la discusión de lo público y lo privado, no permitiendo ver lo que ocurre más allá del pacto social. Esto se explica de la siguiente manera: la sociedad civil es otro elemento característico del arte liberal de gobernar, pues, para la economía, el poder totalizante del soberano es ya inútil, y se crea entonces un nuevo sujeto, el sujeto de interés, que a su vez pervive con el sujeto de derecho. Es necesariamente, de la conjunción de estos dos, de donde nace la sociedad civil como sujeto/objeto de Derecho, que funciona de contrapeso a la economía política: “La sociedad civil no es, por lo tanto, una idea filosófica. La sociedad civil es, creo, un concepto de tecnología gubernamental, o mejor, el

correlato de una tecnología de gobierno cuya medida racional debe ajustarse jurídicamente a una economía entendida como proceso de producción e intercambio” (Foucault, 2007, p. 336). La sociedad civil permitirá que el arte de gobernar liberal tenga una autolimitación, sin sobrepasar las leyes del Derecho y, concretamente, de la economía, en esta medida, lo jurídico se vuelve un elemento necesario para la producción capitalista, es decir, su fin último es mantener estas relaciones productivas; pero, respecto al neoliberalismo, la sociedad civil se queda corta con relación al espacio urbano, todo lo contrario, es capturada por la lógica del libre mercado y una práctica maquínica que replica los valores de la economía. En este orden de ideas, la ciudad jurídico administrativa correspondiente a la sociedad civil cambia en tanto el derecho termina supeditado al sujeto de interés como ética, en concordancia con ello, el espacio se vuelve cada vez más un lugar conflictivo y en disputa, bajo la premisa de la competencia del hombre empresa.

La sociedad civil y el *homo oeconomicus* son inseparables, porque él es un elemento central en el neoliberalismo, en cambio, aquella lo sitúa como un conglomerado de sujetos de interés y dignos de ser gobernados de un modo eficaz, bajo el Derecho y el interés dentro de un Estado. Además, la sociedad civil es entendida como la interfaz entre los gobernantes y los gobernados, ya que tiene como objetivo la felicidad de los gobernados. Un buen gobierno se centra en gobernar la sociedad civil y lo social, como de controlar el espacio y lo viviente y dejar que la economía pase y fluya; pero, a los ojos del neoliberalismo ya no hay espacio organizado, sino fuerzas y choques, por lo cual, el Derecho queda en un segundo plano. Es en este sentido que, en las ciudades los sin techo, desplazados urbanos, no dejan de reclamar el derecho a una vivienda digna, a lo cual la lógica neoliberal responde diciendo que ellos son el resultado de sujetos incompetentes. Esta lógica, por tanto, ha capturado la racionalidad urbana.

En efecto, la ciudad es constituía por dos racionalidades sobre los espacios, uno estriado y territorializado por el aparato jurídico administrativo y, otro, por el espacio liso desterritorializado y global del neoliberalismo (Deleuze y Guattari, 2002), bajo el primero encontramos una subjetividad civil y en el segundo el sujeto de competencia. De esta manera, el objetivo de la economía neoliberal consiste en que el Estado disminuya su poder y sirva de bisagra entre la empresa privada y su lógica y la población, que el *homo oeconomicus* singular se convierta en un *empresario de sí*, y que la forma en la que actuamos sea inspeccionada por nosotros mismos y no por el Estado, para llegar a ser policías de nosotros, un cerebro cooperante

con las políticas económicas mundiales, para así desbocarnos al Apocalipsis de René Schérer: una libertad sin apoyo, una competencia despiadada para poder obtener el éxito a cualquier precio. Esto es precisamente el poder eficaz y seductor de la economía, en el que el teatro global es el espacio social, pero que se basa en el miedo y la inseguridad, más aún, con el auge del discurso terrorista como elemento organizador del espacio (Schérer, 2006).

3.2 Empresa, trabajo, medio urbano e idoneidad

Ahora bien, los análisis anteriores han arrojado un elemento central en la organización del espacio urbano, el papel del *trabajo*. Este carácter abstracto del trabajo consiste en que aquella actividad concreta transformada en fuerza de trabajo, medida y colocada en el mercado, es transformada en un trabajo amputado de toda realidad humana, (Foucault, 2007, p. 258). La mecánica del capital hace del trabajo un producto de mercado que lo substraer del valor producido, lo que Marx llama enajenación: “Tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo que crea frente a sí y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es” (Marx, S.F., p. 58). En suma, ésta es la lógica del capitalismo que los neoliberales omiten en la introducción del trabajo, como elemento central de la economía. No obstante, dicen los neoliberales que la culpa de esta abstracción, se halla en la teoría económica que se ha elaborado sobre la producción capitalista, la reflexión sobre el trabajo no se profundiza en la economía clásica de Adam Smith y David Ricardo, en su especificidad concreta y en sus modulaciones, por lo que “quedó en blanco” (Foucault, 2007). En esta perspectiva, que no ahonda en el trabajo en abstracto, solo se verían modulaciones cualitativas, los procesos, el capital, la inversión, la máquina y el producto, los cuales son abstracciones propias para la interpretación y la acción de la realidad. De ahí que Deleuze y Guattari (2006) llamen a esto una máquina abstracta, en acople a un aparato de captura que segmentariza de manera binaria el espacio sobrecodificándolo.

Lo que muestra Foucault, al citar a Marx, es el proceso de racionalización propio del capital y su realidad histórica concreta. En este sentido, los neoliberales pretenden cambiar lo que constituyó el objeto de trabajo en la premarxista liberal: producción, mecanismos de intercambio y consumo en una estructura social. Para este fin se habla de la naturaleza y del modo de asignación de recursos. La pregunta de la que parte el neoliberalismo es: ¿cómo los sujetos

asignan estos recursos? Con base en una cita de Robbins, Foucault menciona que la economía es la ciencia del “comportamiento humano entre fines y medios que se excluyen mutuamente” (Foucault, 2007, p. 260). Ésta es la distancia que toma el neoliberalismo de la economía clásica del mercado, para pensarlo en términos de aptitud de los trabajadores, pues, el trabajo se piensa en el neoliberalismo como un engranaje; por ello, busca analizar el comportamiento humano y su racionalidad interna, “Saber cómo utiliza el trabajador los recursos de que dispone” (p. 261). Es precisamente en este punto, que entran nuevos elementos a tenerse en cuenta, para el neoliberalismo es indispensable situarse en el trabajador como sujeto económico activo y el trabajo como una conducta económica, puesta en acción y racionalizada. Ello quiere decir que, para la lógica del neoliberal, comienza a ser importante procesos que antes no se pensaba la economía, el comportamiento y la manera más fácil de adecuarlo, es la utilización de los biopoderes para la regulación de la vida en un medio concreto.

Llama la atención cómo la población obrera trabaja para un salario. En este punto, la perspectiva neoliberal toma el salario como un ingreso y el ingreso es el producto de un capital. El salario, en efecto, es la renta de un capital (capital humano) que determina el espacio del consumismo y de la fetichización de los objetos, con lo que *la ciudad empresarial y fabril* toma forma a la medida de la lógica de consumo, competencia e información; pero, se debe tener en cuenta algo más, una ciudad va mutando según el interés gubernamental, las fábricas, multinacionales, call centers y los flujos de productos, información, materias, objetos y personas de otros lugares del mundo relacionados entre sí.

En la actualidad podemos hablar del espacio informacional, vinculado con elementos consumistas, bajo dispositivos de control codificados en el engranaje de la economía neoliberal que los gestiona a través de los espacios. Partamos de una pregunta importante: “¿Dónde, cómo, quién y por qué se concentran las informaciones? ¿Cómo funciona y para quién es la tecnología informática? Sabemos lo suficiente de este asunto como para sospechar la existencia de un espacio informacional, pero no lo bastante para describirlo y menos aún para afirmar conocerlo” (Lefebvre, 2013, p. 142). Con esto, la ciudad se puede entender como un lugar de intercambio de información en un periodo de la revolución informática, en la que se han superado las limitaciones propias de la comunicación, almacenar la información y el tiempo de envío de ésta. No se puede dejar de lado que, este momento concreto de la “sociedad de la información” genera

entropía en un mundo donde cada vez más los sujetos sienten miedo y están solos, abrumados en el mar de bits informáticos y múltiples en una matriz de opinión altamente plural y democrática. Esta abrumadora información deja a los sujetos impávidos e indecisos, mientras que, en un instante de parpadeo pasan mil cosas que no terminan de encajar en las nociones de bueno y malo.

Precisamente, el espacio deviene gestión de información, más aún, cuando el ciberespacio y los servidores están ubicados en los países y ciudades con gran influencia a escala global y desde el manto de grandes corporaciones, ya que la información es un elemento central, producido (trabajado) en centros de investigación privadas y estatales, e incluso, por personas comunes y corrientes, siendo esta información altamente apetecida por centros de marketing. Así, la información se vuelve un elemento relevante en la producción de capital y con relación a la organización espacial.

Pasemos ahora a señalar otro factor fundamental para el análisis, la *idoneidad del sujeto*. Esta idea está relacionada con el *homo oeconomicus*. El trabajador, ante todo, es una aptitud (ya que se refiere a su comportamiento, su historia y su genética, de ahí el arte de gobernar a través de aspectos biopolíticos) y el trabajo, relacionado con la producción, es toda una máquina que va a producir flujos de ingresos. Así, se toman aspectos psicológicos y físicos que otorgan a alguien un salario; además, el trabajador mismo no es solo una máquina, sino un engranaje de la maquinaria productiva acoplado a otra máquina. En esta máquina de flujos entre el trabajador y la idoneidad hay una obsolescencia, un envejecimiento y una vida útil que hace que merme el valor, así pues, el neoliberalismo busca prever esta aptitud y gestionarlo, en aras de un buen funcionamiento de la máquina-flujo.

Por tanto, “Trabajar en una empresa contemporánea significa pertenecer, adherirse a su mundo, a sus deseos y sus creencias” (Lazzarato, 2006, p.110). Es pues, una lógica que supera el espacio físico de la corporación y se dispersa a lo largo del espacio. Por tanto, la Máquina flujo de los neoeconomistas busca que la fuerza de trabajo pueda venderse como capital de idoneidad (lo que se hablaba en el capítulo anterior de la ética neoliberal como elemento constitutivo del accionar subjetivo), es decir, que cumple con las capacidades físicas y comportamentales necesarias para poder producir los flujos del capitalismo y de la producción, así, lo que se renta y promulga es la idea del *Homo oeconomicus* o el empresario de sí mismo. *Homo oeconomicus* es pensado como empresa por su potencia en la máquina de producción de flujos, en este caso,

se deja de lado al individuo como sujeto de Derecho y deviene sujeto de intercambio, en la relación con otros en el proceso de mercado (el flujo se mueve por el espacio, de ahí esta relación sujeto y espacio). “El capital tiende a crear un espacio uniforme definido por flujos no codificados, flexibilidad, modulación continua y una creciente nivelación” (Hardt y Negri, 2011 p. 349).

Lo que motiva en este caso al *Homo oeconomicus* del liberalismo, es la pura necesidad dentro del mercado, pero en el neoliberalismo se vuelve su propio capital, su propio productor y la fuente de todos los ingresos. Es el sujeto del consumo y productor de la satisfacción, o sea, del deseo. Así, la tarea principal de la empresa de sí es el consumo mismo y la capitalización de sí mismo en un escenario de competencia. La inmanencia del discurso neoliberal supera así la trascendencia de la soberanía estatal. Por esta razón, el elemento central para que funcione toda la máquina global neoliberal, debe basarse en cuidar, producir y programar este capital humano, cuya noción de comportamiento se edifica en la idea de ser idóneo dentro de la máquina en cuyos engranajes simbólicos, discursivos, éticos y productivos queda capturada la subjetividad, a esto le llama Foucault *idoneidad-máquina*, elemento estructurador del nuevo individuo humano (su portador idóneo de la ética neoliberal) el *Homo oeconomicus*. Cobra vigencia con esto, la idea del sujeto como eje de gobierno, en la que una nueva ciudad está hecha de cifras y datos (Cavalletti, 2010, p. 131), siendo el sujeto un elemento de análisis cuantitativo y cualitativo, pues, se tiene en cuenta la conducta como elemento útil o dañino.

Esto se debe comprender de la siguiente manera: el neoliberalismo critica entonces que la economía clásica no se encargaba de los elementos, que giraban alrededor del trabajo y que lo constituyen produciendo el trabajador. El neoliberalismo sí lo hace, bajo la producción de este capital humano. En esa dirección, Foucault expone que, para el neoliberalismo, el capital humano está compuesto de elementos innatos y de otros adquiridos, siendo los primeros de carácter hereditario y cognitivo y los otros elementos que se aprehenden en la práctica misma neoliberal y a través de dispositivos de enseñanza. Lo que llama la atención es cómo estos elementos toman relevancia en la lógica del capitalismo global, y en la concepción neoliberal en la construcción del cuerpo y de la subjetividad. Todo está en concordancia con la idea de Agamben: “La democracia moderna nace como reivindicación y exposición de este cuerpo” (2010, p. 158), lo cual quiere decir que el poder necesita de un cuerpo que mostrar, así “cada cuerpo constituye una

lucha política” (p. 158) en el escenario de competencia, “los cuerpos expuestos a a laa muerte forman la metáfora política de occidente” (p. 159). De este modo, el sujeto idóneo es una vida que tiene valor en una correlación con una nuda vida sin valor.

Se dice claramente que la constitución del capital humano solo tiene interés y resulta pertinente para los economistas en la medida en que ese capital se constituye gracias a la utilización de recursos escasos, y de usos escasos cuyo uso es alternativo para un fin dado. Ahora bien, es muy evidente que no debemos pagar para tener el cuerpo que tenemos ni por nuestra constitución genética. (Foucault, 2007, p. 267).

Así como el valor de petróleo, del carbón y de algunos metales, como es el oro, en el cual giran los datos de las Bolsas de Valores como algo altamente apetecido que supera la demanda, el capital humano en tanto sujeto idóneo para la máquina es, señala Foucault, un elemento escaso y altamente valorado en los engranajes productivos neoliberales. Ahora bien, ¿por qué este interés en lo genético de ese capital humano que es el homo oeconomicus? El elemento biopolítico en este caso cobra forma. Es de vital interés para la economía, porque los elementos genéticos son la cartografía del individuo; por tanto, con estos elementos genéticos, más aún, desde el descubrimiento del genoma humano, se pueden calcular el riesgo determinado en el contexto del trabajo mismo, el tipo de contingencia a lo largo de su existencia, como los baches que puede ocasionar el sujeto en la productividad de los flujos-máquinas en el espacio. Consiguientemente, se buscan las buenas condiciones genéticas, las capacidades de producir individuos para bajar la tasa de riesgo, incluso, para que no sea perjudicial para ellos mismos; a saber, una eugenesia aplicada a la economía y la competencia global.

Lo que hay que modificar es el nivel y el contenido del capital humano y, para actuar en este “capital”, es necesario movilizar toda una multiplicidad de dispositivos, solicitar, incitar, invertir la “vida”. Foucault recalifica la Biopolítica como una política de la “sociedad” y no ya solamente como “regulación de la raza” (Agamben) en donde una serie de dispositivos heterogéneos interviene en el conjunto de condiciones de la vida, buscando la constitución de la subjetividad solicitando elecciones, decisiones de los individuos. En este sentido, el poder es “acción en posibles acciones”, intervención en los acontecimientos. Se tiene (...) la imagen de la idea o el tema-programa de una sociedad donde habrá optimización de los sistemas de diferencia. (Lazzarato, 2008).

En concordancia con Foucault, Lazzarato propone que las buenas constituciones genéticas se van a convertir en algo escaso, esto es, entran en el ámbito de lo económico. Producir un capital humano idóneo para el mercado, se puede ver enfrentado a una escasez de genes, este hecho

también lleva a determinar las acciones de los demás en el intento para ascender en la escala social, con la intención de poder adquirir un pretendiente con buena constitución genética, obligando al trabajador a esforzarse mucho para lograr el objetivo. De este modo, el campo de concentración se vuelve el paradigma del biopoder, pues, en un escenario en el que la idoneidad de los cuerpos es un elemento escaso, deben producirse contenedores de la nuda vida que este accionar genera. “¿Qué quiere decir formar capital humano, formar, por lo tanto, esa especie de idoneidad máquina que va a producir ingresos o, en fin, que va a ser remunerada con ingresos?” (Foucault, 2007, p. 269). Cuando una sociedad se plantea la mejora de su capital humano, busca técnicas de control, constitución, crecimiento, acumulación y mejora de ese capital humano, lo cual lo vuelve un problema político y todo el aparato, toda la estructura se pone en función de esta lógica neoliberal crítica del aparato gubernamental del liberalismo.

Cuando una sociedad se plantea la mejora de su capital humano, busca técnicas de control, constitución, crecimiento, acumulación y mejora de ese capital humano, que lo vuelve un problema político. “Al mismo tiempo, la importancia de la formación de la mano de obra para la industria, en particular para las empresas de alta tecnicidad, otorga a las universidades y centros de formación un papel extraordinario en la localización industrial” (Castells, 1982, p. 165). Todo el aparato, toda la estructura se pone en función de esta lógica neoliberal. Bajo esta razón, todo acto se ejecuta con la intención de maximizar el capital humano, de su formación, es una inversión para constituir aquella idoneidad máquina, el ejemplo que pone Foucault es la familia, de las horas que invierten los padres en el niño para que psicológicamente sea estable y no tenga muchos traumas que afecten esta aptitud en el mundo real competitivo; también, señala los aspectos culturales y la capacidad intelectual de los padres, todo esto, como elementos para la configuración de un niño idóneo.

No sobra señalar que ello se ve como una inversión a futuro; pero, como no todo se da en la casa, el autor lleva más allá la argumentación e indica que el neoliberalismo hace un análisis del *ambiente* del niño. “¿Qué elementos del entorno del niño van a producir capital humano? ¿En qué aspecto tal o cual tipo de estimulación, tal o cual forma de vida, tal o cual relación con los padres, los adultos, los otros podrán cristalizar como capital humano?” (Foucault, 2007, p. 270). Así, otros elementos del ambiente entran en juego, esto es la higiene pública y la salud, bajo el manto de la prevención para mejorar la inversión de este capital humano que escasea, que debe

entrar en la lógica de la economía y de la biopolítica. El medio ambiente cobra relevancia y es algo que debe ser regulado por un saber, en el que biología, medicina y política se confunden, como bien lo señala Agamben en *Homo sacer I*. Esta higiene pública busca la contención de todo cuerpo nocivo, como ya hemos mencionado.

Los directivos se preocupan por la formación de los jóvenes principalmente porque ésta es exigida por la misma economía que lleva a la mecanización del trabajo. «Es necesario el aprovechamiento intensivo del ser humano» dice un líder económico que, por cierto, no se refiere a la intensidad humana. (Kracauer, 2008, p. 144).

Al controlar el medio ambiente de determinada población se dan las condiciones para que esta población siga creciendo, esto es evidente al ver, por ejemplo, el lugar cotidiano de las personas de poder adquisitivo alto, su medio rara vez entra en contacto con las personas asalariadas, tanto uno como otro son incubados en lugares concretos, muchas veces endogámicos, en este sentido, la ciudad es fragmentada, estriada y constituida también como elemento incubador. Empero, encontramos otro componente que constituye el capital humano, esto es: la movilidad o la migración.

Toda movilidad se da en un espacio y toda migración requiere una fuerza y se realiza con una intención, así la movilidad representa un costo. ¿Por qué es un problema? Porque el nomadismo en la sociedad capitalista neoliberal no genera recursos mientras se desplaza; por el contrario, el individuo migrante siempre es un gasto, en tanto, si va de paso, consume los recursos del espacio en el que se encuentra. Al cortar este flujo de migración, e institucionalizarlo, el costo aumenta, ya que es necesario volver a colocar el individuo en un medio estudiado y controlado; de modo que, la migración es una inversión que va localizando al sujeto migrante, lo arrastra de un flujo a otro. Deleuze y Guattari le llaman a esto nomadismo, este sujeto se mueve por un espacio liso (los migrantes son por excelencia los sujetos neoliberales) que, contrario al espacio estriado de la máquina abstracta y del aparato de captura institucional que obliga a transitar entre puntos, el nómada se configura como un aventurero que va creando puntos en la medida que anda y descubre el mundo, todo punto queda atrás y puede volver a él si quiere, pero no es necesario.

Esta lógica del migrante, como potencial mano de obra barata, como nómada sin ley –nuda vida, homo sacer– y no perteneciente a una lógica de destierro, es reterritorializado como engranaje de la máquina y así cortar ese flujo improductivo para el aparato de captura; por ello,

las barreras en las fronteras también cortan ese flujo. Ahora bien, el neoliberalismo los constituye como simples empresarios de sí mismo, con inversiones e ingresos “y no como efectos de los mecanismos económicos que los ligan a una inmensa máquina de la que no son dueños” (Foucault, 2007, p. 271).

Se puede decir entonces que, la genética y su adecuada transmisión son elementos homogeneizables que se logran a través de la educación, la formación y la transformación del espacio vital, bajo la lógica económica, médica y política y a disposición del capital. La vida misma, en este sentido, deviene económica bajo el amparo neoliberal, así todo elemento contextual de la población queda inmerso en este orden, por lo que el *Homo oeconomicus* es digno de ser intervenido, invertido y potencializado. En este juego, el empresario de sí cumple con la descripción de que el neoliberalismo debe ser más que una idea, una concepción de vida. En consecuencia, el sujeto se vuelve así una agencia de la lógica capitalista en su fase neoliberal, que la reproduce desde él hacia ese exterior que se transforma gracias a él. Esto es también una economía del poder y del gasto de la fuerza a emplear, ya que permite a la empresa ahorrar esfuerzos, el sentido de pertenencia promulgado por éstas es una muestra de ello; por este motivo, los sujetos se ven envueltos en redes informacionales, en nodos que conectan con la empresa para su eficacia.

Una de las formas de agenciar y gestionar este flujo de información en el espacio es la formación de los trabajadores, para que se constituyan en sujetos dóciles que amen la empresa, como ética del nuevo modelo de sociedad. Pero, es este flujo de información y tecnificación de los trabajadores, como de los conocimientos más profundos sobre los sujetos, el cual sigue estando bajo la mirada segmentaria de los especialistas que, por un lado, analizan los espacios sociales y por el otro, a los sujetos que los habitan, desconociendo la red de relaciones económicas, políticas, históricas y sociales. Excluyendo, dice Lefebvre, el concepto de producción del espacio, negando la posibilidad de comprender así el sujeto contemporáneo, por eso Cavalletti (2010) habla de espacio población como categorías inseparables. En efecto, la empresa extiende su dominio al espacio social circundante de cada uno de los trabajadores o de los *cerebros cooperantes*, y, para esto, varios nuevos saberes crean teoría en torno a los espacios para la idoneidad máquina. El coaching, la mentalidad empresarial y el neuromarketing son ejemplos de estas técnicas discursivas subjetivizantes, que moldean el *homo oeconomicus*.

La hipótesis general es que la localización espacial forma parte de la política de la empresa y que esta política viene determinada, fundamentalmente, por la inserción de la empresa en el sistema productivo. Esta inserción se expresa, esencialmente, en tres planos: *técnicos*, *ligazón económica* específica al problema tratado (el *espacio*, en este caso) y *posición relativa de la empresa* en relación a las otras unidades de producción (Castells, 1982, p. 168).

En suma, la empresa y su lógica se caracteriza por esta nueva intención de la captura de los flujos en la ciudad (energéticos, capital e informáticos), como de la creación de espacios para gestionarlos. El trabajador y los sujetos se vuelven entonces un nodo de la lógica de la empresa, que se dispersa en el espacio manteniendo el nexo con la máquina, y minimizando los Estados bajo la lógica soberana mundial, ello implica que los espacios contemporáneos controlados *tienden a ser espacios homogeneizados*, que tras su virtualidad se esconde la repetición (ya se ha hablado aquí de los espacios turísticos) y, además, hay que decir que bajo la lógica de la empresa y la producción lo anómalo es un punto que siempre se tendrá en cuenta (Lazzarato, 2006, p. 111), porque es precisamente ese elemento sobre el que se genera la administración del biopoder, sobre las acciones posibles, así, el trabajador como el desempleado están en constante relación y medición de las desgracias para la corporación, lo cual demuestra su capacidad de prevención y de gestión de los momentos catastróficos, es por ello que, “la localización espacial forma parte de la política de la empresa” (Castells, 1982 p. 168) y la empresa es el modelo paradigmático del neoliberalismo, y la seguridad el elemento central de la biopolítica.

No hay lugar a dudas, el espacio reproduce la explotación del hombre, permite su manejo y facilita el control sobre la población, controlando al sujeto desde su comportamiento, a partir del medio como una probeta o un terrario en donde se cultiva la idoneidad en los cuerpos. La lógica de la ciudad y del espacio son lógicas correspondientes a la nueva soberanía global y, sobre todo, a la reproducción de espacios del ocio que son los sistemas operativos repetitivos sobre el *kernel*, esto quiere decir que, detrás de los espacios de ocio se esconde otra realidad, el desecho del espacio, el desplazamiento, el residuo de haber montado la ficción y el simulacro. El *kernel* en la sociedad actual es el principio racional de idoneidad, creado por el agenciamiento neoliberal del capitalismo mundial integrado, signo de las conductas éticas y morales, de hombres virtuosos cuidadores de sí.

Pasemos a mirar esta lógica neoliberal global y su relación con el espacio.

3.3 Capitalismo Mundial Integrado (CMI) e imperio

Negri y Hardt le llaman al capitalismo contemporáneo Imperio. Esta maquinaria imperial evidencia el cambio de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, como ya se pudo ver. Argumentan que, en las sociedades de control esos mecanismos de dominio de las sociedades disciplinarias se vuelven mucho más «democráticos», distribuidos por los cuerpos y las mentes de los ciudadanos (Negri, & Hardt, 2001). De este modo, los sujetos interiorizan la exclusión y la lógica de esta maquinaria, como se ve por ejemplo con el *homo oeconomicus*, su idoneidad y el capital humano. En cambio, cuando el poder llega a ser completamente biopolítico, la maquinaria del poder invade el conjunto del cuerpo social que se desarrolla en su virtualidad. Esta relación es abierta, cualitativa y afectiva, por la sencilla razón que es acogida por los sujetos, adoptando las cualidades, e incluso, deseando ser el modelo de sujeto creado de manera simbólica por el neoliberalismo (Negri, & Hardt, 2001). Esta lógica imperial convierte la sociedad global en un solo cuerpo, bajo una lógica de mando y una idea de vida, que tiene como objetivo la gestión de la multiplicidad y la pluralidad de las poblaciones, especialmente las urbanas, en tanto elemento productor por excelencia.

Es por esto que la biopolítica solo se puede dar en un ámbito de libertad donde la ciudad tiene la función de servir a la acumulación capitalista (Negri & Hardt, 2001), con la intención de extenderse en todos los planos, espacios, medios y territorios posibles. “Las grandes empresas industriales y financieras, multinacionales y transnacionales comenzaron realmente a estructurar biopolíticamente los territorios del globo” (2001, p. 52). En este juego, el empresario sí cumple con la intención ética, en la medida que el neoliberalismo en tanto práctica y discurso ha logrado copar el planeta, a través de la estrategia de subjetivación y de desterritorialización, en un proceso de guerra constante en un estado de naturaleza globalizado. Bajo este imperativo de las leyes de mercado capitalistas, las ciudades no son más que espacios constituidos como nodos y anexados a la lógica global; gracias a estos espacios copados por la razón neoliberal, el sujeto se vuelve una máquina replicadora de la lógica capitalista de aquella máquina abstracta, esta lógica se reproduce desde él hacia ese medio natural exterior que se transforma gracias a él y en el cual se siguen reproduciendo subjetividades que producen el espacio y, en él, los nuevos cuerpos cooperantes quedan integrados a la ley del mercado.

Veníamos hablando de esa nueva forma de entender el funcionamiento de la economía política, como un nuevo arte de gobernar biopolítico sobre el espacio urbano, el cual nace de las crisis gubernamentales estatales que se dieron a mediados del siglo veinte y de donde surgen propuestas económicas, como el Keynesianismo y el neoliberalismo; como también el conservadurismo fascista y el discurso prometedor de la salvación a el crack económico, este acontecimiento económico abonó el terreno para el ascenso del nazismo, por poner un ejemplo. En ese contexto, y ante el eminente cambio que se veía venir por parte del neoliberalismo ¿Cómo podemos entender el funcionamiento actual de la política y la economía a escala global y el nuevo espacio soberano? ¿Qué propuestas pueden ser las más lúcidas para pensar el espacio global y su relación con los espacios urbanos? A mi modo de ver, el análisis contemporáneo se ha centrado en los viejos esquemas políticos de la modernidad, partiendo desde los análisis éticos y pasando por lecturas contractuales globales, siendo esto un anacronismo que no permite percibir el real funcionamiento de eso que es la dinámica de la soberanía global y la disposición del poder, los discursos dominantes y los dispositivos de control. Guattari, Negri y Hardt nos ofrecen dos teorías que son en esencia correlativas y permiten dilucidar mucho más aquellas tecnologías de poder neoliberal detrás del biopoder, en la gestión del espacio global, entendido esto, como el nuevo paradigma de funcionamiento del capitalismo, que lo conduce a ser un imperio en todo el sentido político y económico.

“Sólo en la segunda mitad del siglo veinte las corporaciones financieras e industriales multinacionales y transnacionales comenzaron, realmente, a estructurar biopolíticamente territorios globales” (Negri & Hardt, 2001, p. 73). El capitalismo contemporáneo está dotado de una gran fuerza de actuación, acompañado de una *ramificación de sus centros de poder*, como de distintas fuerzas de lucha condensadas en el espacio global; además, refleja un interés, el cual no es más que de orden económico, de control y de producción en todos los niveles de la esfera social.

El capitalismo contemporáneo puede ser definido como capitalismo mundial integrado: 1. Porque sus interacciones son constantes con países que, históricamente, parecían haberse escapado — los países del bloque soviético, China, los países del Tercer Mundo. 2. Porque tiende a que ninguna actividad humana, en todo el planeta, escape a su control (Guattari, 2005, p. 43).

Ninguna actividad humana escape a los dispositivos de control biopolítico, agenciados por el Capitalismo Mundial Integrado (CMI), y que la inmensidad del planeta pareciera haberse disminuido, a partir de la ramificación de centros de poder que generan una red coordinada por una idea generalizada, en este caso, es el Capitalismo Mundial Integrado y su soberanía los que determinan el sentido de los espacios y, también, de la producción subjetiva.

Ahora bien, siguiendo las tesis de Negri y Hardt, vemos que la transformación ha sido radical y desde que se presentó la idea de unos derechos humanos globales auspiciados por la Organización de las Naciones Unidas, nace una idea legislativa de lo bueno a escala planetaria, los derechos humanos, y una técnica de poder global, el intervencionismo como un elemento clave para llevar el buen mensaje, aunque esta intención implica la máxima misma del negocio y la ganancia ya que, como se vio, toda razón de Estado busca su máximo beneficio. Para Agamben, el trasfondo de los derechos del hombre es la nuda vida, en el caso de los derechos humanos se podría aplicar la misma interpretación, pues, es con base a los campos de concentración y de la vida abandonada (2010, p. 160), sentenciada a morir, que se pueden dar los derechos humanos, en el caso contemporáneo se edifican las normas globales sobre la base de una soberanía global, cuyas relaciones internas de lucha generan exclusiones, lo cual obliga a campos de concentración de las vidas excluidas, bajo las disputas geoestratégicas del orden global (pensar en los inmigrantes y en los refugiados).

Esto conlleva una era de técnicas policivas y de leyes que actúan siempre en pro de la prevención. Ayuda mucho a este panorama el discurso antiterrorista, digno de un pensamiento alineado al axioma moral del capitalismo, que trata de evangelizar y regular lo que se salga de su lógica económica, y no buscar las raíces profundas de problemas tan complejos, como los de Medio Oriente, América, África, por mencionar algunos.

El concepto de imperio es presentado como un concierto global bajo la dirección de un único conductor, un poder unitario que mantiene la paz social y produce verdades éticas. Y para alcanzar estos fines, al poder único se le otorga la fuerza necesaria para conducir, cuando sea necesario, “guerras justas” en las fronteras, contra los bárbaros, e internamente contra los rebeldes (Negri, 2001, p. 55).

Así que, aquella guerra justa es realizada también, porque el capitalismo mundial integrado, dirigido por el imperio, –que en el texto de Negri y Hardt no remite a un país, es más bien la

urdimbre en la red del poder soberano global que determina tanto las políticas como la vida misma de los sujetos –ha tenido el auspicio de la Organización de las Naciones Unidas, quienes con toda la teorización dieron pie a esta forma de imperio que sobrepasa la fuerza de los Estados nación y se descentraliza de su poder. Negri y Hardt dicen, a propósito de las naciones unidas: “En las ambiguas experiencias de las naciones unidas comenzó a tomar forma el concepto de imperio” (Negri, 2001, p. 52). Mientras sucede esta transformación, se entiende que, por necesidad, el Capitalismo Mundial Integrado tiene una forma de proceder que llega a entenderse como un doble movimiento, éste en esencia es correlativo, es decir, que el uno implica el otro:

- una desterritorialización de los modos locales de semiotización de los poderes; modos locales, que caen de esta suerte bajo el control de un sistema general de inscripción y de cuantificación del poder;
- una reterritorialización de este último sistema en una formación de poder hegemónica: la burguesía de los Estados-nación. (2005, p. 61).

Por lo tanto, el poder siempre está en un doble movimiento, mientras, por un lado, éste se ramifica e invade, por el otro, acentúa leyes y determina la vida del hoy por hoy, resquebrajados Estados nación, en conexión con las élites que los controlan. Lo anterior, implica una desterritorialización del poder que antaño, por ejemplo, habían tenido los Estados cerrados en su poderío contractual y su aparato militar, que se resguardaba de las guerras con los países vecinos. Esto cambia, como bien lo hemos señalado anteriormente, en esas crisis gubernamentales, cuando el poder no podía sustentarse sólo en el aparato estatal; he aquí la desterritorialización, se deja este funcionamiento a los centros económicos, corporaciones de seguridad social o policial y, sobre todo, a los medios de comunicación que ayudan a mermar la influencia del control social y del nuevo poder gubernamental global y la forma contemporánea de capitalismo (CMI), para que el mensaje ético, del *homo oeconomicus*, siempre llegue al máximo de cerebros receptores.

No obstante, vemos esa desterritorialización que se reterritorializa en el aliado más importante que puede tener el imperio: las pequeñas grandes élites de los países, dispuestos a fundar allí grandes centros de generación de producción, pero estas élites no serán los centros de poder y, como bien lo señaló Guattari (2005), los países más desarrollados tendrán así zonas de miseria extrema y los países subdesarrollados tendrán zonas de hiperdesarrollo. Un ejemplo de ello son los procesos de gentrificación en países Occidentales y los lugares de esclavitud por

deuda de los países del tercer mundo, donde se evidencia toda una cadena de mandos, que comienza desde una multinacional y termina en procesos de trabajo intensivo en países en vías de desarrollo, como India, Pakistán y Brasil, por mencionar algunos (Becucci, 2006). No hay que olvidar que, de esta manera es cómo el poder global actúa en ese movimiento de flujos múltiples y de estrategias sobre el espacio, por lo que los procesos de producción espacial del capitalismo en los países desarrollados, no dejan de llamar la atención.

Detroit y Medellín son evidencia de ello, zonas de extrema pobreza colindando con flujos de capital internacional, como muchas ciudades a lo largo del globo, incluso, el capital mafioso transnacional es muestra de ello, en tanto se mueve en un espacio liso, delincuencial y nómada. La historia de este movimiento es la historia misma de la industrialización y las condiciones de miseria en las que se encontraban los barrios obreros, los guetos o las zonas deprimidas de tolerancia e indigencia. Parece ser que, por tanto, los flujos del capital transnacional y el movimiento maquínico que lo genera, no está exento de los desechos humanos.

En suma, este movimiento de la producción capital global de la nueva soberanía mundial, crea lugares en la ciudad que funcionan como vertederos de los desechos humanos, que esta misma lógica productiva genera, de este modo, resulta interesante cómo Bauman habla de estos espacios destinados a sujetos “desechables” –esto tiene gran coincidencia con el campo de concentración como espacio central de la nuda vida, como dispositivo biopolítico–. Un ejemplo de esto se puede observar en las víctimas refugiadas y desterritorializadas a causa de las guerras globales por el petróleo en Oriente Medio, por poner un ejemplo. De este modo, según la ACNUR, a los refugiados se les debe producir un espacio, en este caso, el campo de refugiados es el vertedero o el lugar que funciona como limbo sin Estado.

No es fácil calcular gran parte de lo que se gasta para proteger y asistir a los refugiados. Los gobiernos de acogida contribuyen de manera muy concreta a su protección, por ejemplo, asignando terrenos para la instalación de los campamentos y asentamientos de refugiados y suministrando la infraestructura local necesaria para atender a la población refugiada. Aunque es difícil cuantificar este tipo de aporte, los gobiernos de acogida también son gobiernos donantes y deben ser reconocidos como tales. Otros gobiernos ofrecen ayuda en efectivo o en especie a los países que reciben refugiados. En algunos casos, también proponen cuotas de reasentamiento. Todo esto es indispensable para la solidaridad internacional y la repartición de las responsabilidades en materia de protección de los refugiados. (ACNUR, 2001, p. 112)

Esto se da porque a la migración en el mundo contemporáneo se le ha creado una matriz de estigmatización y xenofobia, donde el extraño es tratado como un potencial terrorista o aquel mensajero de la guerra es visto como un problema, siendo indeseado, como si sufriera de una enfermedad contagiosa. Sobre el campamento de refugiados llaman la atención dos cosas, que en dicho informe de la ACNUR quedan consignadas, en primer lugar, que los que allí se encuentran generalmente están supeditados al orden interno de jerarquización en el cual, los más fuertes mandan sobre los demás, como de la gestión de las ayudas humanitarias y, en segundo lugar, que la salubridad y la higiene son de alto riesgo. A esto hay que añadir que con la figura de “campamento de refugiados” se “reparte la responsabilidad” de las decisiones políticas y económicas sobre los territorios y sus daños colaterales a la población, en una acción humanitaria basada en la culpa.

“El criterio fundamental, a la hora de escoger la ubicación de sus campamentos permanentemente temporales, consiste en una distancia lo bastante grande como para evitar que los efluvios venenosos de la descomposición social alcancen lugares habitados por su población autóctona” (Bauman, 2005, p. 103). Bajo este mismo criterio, Bauman muestra las cárceles como los lugares donde van a parar los delincuentes, llevados por las condiciones extremas que impone el capitalismo mundial integrado y el discurso de competitividad del modelo empresarial del *homo oeconomicus* en el que los «perdedores» se vuelven un desecho para la sociedad.

Para salir de la miseria, y al estar arrinconados sin oportunidades, los parias, la nuda vida, el bando, recurren a infringir la ley en un intento de subsistir en un espacio constante de hostilidades y competencia, convirtiéndose así en un homo sacer. Ahora bien, el gueto, o los barrios obreros y pobres no son concebidos como el barrio de trabajadores, sino que corresponden a esos espacios de cuarentena de aquellos sujetos residuales y desechados que hacen tambalear las creencias más profundas de la democracia, la libertad y la competitividad, máximas del Capitalismo Mundial Integrado. Los *vertederos espacializados* son así “Mecanismos de pura relegación social” (p. 103) y de contención de la realidad que se quiere ocultar.

El capitalismo contemporáneo no se fundó en lo que antes podría haber sido el amor a la tierra donde se nació, a las tradiciones étnicas, costumbres o tradiciones religiosas, y cada vez menos, a las ciudades mega-desarrolladas, o a las filiaciones burocráticas y de clase. “Estos espacios están confeccionados tanto a escala planetaria como a escala microsocia y microfísica.

El sentimiento mismo de «pertenecer a algo», a la par que el propio «marco vital» parece ser el resultado de una especie de producción en cadena” (Guattari, 2005, p. 79).

Por lo tanto, como ya se ha mencionado, el poder del Capitalismo Mundial Integrado no estaría localizado en ningún centro de poder, ramificándose siempre por todos lados, dejando un margen de libertad necesario para su operación (la acción sobre las acciones posibles de los individuos), y para tal fin le ayudarían los dispositivos disciplinarios, como la escuela, la fábrica, la cárcel, el manicomio y el hospital, además están los dispositivos biopolíticos: los medios de comunicación, la asistencia social, el deporte, la seguridad social, la medicina y determinados discursos (Foucault, 2006); todos ellos con el fin de modelar la vida de cada individuo, justamente cada cerebro actuaría en pos de la máquina axiomática del CMI, siguiendo los signos creados desde allí (Guattari, 2005, p. 37), esta microfísica del poder se basa en la ética promulgada por la máquina abstracta organizadora, el miedo y la seducción (el deseo) como elemento estratégico del CMI.

Efectivamente, los individuos en este espacio urbano biopolítico son llamados a participar de estas decisiones del Capitalismo Mundial Integrado y su racionalidad; Guattari, en concordancia con Lefebvre, lo explica acertadamente cuando habla de que cada engranaje de poder existente en la escala social, es reproducido por la población y los dispositivos, así se ve garantizada la vida de este sistema, y cuando los signos son reproducidos por todo el capital viviente, y son dispersados por todos los agentes de poder representativo que puedan existir en las sociedades, el signo se reproduce (Guattari, 2005). Es así como el discurso de empresarios, repetidores de los signos económicos, debe ser insertado y repetido en las escuelas, en los hospitales, en gobiernos locales y en los sujetos de una sociedad que amplifican la idea de la axiomatización imperialista, potencializada desde los medios de comunicación de masas y el avance de la web, el modelo de desarrollo neoliberal, la arquitectura y el fetiche del espacio.

La semiotización del capital se ha dotado, cada vez más, de medios para estar en condiciones de detectar, de cuantificar y de manipular las valorizaciones concretas de poder y, de tal suerte, no sólo sobrevivir, sino proliferar. Sean cuales fueren las apariencias que reviste, el capital no es racional. Es hegemónico. No armoniza las formaciones sociales, sino que ajusta por la fuerza las disparidades socio-económicas. Antes que una operación de beneficio, es una operación de poder. (Guattari, 2005, p. 71).

Y éste es ante todo un poder sobre la vida o un poder que tiene como función tener un estándar de capital que, antes que nada, nace de los valores de cambio y de las relaciones de poder inherentes a las relaciones sociales. Guattari llama a esta homogeneización de capital, *red de equipamientos del capital* (2005, p. 78). Primero que todo, el capital ha venido moldeándose por una semiotización que trata de ejercer el poder lo menos posible, y esto lo logra creando unas reglas muy concretas, donde los diferentes dispositivos maquínicos tienen la obligación de obrar y generar unos resultados que permitan el crecimiento del axioma o la idea hegemónica del capital, que es la misma del Imperio. Este último y el capital corren juntos, uno es ante todo la idea de intervención jurídica y policial, una máquina que impone procedimientos jurídicos, “una máquina que crea un continuo pedido por la autoridad” (Negri y Hardt, 2001, p. 58); el otro es el Capitalismo Mundial Integrado, éste opera por medio de signos que generan cierta producción, actualización, desterritorialización y territorialización de flujos, signos y cortes, o como bien lo sostiene Guattari: “En principio, «la sociedad entera se torna productiva: el tiempo de la producción es el tiempo de la vida»” (2005, p. 100). Aquí se percibe la relación tan importante entre el tiempo y la producción subsumidos, por los equipamientos del capital y una sociedad de consumo.

El poder es ahora ejercido por medio de máquinas que, directamente, organizan las mentes (en sistemas de comunicaciones, redes de información, etc.) y los cuerpos (en sistemas de bienestar, actividades monitoreadas, etc.) hacia un estado de alineación autónoma del sentido de la vida y el deseo de creatividad. (Negri y Hardt, 2001, p. 66).

He aquí el punto más primordial, el cual puede ser aclarado a través del concepto de biopolítica. El sentido de creación se ve disuelto sabiendo que es un elemento central para el hombre libre y autónomo, en el momento de hacer una obra de arte, ingeniarse nuevas formas de relación e improvisar a lo largo de la vida, de este modo, amputada la creatividad el sujeto es llevado, necesariamente, a un sentido de la existencia que será, ante todo, una reproducción de la semiotización del capitalismo. “El poder es entonces expresado como un control que se extiende por las profundidades de la conciencia y cuerpos de la población y al mismo tiempo a través de la totalidad de las relaciones sociales” (Negri y Hardt, 2001, p. 67).

Hemos visto que, a nivel global surgió todo un cambio de perspectiva a la hora de plantearnos la pregunta por ese nuevo funcionamiento. Las máquinas del capitalismo contemporáneo se han puesto en marcha y, como un imperio, han colonizado zonas espaciales y

mentales. El capitalismo no tiene centros de poder, Norteamérica no es más que uno de los tantos intereses de aquello que se comenzó en 1945, después de la segunda guerra mundial. Sabemos, por lo aquí expuesto, que los medios de poder central son más difusos, no obstante, reconocer este funcionamiento puede permitir reconocer sus debilidades, y aprovechar los espacios de libertad que son creados en el interior de este sistema maquínico.

Por consiguiente, podemos decir que es un sistema acéfalo, en el cual los medios de comunicación y los dispositivos biopolíticos ayudan a configurar las mentes y los deseos. Este proceso de subjetivación no podría ser efectivo, sin la configuración espacial de un nuevo poder global y la adopción, por parte del neoliberalismo, de la gubernamentalidad poblacional, siendo uno de los elementos centrales la seducción. Hay que señalar que esto no quiere decir que sea un sistema absoluto y sin salida, todo lo contrario, el control opera con un margen de libertad, en un movimiento de doble vía. Este poder global del Capitalismo Mundial Integrado tiende a economizar sus fuerzas ocupando lugares estratégicos para gestionar los flujos, y por el otro, tiende a ser totalizante porque parte de una concepción de poder soberano y policivo a escala global, allí se podrían mencionar los intereses que tienen las grandes corporaciones en la legislación de los Estados, que configuran a su vez los tratados internacionales, demostrando que el interés privado ocupa los espacios decisivos de la política contemporánea.

Bauman, en *Vidas desperdiciadas* anota cómo cada vez más la criminalidad ha adoptado un poder que sobrepasa los Estados nación, además, señala que sus recursos superan el presupuesto de las naciones. Muchas de las corporaciones recurren a prácticas ilegales para lograr sus objetivos y eso incluye casos de corrupción que carcomen el aparato de Estado, configurando un aparato mafioso. Es evidente que Bauman está señalando que la actual forma de operar de la economía corporativa está basada en el crimen, en tanto su operar biopolítico se basa en la gestión de la vida de cientos de personas, aún, agotando su fuerza vital, arrinconándolas en lugares de desecho (2005). La premisa que parte este autor consiste en que el actual sistema económico es consciente del daño a las vidas humanas; de hecho, cientos de lugares reservados a los desechos humanos de la maquinaria productiva global que ocupa los espacios, dan cuenta de una lógica de desecho y reciclaje en el Capitalismo Mundial Integrado. En este sentido, tanto la ética competitiva como el *homo oeconomicus* ponen de manifiesto un escenario bipolar, que, si bien seduce, también genera un fuerte sentimiento de miedo y ansiedad.

4. MIEDO Y ESPACIO EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

Estamos en una sociedad del terror y del discurso de la seguridad. Después del 11 de septiembre de 2001, con el atentado en Estados Unidos a las torres gemelas, ha habido una escalada de ataques inesperados y múltiples a lo largo de Europa y Estados Unidos. La agudización de los conflictos en múltiples espacios del planeta (Oriente medio, por ejemplo), el surgimiento del Estado Islámico (Daesh), la guerra por el petróleo que tiene como mira a Irán y otros países como Siria, en una guerra geoestratégica por recursos y fuentes energéticas, unido a la creciente influencia de Arabia Saudita e Israel, peleando de la mano por un Oriente que favorece los intereses geopolíticos de Estados Unidos y del sector petrolero en la región, lo cual ha hecho que el miedo y el sentimiento de amenaza sea un determinante en los países Occidentales, de modo que el musulmán lleva consigo el signo de terrorista.

En Estados Unidos, a modo de ilustración, el discurso racial de Donald Trump evoca los años del fascismo de Hitler, el discurso de este presidente se basa en señalar al latino y al negro, como aquel *otro* que está dotado de un virus que nos puede comer o devorar, haciendo desaparecer un yo puro limpio y perfecto. Así, por ejemplo, el otro, el latinoamericano y el negro no son más que zombis²⁵, que no solo ponen en peligro nuestro cuerpo, sino que nos infectan haciéndonos parte de él. A esto, hay que añadir que cuerpo y espacio, como lo hemos visto con Cavalletti al hablar sobre la población, constituyen una unidad en el que el medio es introyectado en el cuerpo población con objetivos claramente políticos. De ahí, la acción de la producción del espacio y la reproducción de los valores hegemónicos en que el miedo es un elemento central.

En Latinoamérica, el miedo ha servido de pretexto para posicionar, como en el caso de Trump, las posturas más radicales y conservadoras del espectro político, de la mano de grandes intereses económicos de las élites ancladas a poderes locales. No es gratuito que el discurso de *Seguridad Democrática*, impulsado por Álvaro Uribe, sea una de las políticas más populares, en la cual el centro discursivo de su mandato era la seguridad militar para la inversión, la movilidad de capital y recuperar partes del país para hacer frente a la guerrilla que había terminado sin éxito,

²⁵ Para la relación del zombi con el miedo, ver *Filosofía Zombi* (Gonzalo, 2016).

los diálogos en San Vicente del Caguán (Caquetá), con el presidente Andrés Pastrana, ahí, el discurso antisubversivo era la política principal y la militarización, la vigilancia y zozobra eran los dispositivos utilizados. Cabe resaltar que, esta política a nivel internacional fue criticada por su permanente violación de los derechos humanos. Como en aquella época, en la actualidad política colombiana, el miedo a la incertidumbre es uno de los sentimientos que más utilizan los partidos tradicionales para hacer política. Así, la figura y el signo del *castrochavismo*²⁶ y de todo aquello que represente posturas progresistas, críticas al modelo económico y a la tradición política. Esta razón de gobierno recuerda a las políticas anticomunistas de la Guerra Fría, las cuales ocasionaron, en gran medida, el conflicto del que se quiere salir en la Colombia actual. Por la década del sesenta, la Doctrina de Seguridad Nacional y el plan LASO fueron culpables del nacimiento de varias guerrillas, en un claro control de Estados Unidos sobre el territorio del sur del continente.

De este modo, el miedo es un determinante actual en la política, sus usos, su funcionamiento por parte del aparato gubernamental son innegables, pues esto le permite organizar los cuerpos en un espacio social, siendo el medio urbano el escenario mayor de inseguridad en el globo. Los medios de comunicación, las empresas y el marketing encuentran en este sentimiento una posibilidad de generar recursos. Por ejemplo, se encuentran numerosas menciones en el cine juvenil de los últimos años, con un cine distópico y postapocalíptico, y cientos de personas en el mundo se preparan para aquel momento catastrófico, por lo que la inseguridad hoy en día es normal y las políticas y dispositivos de seguridad son necesarios y justificados.

A través de la industria del cine tiende a generarse un escenario de miedo, en que el futuro, hablando del cine distópico, siempre va a ser cada vez peor. El miedo, como retórica biopolítica de la razón neoliberal, es un elemento imprescindible en la configuración del espacio urbano. Por ello, cobra relevancia para la filosofía analizar el miedo y su gran fuerza de organización espacial, como su fuerte utilidad para los mass media, el marketing, el aparato

²⁶ Castrochavismo es una palabra utilizada por la Derecha, representada por el expresidente Álvaro Uribe Vélez, para designar todo aquello que represente valores socialistas, comunistas, progresistas o de crítica al establecimiento, siempre de una manera peyorativa.

gubernamental y la razón neoliberal que, como se mostró, necesita de un escenario en que las fuerzas estén siempre en conflicto.

4.1 Seguridad y época desequilibrada

Ahmed (2014), hablando del Leviatán de Hobbes y de Maquiavelo, muestra algo que llama la atención, la idea de soberanía se fundamenta en el miedo, sin el discurso de inseguridad no se podría configurar el cuerpo estatal que protege, bajo esa figura del soberano y del miedo a las leyes y al castigo, un aparato estatal. En concordancia con esto, Foucault en la genealogía que hace de la ciudad en *Seguridad, territorio y población*, también muestra el avance de las artes de gobernar, haciendo énfasis en la seguridad y en la disciplina (Biopoderes). Ahora bien, la actualidad política, la época del neoliberalismo parece fundada por completo en la inseguridad, de esta forma, Foucault da a conocer el funcionamiento de los distintos dispositivos en las diferentes formas de gobernar o tecnologías de gobierno que se actualizan en el ejercicio gubernamental.

También hemos mencionado a Cavalleti y a Agamben, quienes exponen el miedo y la inseguridad como elemento central de política de Occidente, en el que la multitud es vista como una masa peligrosa en estado de naturaleza. Por ejemplo, el gran salto que hay del discurso de soberanía al discurso de la seguridad, es una correlación de dos prácticas de poder que se necesitan para existir: por un lado, el absolutismo estatal promete seguridad y, por el otro, hay un discurso sobre la amenaza perpetua, ofreciendo los elementos necesarios para que todo cuerpo y sujeto inseguro que sienta miedo, pueda al menos mermar la intensidad de aquellas sensaciones incómodas, recurriendo a dispositivos de seguridad. La responsabilidad ya no cae así en el Estado, sino en el sujeto (como se vio en la idea del *homo oeconomicus* y el neoliberalismo). El Estado, por otro lado, se alimenta del miedo y lo utiliza como instrumento para lograr objetivos políticos.

Deleuze le llama a este momento de la historia *sociedades de control*, el término en realidad viene de William Burroughs²⁷, el cual hace una reflexión y categorización de una sociedad de control, allí enumera que, por ejemplo, el control quiere siempre ventaja, se cuida de no ser demasiado agresivo, de controlar un espacio, de calcular sus fuerzas, de operar siempre por oposición, de trabajar con el lenguaje y los medios de comunicación. En el escrito *Post-scriptum sobre las sociedades de control* (1996), Deleuze resume cuáles son las características de estas sociedades, haciendo una descripción de la propuesta de Foucault y del paso que existe de la sociedad disciplinaria a la Biopolítica, la seguridad o el control.

No cabe comparar para decidir cuál de los dos regímenes es más duro o más tolerable, ya que tanto las liberaciones como las sumisiones han de ser afrontadas en cada uno de ellos a su modo. Así, por ejemplo, en la crisis del hospital como medio de encierro, es posible que la sectorialización, los hospitales de día o la asistencia domiciliaria hayan supuesto en un principio nuevas libertades; ello, no obstante, participan igualmente de mecanismos de control que no tienen nada que envidiar a los más terribles encierros. No hay lugar para el temor ni para la esperanza, sólo cabe buscar nuevas armas. (Deleuze, 1996, p. 248).

Siguiendo el argumento de Deleuze, se podría decir que esta sociedad del miedo se basa en la libertad, la amenaza y el signo que se replica e inculca en las personas, como medio de organización y disposición de las subjetividades. El argumento de Foucault en *Vigilar y castigar* se centra en que las sociedades disciplinarias castigaban el cuerpo y lo organizaban de una manera específica, pero, como toda tecnología de poder, buscaba siempre economizar sus fuerzas; de esta forma, el dispositivo del panóptico le impele al cuerpo a comportarse de cierta manera, adoptando una postura, aunque en la torre del centro de vigilancia no haya nadie. El biopoder es un elemento central capaz de ordenar la multitud (Cavalletti, 2010). Esta idea de introyectar el policía y la cámara de vigilancia, a partir de un contexto de inseguridad es un novedoso proceso de subjetivación moderno que no necesita encerrar el cuerpo individual, sino que recurre a la reconfiguración del comportamiento, a través del hecho de sentirse vigilado.

Contrario a esto, las sociedades de control tienen un signo que es aprehendido por los sujetos. Dice Ahmed (2014), que este miedo no proviene del interior del sujeto, sino que es algo siempre externo (el signo) que busca envolver los cuerpos, formar las pieles y las fronteras y ubicar determinados cuerpos en ciertos espacios. Este medio, organizado por el signo, es

²⁷ *Los límites del control* (Burroughs, 12 de mayo de 2016).

entendido como aquella razón neoliberal, que determina de manera biopolítica el lugar de poblaciones e individuos en competencia. Este discurso se nutre de un estado de guerra global en el que hay ideas relacionadas a prejuicios sociales y nociones preestablecidas que organizan el espacio urbano, ayudados por discursos médicos y biológicos. Pero este miedo viene de historias pasadas, de asociaciones que van creando determinadas nociones, siempre es un elemento social con usos políticos y económicos, como se ha intentado mostrar aquí.

En esta lógica, el cuerpo teme al mundo, e involucra relaciones de proximidad que son cruciales para establecer la organización de los cuerpos (Ahmed, 2014, p. 107). El ejemplo que aparece en *La política cultural de las emociones* es sobre un hombre negro sintiendo miedo, siendo configurado por aquel niño que lo mira y le teme gracias al signo construido del prejuicioso. Por un lado, uno teme por el signo y, por el otro, porque ha sido configurado por ese signo, por la narrativa que presignifica a un cuerpo de un color distinto y lo dota de sentido para el niño, aunque el hombre negro se da cuenta que ha sido localizado, organizado y construido. Por esto teme. Esta tesis de Ahmed permite ver cómo el miedo configura cuerpos, a través de la retórica del peligro y de lo nocivo que los localiza y produce, esta retórica tiene un trasfondo biológico-político del cuidado del cuerpo social, que integra para separar en una acción de inmunización que ha dado lugar a campos de concentración.

Producir cuerpos de esta manera es una característica de la sociedad mundial actual, aunque no sólo se teme al negro, el extraño desconocido, hoy, es también temido. Guattari llama a esta sociedad *Capitalismo mundial integrado*, en tanto su red de nodos de control se expande por el mundo, la cual se utiliza, por ejemplo, en los países Occidentales, que se da en la producción de cuerpos a través del discurso, como elemento de la economía de poder gubernamental del neoliberalismo. Es en este caso que el discurso del terror toma forma. Esto implica decir que, “Toda la población se volvió una red de nerviosismo, una red neuronal distribuida registrando en masa cambios de cantidad, en un estado de desconcierto total” (Massumi, 2008). Las acciones se basan más en impulsos que en procesos racionales, esto es evidente en el consumo y en las decisiones políticas. De tal suerte que la nueva gubernamentalidad que está en manos de la razón económica global, apunta al sistema nervioso del cuerpo individual, por ende, a controlar la vida misma de la especie humana.

Al llegar al sistema nervioso, como bien lo expone Massumi (2008), esta sensación corporal no pasa por la racionalización subjetiva, sino que es pre-subjetiva, en el sentido que es una reacción acorde a un estímulo; aquella forma pre-subjetiva es poblacional, desplazando así el momento de la racionalización a un estado posterior, que hace todo el análisis del suceso. El miedo siempre está en una relación con el presente, pero la amenaza, como la inminencia terrorista, siempre está en una relación virtual, ellas dos, el miedo y la amenaza, son diferentes y permiten de esta manera que la población como objeto del poder pueda ser modulada, a partir de una fuga dinámica del miedo que se viene acumulando por la amenaza futura, esto lleva a que en un momento posterior recaiga en la racionalización y en un ejercicio de representación (Massumi, 2008, p. 8). Podemos decir entonces que, el miedo es inoculado. Además, al auto-reproducirse fácilmente el miedo (esto es lo que Massumi comprende como el carácter “ontogenético” del miedo), permite una economía de poder ajustada a la biopolítica del capitalismo mundial y de gran utilidad en la organización de ciudades con grandes cantidades de población, dotadas de infinidad de dispositivos de seguridad.

Para Ahmed, en esta época se concreta la edad de la angustia, siendo el miedo un instrumento actualizado de poder. Se podría decir que, uno de los elementos que permite entender la producción del espacio social, en la actualidad, es este miedo generalizado de una época en la que uno de los elementos predominantes es el discurso del terrorismo, esto se manifiesta en subjetividades temerosas, inestables y cambiantes, que buscan espacios en los cuales sentirse seguros, Roberto Espósito habla de relación comunidad e inmunidad, la *communitas* pone en juego la vida del cuerpo social en tensión con el cuerpo individual, la *immunitas* se presenta como instrumento defensivo y ofensivo:

De ahí tanto la necesidad como el riesgo implícitos en las dinámicas de inmunización, cada vez más extendidas en todos los ámbitos de la vida contemporánea. Cuando la inmunidad, aunque sea necesaria para nuestra vida, es llevada más allá de cierto umbral, acaba por negarla, encerrándola en una suerte de jaula en la que no solo se pierde nuestra libertad, sino el sentido mismo de nuestra existencia individual y colectiva. En otras palabras, se pierde la circulación social, aquel asomarse a la existencia fuera de sí que yo defino con el término *communitas*. (Espósito, 2009, p. 17).

El peligro que este autor señala es al contagio, de miedo al cambio en un afuera que se siente peligroso, de esto, se deduce que el cuerpo tiende a inmunizarse con el riesgo entre la casa y la ciudad, espacio de la nuda vida (Agamben, 2010), en esa esfera indiscernible de lo cotidiano

y comunitario toma potencia la tesis del miedo a la nuda vida nociva como cuerpo peligroso. De este modo, el miedo permite generar una fuerza vinculante, a través del sentimiento de temor en donde se encuentra la comunidad que siente miedo, esta misma sociedad temerosa es la que aprueba los gastos desmedidos en seguridad, el porte de armas, la vigilancia extrema en las ciudades, vigilantes nocturnos parailegales, bunkers y conjuntos amurallados. El patriotismo y los que huyen de los zombis, en las películas, son un ejemplo de ello, terminan encerrados en un intento de escape.

4.2 Miedo y amenaza

Ahmed (2014) dice que el miedo en el mundo actual, se debe a un escenario de daño futuro que puede afectar el cuerpo. La amenaza es un discurso conducido (no hay que olvidar los discursos nacionalistas, antiterroristas o de salud pública). Por ejemplo, apunta Massumi, que el avance de las tecnologías y de los mass-media, como la televisión y la internet, hacen posible una coordinación de los afectos. Su técnica de poder discursivo se basa en maximizar los acontecimientos catastróficos, por ejemplo, un ataque terrorista, y, a partir de ahí, desatar el sentimiento de amenaza futuro, basado en lo indeterminado.

De este modo, el sistema nervioso queda capturado por este sentimiento futuro. Esta futuridad de sentimiento se hace presente en el afecto. Massumi muestra cómo estas dos temporalidades, la del miedo presente y la de la amenaza futura, son temporalidades distintas. En términos de la construcción subjetiva, hay algo que es real y algo que es virtual: el sentimiento es real, la amenaza es virtual, supuesta e indeterminada.

Por consiguiente, la narrativa de la amenaza es indeterminada, con lo cual se puede decir que, al ser poco probable, no hay más que utilización de este discurso que ha logrado su efectividad a través de los *mass-media*. Argumentar que el tiempo virtual de la amenaza se vuelve real en el afecto, supone decir que la política de prevención es la política de la amenaza. Así las cosas, los cuerpos se configuran a través de dispositivos de prevención que adoptan los sujetos, a medida que crece el sentimiento, buscando por todos los medios protegerse. Las tesis de

Massumi (*Miedo dijo el espectro*, 2008), se sustentan en que la relación entre amenaza y miedo es infratemporal. Cuando el peligro se siente, se puede volver una conmoción en el sistema, es una línea de fuga, un miedo paralizante. Ocurre, entonces, una intensidad que sobrecarga el cuerpo y obliga a la detención de la acción, todo queda pausado en el tiempo, como los ataques de pánico que desestructuran el tiempo organizado y maquinado, también se cortan así los flujos que mueven el cuerpo y lo organizan a su vez en el espacio y en la red de relaciones que allí fluctúan, de este modo, la interrupción del sistema nervioso se presenta como un nuevo comenzar.

Toda vez que una acción específica se despliega, su comienzo todavía habrá estado sin distinción con el afecto, en esa vaguedad del sentimiento-acción-porvenir, en un momento de suspenso sin duración, en el tiempo deslizado de la amenaza. Entones habrá una conmoción en el sistema, cuya inmediatez desconecte el cuerpo del flujo continuo de sus actividades mientras lo suspende para un recomienzo. (Massumi, 2008, p.8)

Análogamente, se podría decir que el sentimiento de miedo y amenaza, permiten de este modo re-configurar los cuerpos, después de la vaguedad de este afecto se construyen las posibilidades de que los cuerpos son predisuestos a actuar, con respecto a los caminos que se muestran en las políticas gubernamentales e institucionales de la prevención. De tal modo, la amenaza ha logrado su efecto. El cuerpo suspendido comienza una nueva etapa de comportamiento y relacionamiento con los otros sujetos. Empero, el miedo puede volver con diferentes caras y presentarse con diferentes objetivos. No cabe duda que la utilización de este sentimiento en la política actual, toma una preponderancia en la política económica y social, principalmente, a partir de las políticas adoptadas después con la doctrina del enemigo interno y el atentado a las torres gemelas, que configuran una buena disposición de los ciudadanos a la vigilancia y la seguridad.

Estas relaciones de poder y con el poder parecen estáticas y segmentarias ya que hacen parte del entramado burocrático y binario (Deleuze & Guattari, 2002) del espacio estriado, en este caso la *urdimbre* trabaja como elemento de la red del aparato de captura y de la configuración del *espacio estriado*. Se podría pensar, como ejemplo, que uno de los hilos de la urdimbre que guía la configuración espacial es el miedo como discurso estructurador y productor de las ciudades actuales, urbes caóticas en las que los cuerpos y subjetividades se destinan a la aventura. *El ritornelo* es la acción de moverse sobre un espacio caótico, de la cual hablan Deleuze y

Guattari, al referirse a esta figura en la que la música se repite, con lo cual señalan la idea de la organización del espacio en medio del caos de la ciudad; por ejemplo, se pueden ver espacios repetitivos que funcionan como lugares seguros para que los sujetos puedan *transitar* –siempre de paso– en medio del caos del entorno. Pero la inestabilidad de la ciudad es el escenario predilecto de las leyes de mercado global y cada espacio de seguridad está expuesto a la desintegración, con lo cual, por más seguros que los sujetos urbanos se sientan, la amenaza aparece como potencial. Se pasa así de un espacio a otro, de un espacio organizado calculado, al espacio de la amenaza y “la nuda vida que habita la tierra de nadie entre la casa y la ciudad” (Agamben, 2010, p. 18), escenarios necesarios para *el homo oeconomicus*.

Para Ahmed, esta narrativa amenazante configura ciertas formas del espacio social, el ejemplo que ella utiliza en *La política afectiva del miedo (2014)* es que efectivamente el miedo es un organizador de cuerpos y de espacios. Para el sujeto social contemporáneo, el miedo determina la forma de organización espacial, para unos más que otros, dice la autora. En dicho libro, ella pone el ejemplo de los cuerpos cargados de signos de la mujer y de las personas negras, pero se podría hablar del transexual, del indigente, del loco y del enfermo, y, así, para cada uno de ellos hay un lugar seguro y hay, por lo tanto, un sitio que representa la inseguridad, un lugar de inmunidad y otro de comunidad. En este sentido, la seguridad según el signo de la época actual la da, en el caso de las mujeres, el hogar, en el caso del negro el gueto, en el caso del loco el manicomio y del indigente los lugares de paso y rehabilitación. Pero esto tiene su reverso, ni el gueto, ni la casa, ni el lugar donde rehabilitan personas son lugares confiables; así pues, para la comunidad gay en una sociedad altamente prejuiciosa y conservadora, sería muy difícil encontrar un lugar seguro, en la calle, el signo de configuración de peligro se pega en él a partir de una narrativa que se valida socialmente, aunque no sea cierta, designándolo como un otro sucio, virulento, libertino y malo.

Si hablamos del miedo y el espacio en la actualidad, se puede ver que no hay lugar seguro, en tanto el signo de miedo se ha posado en los cuerpos. Como ya se dijo, sólo se puede reducir el miedo en intensidad, el cuerpo, por tanto, es alineado y alienado en el espacio y organizado por un política del miedo, de la seguridad y del control, a esto hay que añadirle lo que se viene argumentando desde capítulos anteriores: el miedo y el espacio son elementos simétricos a la economía, el mercado se mueve sobre un escenario de competencia e inseguridad y la gestión del

miedo obliga a producir espacios de relativa tranquilidad; así, al ser la seguridad un elemento escaso, la sensación de protección se vuelve un elemento digno de adquirir y, cómo la economía gestiona lo escaso, la seguridad se vuelve un elemento anhelado, gestionado por la economía. Basta pensar en las aseguradoras que tienen contratos sobre cualquier elemento que el sujeto quiera proteger.

Como William James argumentó estupendamente, el miedo alcanza el cuerpo y lo compele a la acción antes que él pueda registrarlo conscientemente. Cuando registra, una comprensión aumenta desde la acción corporal ya en camino: no corremos porque sentimos miedo, sentimos miedo porque corremos. James quiere decir “conscientemente con miedo”. Ya hemos comenzado a experimentar el miedo de manera no consciente, envueltos en la acción, antes que se despliegue desde ella y que sea sentido como tal, en su distinción de la acción a partir de la cual él surge. (Massumi, 2008, p.7).

Se podría decir que la sociedad actual es una sociedad que restringe ciertos lugares a ciertos cuerpos, no todos los cuerpos pueden ocupar algunos espacios. En la disciplina hay marcas corporales, entre tanto, en las sociedades de control, la contraseña, la cifra y la información requerida son los elementos que permiten pasar de un segmento a otro dentro del espacio, mientras que en la sociedad disciplinaria es la orden y la marca.

En cambio, en las sociedades de control, lo esencial ya no es una marca ni un número, sino una cifra: la cifra es una contraseña [mot de passe], en tanto que las sociedades disciplinarias están reguladas mediante consignas [mots d'ordre] (tanto desde el punto de vista de la integración como desde el punto de vista de la resistencia a la integración). El lenguaje numérico de control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. (Deleuze, S.F. p. 251).

De este modo, el miedo es un factor que incide en ello, es un código de información que se aloja en los cuerpos autoafirmándose y reafirmando, desde el control y desde el sujeto. En el libro *Filosofía Zombi* de Jorge Gonzalo (2016), en el primer capítulo dedicado a la película *La noche de los muertos vivientes* de G. Romero, no deja de mostrarse el zombi como aquello que representa el peligro. Una amenaza que en la película Romero no puede señalarse ni dar un significado o mostrar un origen, simplemente el zombi son unos *otros* irracionales buscando comer, siempre en masa, putrefactos, muertos pero vivos, indeterminados en su ser. El miedo, dice Gonzalo, se da porque ellos representan eso *otro* que no soy yo, pero, a su vez, evidencia cómo el miedo transforma en sujetos igualmente violentos a aquellos que no están infectados, incluso, mucho más que los zombis.

El problema radica en que eso otro, desconocido, puede ser yo. Así las casas y los lugares cerrados, se convierten en las barreras que prohíben la infección, pero la casa no está salvada y toda barrera puede ser destruida, ya que en la sociedad actual las barreras físicas no son más que símbolos fácilmente reconfigurables, que pertenecen a un orden de flujos en la organización del espacio, esta apariencia la muestra Lefebvre en *La producción del espacio*: el hogar por más que tenga barreras no deja de relacionarse con la calle, con el modelo económico, con las sensaciones que genera. En este sentido, el musulmán, el latino, el desplazado, el negro, el otro, pueden ser pensados como el zombi, así lo puede percibir la población digna de vivir. “El Zombi es siempre el alienado, el extranjero. Y trae con él nuestro miedo a lo que viene de afuera” (Gonzalo, 2016, p.13). La figura del *bando* y el lobo expuesto por Agamben, sintetiza esta idea: “lo que ahora tenemos ante nuestros ojos es, en rigor, una vida que está expuesta como tal a una violencia sin precedentes, pero que se manifiesta en las formas más profanas y banales” (Agamben, 2010, p. 147). Bajo esta idea, todos somos *hominis sacris* en un espacio de excepción.

Volviendo al problema de la seguridad y el miedo, encontramos en Bauman que se pueden “erigir pequeñas fortalezas compactas en cuyo interior los miembros de la élite global supra territorial pueden cuidar, cultivar y gozar de independencia física, sumada a la espiritual, y de su aislamiento geográfico” (2007, p. 113). La protección se encuentra en esa amenaza que es vivir en una ciudad, en los búnkeres, edificios, mallas, murallas, cámaras de video y zonas vetadas a vagabundos y a extraños. De tal suerte que se forman, como dice Bauman (2007), guetos voluntarios de las y los guetos involuntarios de la población empujada a la periferia, contruidos con lo que se pueda improvisar, es decir, con los desechos humanos, todo esto genera que entre unos y otros haya así una desconexión (las fuerzas empujan para lados contrarios), los unos condenados a seguir siendo locales (dependen de un espacio local, organizado y territorializado) y los otros a navegar en la esfera económica internacional (no tienen un único lugar de residencia, son altamente ricos y tienen una desconexión muy grande con lo local). Esto nos permite identificar lo siguiente: hay dos tipos de cuerpos poblacionales temerosos, el de las élites y el de los guetos pobres e involuntarios. De la misma manera sobresalen dos intereses, el mundialeconómico de las élites y el de las multitudes localizadas, es decir, su hábitat, la ciudad (2007), unos destinados a vivir en la inseguridad y los otros encerrados y con un arsenal de dispositivos de seguridad a la mano; los unos bajo el control de los ilegalismos y los otros con los recursos necesarios para obtener la tranquilidad.

El miedo, por tanto, es un factor determinante en la configuración de la ciudad, de esta manera, Ahmed señala que hay grupos poblacionales que temen más que otros, no es de extrañar que las élites y la clase media sientan temor y miedo, por ello, son consumidores de seguros y de vivir en espacios vigilados, lo cual deja en evidencia el otro lado de los discursos del miedo, los discursos de seguridad. En este orden de ideas, ni siquiera los barrios cerrados y protegidos de la clase media y alta, los resguardan del miedo.

Por ello, el miedo y la seguridad están íntimamente relacionados, son fundamentales el uno para el otro en la constitución de las ciudades. Es importante que el miedo exista para poder construir urbanizaciones, cámaras y disponer de los elementos policivos para fomentar el discurso de la seguridad en todos los espacios de la ciudad y a la mayoría, por no decir la totalidad de la población, a la cual, en la constante inseguridad inoculada en la que vive, se le promedia el miedo y la inseguridad para sacar de ello el mayor provecho. Lo anterior pretende exponer que, toda la artificialidad de la ciudad tiene un propósito y es estar a cada instante extrayendo de los cuerpos temerosos, el mayor plus de valor de la vida misma. Seguridad, inseguridad, miedo y terrorismo son discursos contemporáneos que remiten al mismo foco del poder significativo, organizador y transnacional que se encuentra en el Estado, en las corporaciones y en los medios de comunicación. En resumen, es la razón económica gestada a finales del XX y comienzos de este siglo, que empieza cargada de terror, es pues, el origen del propio poder soberano global.

CONCLUSIONES

Efectivamente nos enfrentamos a una gubernamentalidad espacial. Vimos los poderes, flujos y disputas que dan forma al espacio con énfasis en el papel de la economía y la política globales del capitalismo neoliberal. El primer elemento que encontramos y señalamos es la relevancia del modelo productivo capitalista y la captura de toda lógica social por ésta, que, junto a la urbanización de los modos de vida a partir de la revolución industrial, configuran el espacio urbano. En efecto, desde la conceptualización Lefebvriana se evidenció la conflictividad sobre este nuevo espacio urbano, elementos en disputa entre el trabajo y la gestión colectiva del espacio, las instituciones y las élites que producen el territorio y reproducen desde este las relaciones de producción. Con ello resaltamos la ambivalencia o multivalencia de todas las fachadas que son los espacios urbanos y sus movimientos configurados por la línea de territorialización y desterritorialización. Los espacios urbanos son así gestionados por biopoderes que potencializan las fuerzas vitales que buscan, concordando con la idea anterior, un interés económico, ya que estas fuerzas se encuentran aunadas a la racionalidad gubernamental del neoliberalismo y su lógica de competencia en una vuelta teórica basada en la naturaleza egoísta del ser humano.

En concordancia con esto, proponemos la hipótesis siguiente: no solo la multiplicidad espacial es lo relevante para pensar el espacio urbano, si reconocemos el valor de ello es porque, bajo la práctica maquínica del capitalismo, el espacio en disputa tiende a ser homogeneizado por aquel que adquiere los medios y la tecnología de poder necesaria, en este caso el Estado, las instituciones y la racionalidad neoliberal, los cuales tienden a cartografiar y producir un espacio controlado que distribuye y ubica y reconfigura el control para gestionar los espacios urbanos en los que vive la población. Así, las gubernamentalidades estatales e institucionales, al controlar el medio, controlan el cuerpo viviente. Incluso, decíamos que la idea del modelo de ciudad actual está codificada por la tecnología biopolítica relacionada al miedo, el fracaso y la soledad de las actuales subjetividades urbanas. Ahora bien, tanto el miedo como la racionalidad neoliberal son determinantes en la gestión del espacio urbano, por consiguiente, la seguridad es un elemento clave en la formación de los estados modernos, dando como resultado una unión entre seguridad y vida, entre la población y la no-población, entre la comunidad a cuidar y el cuerpo extraño a *banear* en una acción de inclusión/exclusión.

Ante el panorama neoliberal y la fuerte influencia en los Estados nación, la biopolítica se presenta como tecnología de poder donde el homo oeconomicus surge como el nuevo sujeto que permite al arte de gobernar global actuar según los principios de la economía, bajo la premisa de la libertad, ahí está la paradoja, mientras se promulga las libertades civiles se crean más mecanismos de control espacial. Bajo el arte de gobierno de la soberanía global, todo acto se ejecuta en función de maximizar dicho capital, se convierte así en una inversión para constituir aquella idoneidad-máquina la cual se sustenta en producir el *homo oeconomicus*. Suponer por tanto que el homo oeconomicus es libre sería olvidar algo, la libertad juega un papel importante en la práctica de mercado, el empresario de sí del capitalismo es entendido como el nuevo hombre lobo en un estado de naturaleza, esta competencia que se genera de esta lógica pone al medio urbano como escenario de disputas y miedos siendo la seguridad un asunto de responsabilidad individual y un servicio a adquirir. El resultado de este accionar es: a mayor ganancia y triunfo en la escala social, mayor puede ser la seguridad; a menor ganancia, el destino es la inseguridad y la vida precaria, tanto uno como otro se disputan el espacio en un escenario de fuerzas en el que va ganando la lógica del neoliberalismo. Precisamente esta disputa que va generando multiplicidades espaciales, resulta necesaria para la producción y reproducción de cuerpos poblacionales idóneos.

En este sentido, el espacio producido se caracteriza entonces por la captura de los flujos (energéticos, capital, capital humano e informáticos). Por ello, toda actividad humana está gestionada por los dispositivos de control biopolíticos con el fin de regular estos flujos, agenciados por lo que Guattari llama *Capitalismo Mundial Integrado* (CMI) y lo que Hardt y Negri denominan *Imperio*, determinados por la nueva soberanía global, mucho más poderosa que los estados nación, buscando llegar estratégicamente a las poblaciones humanas. Otro rasgo característico de la ciudad y del capitalismo es que el actual sistema, bajo la lógica de desecho – expuesta por Bauman y el campo de concentración en estado de excepción como paradigma biopolítico de Agamben– es consciente del daño a las vidas humanas; de hecho, hay cientos de lugares reservados a los desechos humanos dejados por la maquinaria productiva global, como los barrios empobrecidos, las cárceles, las zonas de tolerancia, campamentos de refugiados y guetos periféricos en el que van a parar los indeseados y la nuda vida en un proceso de inmunización. Cabe señalar que estas poblaciones son necesarias en el sistema de valores del

capitalismo en la medida que permite identificar la vida idónea de la vida vuelta animalidad peligrosa para la comunidad.

También hicimos hincapié en el *miedo*, principal organizador de las ciudades actuales, aunque no el único. Mostrando así la relación que hay entre el miedo y las tecnologías de poder biopolíticas cuya base es la prevención frente al peligro y la promesa de seguridad. A su vez, el miedo se relaciona con la gubernamentalidad global para la configuración subjetiva, creando una red nerviosa más fácil de manipular, siendo un elemento principal en la producción subjetiva del homo oeconomicus neoliberal desconfiado y temeroso en el camino a la idoneidad.

Tal vez cuando nos enfrentamos a este tipo de teorías queda la sensación de que no hay salida o que los procesos gubernamentales de la gestión del espacio son totalizantes, en la medida que la cuestión urbana acaba por metropolizar el globo. La ruralidad queda así capturada por esta lógica como bien lo muestra Deleuze; incluso, en los escritos de Marx, podemos señalar la transformación del campo debido a la forma de producción urbana. Esto no quiere decir que la totalidad del espacio urbano esté determinado por el aparato de captura y la máquina abstracta neoliberal, muchas veces en este texto se argumentó que el espacio estriado de las gubernamentalidades se confronta con los espacios lisos, con los espacios del nomadismo. Pero estos corren el riesgo de petrificarse.

En este sentido, no deja de ser curioso que tanto Deleuze, Guattari y Foucault encuentren en la imagen del mar y del pirata nómada una muestra de las heterotopías, esto puede servir de ejemplo para algo, la producción del espacio también se da de parte del nómada, de la nuda vida. Es sabido que crear espacio no cambia este gran aparato de poder, solo lo agujerea; no obstante, sabemos que estamos en un momento donde el poder de estos dispositivos se vuelven mucho más especializado, por la forma como hoy inciden cada vez más en los procesos de resistencia, aunque las contraconductas hoy tienen posibilidad de dar a conocer mucho más fácil la situación de control y dominio a través de los medios digitales, participando directamente de los *media* y haciendo resonar nuevos enunciados que no corresponden a los signos de la gran maquinaria económico-mediática, generando por lo tanto nuevos efectos, esto nos da la posibilidad de hablar y comunicar las lógicas del sistema neoliberal a partir de la apropiación de las tecnologías por la máquina nómada de resistencia.

Un espacio nómada que está en constante disputa es el ciberespacio, lugar donde se pelea la urdimbre con una multiplicidad de patchwork que intentan escapar a lo sobrecodificación. En el plano urbano no dejan de generarse capas de resistencias, casas okupas, espacios liberados para el arte, barrios contruidos por desplazados, zonas pobladas por la nuda vida que intenta sobrevivir y zonas que reclaman autonomía indígena. Pero la situación deja la sensación de que muchas veces estos espacios son solo elementos para distensionar las conflictividades de los espacios urbanos, como válvulas de escape o líneas de fuga. Deleuze y Guattari (2006) señalan acertadamente que estas resistencias dispersas solo serán efectivas mientras se teja un plan de consistencia múltiple en el que se encuentren las subjetividades difusas y heterogéneas, que corren el peligro de dejarse capturar, organizar y morir; por ello el ser nómada, línea de fuga desterritorializada constante que atraviesa los intentos de control, es la fuerza de la resistencia. La pregunta sobre cómo proponer y crear espacios de resistencia es difícil de responder, pero debe ser siempre el norte, incluso es la línea que atraviesa este ejercicio de comprender el espacio urbano y sus efectos. Un aporte relevante puede ser cartografiar el espacio en el que nos encontramos, para generar así un diálogo entre pequeños mapas y las pequeñas rebeldías que rehúsan ser capturadas por el gran monstruo maquínico de la soberanía global y sus dispositivos de captura y ubicación.

REFERENCIAS

PRINCIPALES

Ahmed, S. (2014). *La política cultural de las emociones*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.

Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets Editores.

Bauman, Z. (2016). *Miedo líquido*. Barcelona: Paidós.

Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas, la modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Becucci, S. (2006). *Globalización y nueva esclavitud, parte de: periferias del imperio*.

Bogotá: Universidad Javeriana. 45-54.

Burroughs, W. (S.F.). Los límites del control, recuperado de <https://sindominio.net/laboratorio/documentos/fulkro/burrough.htm> Castells, M. (1982). *La cuestión urbana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Cavalletti, A. (2010). *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editores.

Deleuze, G. Post-scriptum sobre las sociedades de control. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30551320>

Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre Textos.

Foucault, M. (S. f.). De los espacios otros: “Des espaces autres”, Recuperado de: yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucault_de-los-espacios-otros.pdf

Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Argentina: Siglo XXI Editores

Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad vol. 1. Voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2006). *Seguridad, Territorio, población: curso en el Collège de France*:

1977-1978. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el collège de france*. México: Fondo de cultura económica.

Kracauer, S. (2008). *Los empleados*. Barcelona: Gedisa.

Guattari, F. (2008). *La ciudad subjetiva y pos-mediática*. Cali: Fundación comunidad.

Guattari, F. (2005). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Bogotá: Desde abajo.

Heidegger, M. Construir, Habitar, Pensar. Recuperado de:

wiki.ead.pucv.cl/images/7/70/Construir_habitar_pensar_heidegger.pdf

Harvey, D. (2015). *Ciudades rebeldes*. Libro digital. Espamobi.com Harvey, D.

(2003). *Espacios de Esperanza*. Madrid: Ediciones Akal.

Negri, T. y Hardt, M. (2001). *Imperio*. Bogotá: Ediciones desde abajo.

Negri, T. y Hardt, M. (2005). *Imperio*. Barcelona: Paidós.

Lazzarato, M. Del biopoder a la biopolítica. *Arte, máquinas, trabajo inmaterial*, 83-91.

Laval & Dardot, (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*.

Barcelona: Gedisa.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

Marx, K. (S.f.). Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. Digitalizado por la biblioteca virtual Espartaco. Versión Kindle.

SECUNDARIAS

Agamben, G. (2010). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: pre-textos.

Aristóteles. (1999). *Política*. España: Editorial Gredos.

Baudrillard, J. (2007). *La sociedad de consumo*. Libro digital. Espamobi.com

- Borja, J. (noviembre 2009). Purgatorios y juicios finales: las devociones y la mística del corazón en el Reino de Nueva Granada. *Historia crítica*, N° 39. Bogotá.
- Burroughs, W. (12 de mayo de 2016). *Los límites del control*. Recuperado de <https://artilleriainmanente.noblogs.org/post/2016/05/12/william-burroughs-loslimites-del-control/>
- Colectivo Situaciones. (2009). *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Costes, L. (2012). Del 'derecho a la ciudad' de Henri Lefebvre a la universalidad de la urbanización moderna. *Urban*, 1-12.
- Davis, M. (2007). *Ciudades muertas Ecología, catástrofe y revuelta*. Madrid, traficante de sueños.
- De Giorgi, A. (2006). *El gobierno de la excedencia*. Madrid: Traficante de sueños.
- Delgado, M. (2006). La ciudad mentirosa. En: *Metrópolis, espacio tiempo y cultura*. Medellín: Lealon.
- Deutsche, R. & Ryan, C. (2015). El bello arte de la Gentrificación. En: *El mercado contra la ciudad, Sobre globalización, gentrificación y políticas urbanas*. Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.) Madrid: Traficante de sueños.
- Echavarría J. (2006) La fragmentación de la metrópolis. En: *Metrópolis, espacio tiempo y cultura*. Medellín: Lealon.
- Esposito, R. (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. España: Herder.
- Foucault, M. (1999). Las mallas del poder. En *Estética, ética, hermenéutica* (págs. 235-254). Barcelona: Paidós.
- El futuro es apasionante. (2018). La respuesta a las ciudades del futuro está en un texto del siglo XIX. De <https://www.youtube.com/watch?v=Uf2H2IOsLxs>
- Gonzalo, J. (2016). *Filosofía Zombi*. Libro digital, espanmobi.com
- Harvey, D. (S.F.) *Breve historia del neoliberalismo*. Versión de libro digital.
- Hiarnox, N. Henri Lefebvre: del espacio absoluto al espacio diferencial. *Revista veredas*, 12-24.

- Houssbawn, E. (2015), *En torno a los orígenes de la revolución industrial*. Libro digital. Espamobi.com
- Lazzarato, M. (2007). *La filosofía de la diferencia y el pensamiento menor*. Bogotá: Universidad Central de Bogotá.
- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor*. Madrid: Traficante de sueños.
- Massumi, B. (2008). Miedo (dijo el espectro). *Euphorion*, 4-14.
- Montoya, J. (2006). La emergencia de las ciudades contemporáneas. En: *Metrópolis, espacio tiempo y cultura*. Medellín: Lealon.
- Moreno, J. (2006). ¿Qué es un territorio? En: *Metrópolis, espacio tiempo y cultura*. Medellín: Lealon.
- Moreno, I. (31 de julio de 2017). Turismo: ¿oportunidad o problema? *Rebelión*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=229723>
- Nivón, E. (2003). Las contradicciones de la ciudad difusa. *Alteridades*, 15-36.
- Pérez, S. (2012). La crítica metódica de Michel Foucault. Parte de: *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*. México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Sánchez, J. (1 de noviembre de 2016). Detroit: la pesadilla del sueño americano. El diario. Recuperado de http://www.eldiario.es/internacional/Detroit-pesadilla-suenoamericano_0_575692867.html
- Semana (11 de abril de 2017). Naranjal, el experimento social. *Semana.com*. Recuperado de <https://www.semana.com/nacion/articulo/medellin-naranjal-el-experimentosocial/546060>
- Smith, N. (2015). *Nuevo globalismo y nuevo urbanismo. La gentrificación como estrategia urbana global El mercado contra la ciudad Sobre globalización, gentrificación y políticas urbanas*. Madrid: Traficante de sueños.
- Schérer, R. (2006). El apocalipsis liberal. *Sé Cauto*, 35-46.
- Tirado, F. & Mora, M. (2002). El espacio y el poder: Michel Foucault y la crítica de la historia. *Estudios sobre estado y sociedad*. Vol IX N° 25. (11-36).

- Yory, C. (2006). *Ciudad, consumo y globalización. Caracterización de las grandes metrópolis en el comienzo de siglo; una mirada desde la relación entre consumo y sociedad.* Bogotá: Universidad Javeriana.
- Yory, C. *Ciudad y posmodernidad. Un ensayo de termo-dinámica urbana en el fin de la historia para pensar y habitar la ciudad del siglo XXI.* Universidad Piloto de Colombia.
- Xibillé, J. (2006). La semiosis espacial de la ciudad Maquínica. En: *Metrópolis, espacio tiempo y cultura.* Medellín: Lealon.